

# MUSSOLINI

GIOVANNI DE LUNA



**BIBLIOTECA SALVAT DE  
GRANDES BIOGRAFIAS**





The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>



**MUSSOLINI**

**BIBLIOTECA SALVAT DE  
GRANDES BIOGRAFIAS**



Versión española de la obra original alemana *Benito Mussolini*, publicada por Rowohlt Taschenbuch Verlag GmbH, Hamburgo.

Traducción a cargo de M.<sup>a</sup> José Buxó Dulce Montesinos.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvato de Rowohlt Taschenbuch Verlag GmbH, Hamburgo.

# Indice

	<u>Página</u>
1. La génesis de un dictador (1883-1945)	11
2. El prolongado alzamiento (1914-1925)	34
3. El poder (1925-1936)	72
4. El ocaso (1936-1943)	120
5. Epílogo (1943-1945)	155
Notas	169
Cronología	175
Testimonios	179
Bibliografía	181

© Salvat Editores, S.A., Barcelona, 1986.

© Rowohlt Taschenbuch Verlag GmbH, Hamburgo, 1978.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa).

ISBN: 84-345-8219-8.

Depósito legal: NA-1371-1985

Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca, 41-49, 08029 Barcelona.

Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1986.

Printed in Spain.





## Benito Mussolini (1883-1945)

Nacido en el seno de una familia campesina venida a menos, Mussolini vio la luz por primera vez en Doria di Predappio, Romaña. Su madre, maestra, guió sus primeros pasos y aunque el padre se desentendió de la educación del hijo su ideario y praxis socialista influyeron en el joven Benito. En 1902 pasa a residir en Suiza y como obrero masón se significa entre la nutrida colonia de emigrantes italianos por sus escritos y lucha revolucionaria. Conoce la cárcel por prófugo y vuelve a Italia en 1905. En Trento dirige el periódico *L'Avvenire del Lavoratore*, en Forlì el semanario *La Lotta di Classe* y en Milán *Avanti*, órgano oficial del Partido Socialista; más tarde funda *Il Popolo d'Italia*. Aprovechando el ambiente de frustración de la posguerra organiza los *Fasci di combattimento*, para favorecer la revolución por la violencia, grupos que se transforman en instrumento de la reacción cuando Mussolini consigue el apoyo de la patronal y los terratenientes. En 1921 es elegido diputado y, en 1922, el rey le pide que forme Gobierno. Triunfa en los comicios de 1924 y suprime los partidos políticos y la libertad de prensa. Con los Pactos de Letrán (1929) reconcilia al Estado italiano con la Santa Sede. Desde 1936 sostiene relaciones con Claretta Petacci, su amante hasta la muerte. Ayuda de manera decisiva al General Franco en la Guerra Civil española. Es el momento álgido del Duce. Inicialmente opuesto al expansionismo alemán, se convierte después en su principal aliado y vasallo. En 1943, el rey, el Gran Consejo Fascista y la falta de apoyo del Führer le obligan a dimitir, pero cinco meses después el mismo Hitler le ordena presidir la República Socialista Italiana con sede en Saló. Al capitular los ejércitos alemanes en el norte de Italia, los partisanos le detienen, juzgan y ajustician en un cruce de caminos cerca de Dongo. A su lado es asesinada su amante. Era el 28 de abril de 1945.

◀ El hombre del destino, una de las dieciséis postales que el régimen hizo publicar formando parte de la serie El rostro de Mussolini, con firma autógrafa de 31 de mayo de 1926.





## 1. La génesis de un dictador (1883-1914)

«...El socialismo es una armonía sutil de creencias, pensamientos y hechos, que prepara el camino para la gran marcha del progreso humano en su camino triunfal hacia la meta sublime de lo hermoso, de lo recto y de lo verdadero...»<sup>1</sup>.

Así lo formuló Alessandro Mussolini, padre de Benito. Procedía de la Romagna, era socialista e internacionalista y estuvo varias veces bajo vigilancia policial; finalmente, el 6 de julio de 1902, con cuarenta y ocho años, fue a parar a la cárcel por causa de unos desórdenes que promovió durante unas elecciones. Sin embargo, perteneció también durante muchos años al Consejo municipal de Predappio, pequeña ciudad de la provincia de Forlì. Su socialismo poseía un tono sentimental y se había ido formando a través del filtro de lecturas bastante poco sistemáticas de utópicos y anarquistas, pero se fundaba también en experiencias prácticas sólidas que había podido reunir en «observatorios más altos», por decirlo así, trabajando como herrero dentro de su ambiente campesino.

Procedía de una familia campesina arruinada en la que aun se añoraba vagamente el bienestar desvanecido. En 1882 contrajo matrimonio con Rosa Maltoni, maestra nacional, que enseñaba en Dovia, barrio de Predappio. Las cincuenta liras de sueldo mensual que le daba el Estado a su mujer constituían la única fuente de ingresos segura de la pequeña familia. Como católica convencida e hija de un veterinario, la joven maestra asumió todas las tareas prosaicas y concretas del hogar del matrimonio y dejó a su inquieto marido los sueños y pasiones políticos.

Las personalidades de un modesto propietario arruinado, de un veterinario, un herrero y la joven maestra nacional constituyen el marco de figuras situadas en la Italia interior del fin de siglo

*La clásica estampa del Duce, arengando a las masas, en el más puro estilo dictatorial.*





*La madre: Rosa Maltoni-Mussolini.*

donde vio la primera luz, el 29 de julio de 1883, en Dovia, el primer hijo de Alessandro y Rosa, Benito Mussolini. Su nombre completo era Benito Amilcare Andrea. Constituía un homenaje a los tres ídolos de su padre: el mexicano Benito Juárez, el internacionalista Amilcare Cipriani y el socialista Andrea Costa.

La educación de Benito fue asunto exclusivo de su madre, la cual también le enseñó a escribir, leer y contar. En la decisión de los padres de enviar al joven para su formación básica al colegio de los salesianos de Faenza, las influencias religiosas de la madre lograron superar los convencimientos políticos del padre socialista. Benito abandonó la casa paterna en septiembre de 1892, cuando tenía nueve años. El joven había vivido sus años de niñez en absoluta libertad en el campo y con ello se le había desarrollado un temperamento fuerte. Por ello el choque con la rígida

*El padre: Alessandro Mussolini. Escultura en bronce.*



jerarquía salesiana fue traumático para él. La pobreza de su situación familiar, que en el pequeño mundo campesino de Dovia apenas había desempeñado ningún papel, ahora se le apareció brutalmente ante los ojos a consecuencia de un trato discriminatorio y de los privilegios de los compañeros más ricos. Su repugnancia contra la rígida disciplina del internado fue causa de un episodio —hirió a otro joven con un cuchillo— que trajo consigo el acortamiento de su estancia en Faenza. En agosto de 1894 volvió a Dovia.

Al terminar los años de enseñanza elemental volvió a ingresar en un internado, esta vez no confesional. En esta ocasión, en Forlimpopoli, estudió en un instituto técnico que estaba dirigido por Valfredo Carducci, hermano del poeta. Benito Mussolini era alto para su edad, fuerte, hábil para lo manual y poseía unas



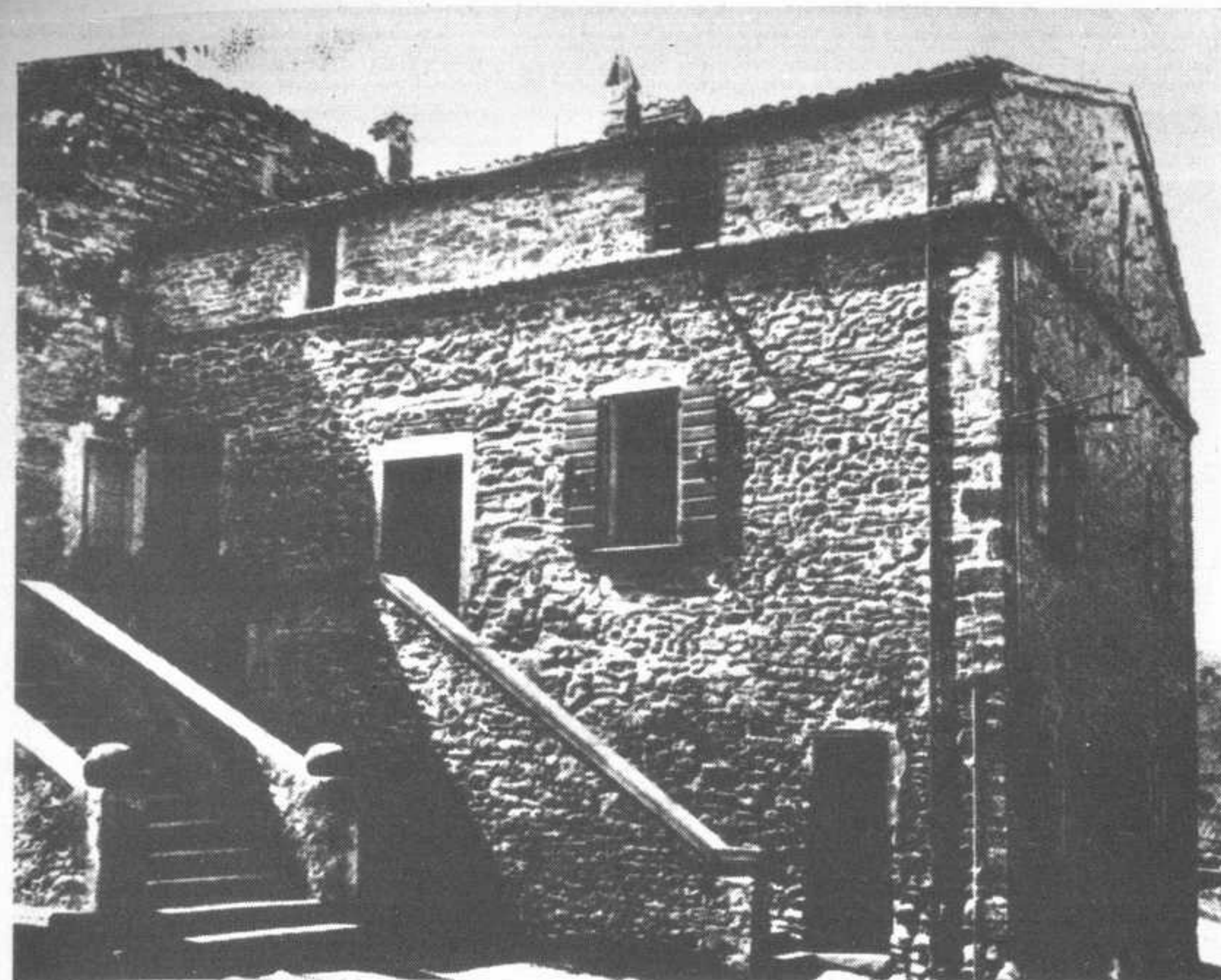
grandes dotes para la percepción rápida. Gracias a estas peculiaridades tenía gran éxito entre sus compañeros. También su rendimiento escolar era bueno, sobre todo en los campos de la historia, la geografía, la lengua italiana y la pedagogía. Cuando, después de tres años, el 8 de julio de 1901, consiguió el diploma de maestro continuó una formación clásica, humanística, tal como se solía hacer entonces en las escuelas italianas.

Sabía expresarse bien por escrito y su estilo pronto hizo reconocer al futuro periodista brillante y polémico. Los años transcurridos en Forlimpopoli le trajeron también las primeras experiencias sexuales y amistades con las mujeres. Como correspondía al modo de comportamiento usual de los jóvenes italianos de provincias frecuentaba las casas públicas y las salas de baile; disfrutaba sin grandes problemas y con ello desarrolló pronto su propia «filosofía sexual», en la cual dominaba una concepción de las mujeres extremadamente objetivada. Junto a estas diversiones entró también en «la política», que ya le era conocida por las conversaciones con su padre y por los libros de éste.

Para bailar se acostumbraba ir al círculo socialista, en el que imperaba cierto espíritu protestatario tan belicoso como superficial. Su discurso conmemorativo sobre Giuseppe Verdi fue alabado incluso en el diario socialista *Avanti*, el cual, en un reportaje de Forlimpopoli, el 1 de febrero de 1901, informaba sobre «el aplaudido discurso del camarada-estudiante Mussolini». Sin duda él ya era socialista, pero su socialismo era un socialismo prepolítico, propio de la pubertad. Hasta entonces únicamente tenía desarrolladas ciertas peculiaridades humanas como el egocentrismo, el ansia de autoafirmación y el rechazo de todo papel secundario.

Esencialmente no se distinguía de otros jóvenes dotados de una formación profesional completa y en busca del primer empleo. Su preocupación principal —nada revolucionaria— y su meta eran encontrar un trabajo seguro. Tomó parte sin éxito en las más diversas convocatorias para conseguir un puesto de maestro nacional y fue candidato igualmente sin éxito para el cargo de secretario municipal de Predappio. En febrero de 1902, Mussolini fue finalmente contratado como profesor auxiliar en la escuela elemental de Pieve Saliceto, en el municipio de Gualtieri Emilia<sup>2</sup>.

Este trabajo sería de corta duración (hasta junio), pues un lance amoroso con una mujer casada provocó un gran escándalo en el lugar. El contrato de docencia no fue prorrogado. Esta corta experiencia, sin embargo, fue suficiente para abrir los ojos a Mussolini sobre lo dudoso de su vocación docente. La perspectiva



*La casa natal de los Mussolini, en Predappio.*

de una carrera monótona como intelectual de provincias en busca de un empleo fijo se le hizo insoportable. Aquel verano, superando la trivialidad de sus años jóvenes, Mussolini decidió emigrar a Suiza. Su gusto por la aventura, el anhelo de conocer un mundo fuera de la estrecha provincia de la Romaña y la ambición de ejercer una actividad más satisfactoria que la de maestro nacional, fueron los principales móviles que le impulsaron a ello.

Mussolini permaneció en Suiza, con cortas interrupciones, dos años, hasta noviembre de 1904.

Fueron años intensos, decisivos para su entrada en la política. Su militancia revolucionaria no tenía entonces ninguna orientación personal. Actuaba como propagandista socialista y con ello llegó a una decisión completamente clara respecto a su profesión, para aprovechar sus dotes literarias y retóricas. Su antipatía hacia las actividades manuales era instintiva: ya algunos días de prueba como ayudante de construcción en Yverdon le hicieron abandonar este camino. Esporádicamente ayudó todavía en una tienda de comestibles y en otra de vinos, pero en realidad se encasilló espontáneamente en el papel, elegido por él,





Benito, a los catorce años, cuando estudiaba en Forlimpopoli.

de un intelectual en la pequeña comunidad italiana de emigrantes. Aproximadamente un mes después de su llegada Mussolini escribió el primer artículo para el *L'Avvenire del Lavoratore*, periódico de los socialistas italianos en Suiza. El 24 de agosto de 1902 debutó como orador en Montreux. El 30 de agosto fue designado secretario del sindicato italiano de los obreros de la construcción en Lausana.

El nuevo ambiente estaba impregnado de extremismo radical, consecuencia de la marginación social de que eran objeto los emigrantes italianos. Precisamente por entonces estaban teniendo lugar una serie de agitaciones sindicales de amplia difusión. En Berna, Basilea, Ginebra, Nyon y Montreux la comunidad italiana pagaría con expulsiones y encarcelamientos los recientes éxitos conseguidos en la lucha por la mejora de salarios.

El joven Mussolini se colocó, naturalmente, al lado de los revolucionarios intransigentes, que entonces estaban representados en Italia por Costantino Lazzari. Este sentía profundo desprecio por el colaboracionismo oficial del movimiento suizo de los trabajadores y por la involución reformista del socialismo italiano, por la eterna inclinación de éste al «compromiso» con los gobiernos de la Italia liberal al principio de la era Giolitti. En una de sus primeras atrevidas definiciones del socialismo, intentó también poner en duda la fidelidad de las líneas del socialismo suizo: «Meta y movimiento (colectivización de la propiedad, lucha de clases) de la masa de los explotados (proletarios) que luchan por arrebatar a la actual clase poseedora (capitalistas), mediante expropiación, lo que constituye el bienestar humano»<sup>3</sup>.

Lo que le procuró el éxito no fue la vaguedad de este análisis de clases, sino el estilo agresivo de sus artículos, que encontraron el aplauso unánime de los lectores. En noviembre de 1902 ya había escrito nueve artículos para *L'Avvenire*. Al mismo tiempo intensificó su actividad de orador en todos los centros de la comunidad italiana y pronto disfrutó de cierta fama.

Mussolini estaba comenzando su aprendizaje político y había tenido un buen principio. Ya entonces aparecieron algunas de sus peculiaridades personales que permanecerían invariables a lo largo de toda su carrera. De la organización se ocupaba muy poco, pero atribuía un gran significado a la propaganda de los temas generales. En comparación con la «línea política», los problemas de organización tenían únicamente una significación secundaria. Sus artículos eran más bien un adoctrinamiento de mandos que un intento de hacer proselitismo.

A la formación de Mussolini como revolucionario militante le faltaba todavía la experiencia obligada de la cárcel. Este vacío se llenó con su encarcelamiento, el 18 de junio de 1903, en Berna. La causa fue su solidaridad activa con la huelga local de carpinteros. Expulsado del cantón, pudo cimentar en Lausana su joven fama con la aureola de perseguido. Mussolini estaba situado entonces en el centro del interés; además de artículos para *L'Avvenire*, escribió otros para el *Proletario*, diario editado por Giacinto



Menotti Serrati en Nueva York, como órgano oficial de los socialistas italianos allí residentes, y desde octubre de 1903 también para la *Avanguardia Socialista*, revista semanal que aparecía bajo las directrices de Arturo Labriola y Walter Mocchi y que constituía el órgano más influyente del sindicalismo revolucionario de Italia. Hasta su vuelta definitiva a Italia desarrolló una intensa actividad intelectual y política. Con sus traducciones —*Los charlatanes negros*, de A. H. Malot, *El día después de la revolución social*, de K. Kautsky, *Palabras de un rebelde*, de P. A. Kropotkin— se aproximó a algunas de las corrientes más vivas del revisionismo marxista.

La participación del sociólogo y economista Vilfredo Pareto en el II Congreso Internacional de Filosofía, celebrado en Ginebra en octubre de 1904, le animó a atacar a los reformistas y la concepción dogmática de la unidad del partido, la cual había sido sancionada por la II Internacional. Reclamó entonces el derecho a la escisión para el caso de que la unidad —sin verdaderos principios e inspiraciones comunes— se convirtiera en la faceta represiva de una línea revolucionaria correcta. El 19/20 de marzo de 1904 tomó parte, como delegado de la sección socialista italiana en Ginebra, en el VIII Congreso de la Unión Socialista Italiana en Zurich y en esta ocasión conoció a Angelica Balabanoff y a Giacinto Menotti Serrati. Estos importantes exponentes del movimiento obrero italiano le proporcionaron un conocimiento más directo del marxismo ortodoxo.

Mussolini no poseía aún ninguna ideología propia. El eclecticismo de sus esfuerzos teóricos procedía de un socialismo bastante especial y muy personal. Los principales elementos de la lucha de clases de aquella época representaban un importante papel: rechazo del militarismo, de la guerra y de la aventura colonial; odio contra la monarquía; ateísmo y anticlericalismo. En discusiones y controversias públicas (con el pastor evangelista Alfredo Tagliatela y el reformista belga Émile Vandervelde), en folletos (su *L'uomo e la divinità* fue publicado en la serie de Serrati «Biblioteca Internazionale di Propaganda Razionalista») y en artículos negó repetidamente la existencia de Dios —«engendro monstruoso de la ignorancia humana»—, y con furia denunció públicamente al catolicismo y el mensaje evangélico... «La moral de Cristo conduce al embrutecimiento, a la cobardía»<sup>4</sup>.

Su blanco era el aspecto secular de la religión, que él consideraba como *el opio del pueblo*. En este terreno rebatía la concepción de la problemática religiosa como «asunto privado», tal como lo había sancionado la II Internacional en el Congreso de Erfurt.



Mussolini con un grupo de revolucionarios durante su estancia en Suiza (1902-1904). Su pluma y su palabra fácil le hicieron muy popular entre los emigrantes italianos en Suiza.

La polémica antirreformista seguía esta línea política y el antirreformismo fue también el elemento básico del acercamiento al sindicalismo revolucionario.

En los años 1903 y 1904 el movimiento inspirado por los sindicalistas Labriola y Mocchi conquistó posiciones importantes en Milán y otras ciudades industriales y tuvo gran influencia en la participación de los socialistas en la primera huelga general italiana (16-21 de septiembre de 1904). Para Mussolini era importante en el sindicalismo el aspecto ético de su ruptura con el reformismo y el redescubrimiento del voluntarismo contra el determinismo positivista. Le fascinaba la práctica de la acción directa y de la revolucionaria huelga general, que contraponía al gradualismo parlamentario y a las luchas legalizadas de los sindi-



catos. «El partido socialista ya no causa temor desde que se ha lanzado por el plano inclinado de los compromisos», escribió contra la orientación reformista del partido. «En los círculos conservadores más altos se le contempla con serenidad y casi con afecto, pues el gran enfermo ya siempre será legal, inofensivo y pacífico y las armas de la guerra serán cada vez más corteses ¡Oh! El socialismo de la calle está pasado de moda: los compañeros ya no huelen a petróleo...»<sup>5</sup>.

No era una apología del terrorismo, pero Mussolini no tardó en elaborar una teoría propia de la violencia y comprendió la realidad de las relaciones entre clases como relaciones entre poderes. La violencia era necesaria, pues la burguesía nunca renunciaría pacífica y espontáneamente a la dominación. Mussolini escribía: «El comportamiento presuntuoso de las clases dominantes deja ver claramente que prefieren la muerte bajo las ruinas a una agonía larga, lenta y oscura. Entonces la violencia será provechosa, fructífera y decisiva.» La sublevación era la forma de lucha preferida cuando había que emplear la violencia<sup>6</sup>.

Mussolini volvió a Italia en noviembre de 1904. Gracias a su colaboración con la *Avanguardia Socialista* ya era conocido allí. También la prensa italiana había informado sobre su choque con la justicia. Su expulsión del cantón de Ginebra (9 de abril de 1904) había puesto en marcha un «caso» y llevado al reformista suizo Wyss a hacer una interpelación en el Gran Consejo cantonal. El diario conservador romano *La Tribuna* informó sobre el suceso y calificó a Mussolini de «gran caudillo de la sección socialista italiana local». Incluso el diario *Avanti*, órgano oficial del partido socialista de Italia, le dedicó alguna atención. Entonces, de repente, su carrera se vio interrumpida por el servicio militar. Dado que Mussolini no se había presentado en el plazo de convocatoria a filas de su reemplazo, el 2 de agosto de 1904 fue condenado a un año de prisión «por prófugo». Pero con ocasión del nacimiento del heredero del trono Humberto, se concedió una amnistía y de este modo pudo abandonar Suiza sin sufrir consecuencias penales. Durante un tiempo había abrigado el plan aventurero de dirigirse a Nueva York, a la redacción del *Proletario*, pero lo había desechado. El 30 de diciembre de 1904 se incorporó a filas y fue destinado al X Regimiento de Bersaglieri. El mismo día de su incorporación, el 19 de febrero de 1905, murió su madre. Fue el único acontecimiento de importancia de aquel tiempo.

El 4 de septiembre de 1906 Mussolini terminó su servicio militar, pero no pudo reemprender su interrumpida carrera políti-



Fotografías de Mussolini, procedentes de la ficha de la policía suiza. Su carácter violento y sus ideas radicales le crearon algunos problemas.

ca. Muchos contactos se habían roto. Volvió a surgir el fantasma de la anodina existencia como sencillo maestro de escuela. En noviembre de 1906 dio clases en una escuela elemental, en Tolmezzo, con 73 liras de sueldo mensual. Este entreacto duró hasta agosto de 1907 y constituyó una época de total degradación. «Ya desde los primeros días me di cuenta de que el empleo de maestro de escuela no era el más adecuado para mí»<sup>7</sup>, escribió. Después de Tolmezzo siguió otra agobiante pausa. Mussolini permaneció sin trabajo hasta febrero de 1908, en que encontró un puesto como profesor de francés en la escuela municipal de Oneglia, en Liguria. Con ello terminó la larga interrupción de su actividad cultural y política.

El 14 de marzo de 1908 Mussolini comenzó su colaboración en el semanario socialista local *La Lima*, dirigido por Lucio, hermano de Serrati, con un artículo sobre la muerte de Edmondo De Amicis. Cada vez más, su meta era la carrera periodística. Entonces escribió a Serrati: «He sabido por tu hermano Lucio



que te han ofrecido la dirección de *La Provincia* de Mantua que tú la has rechazado por causa del partido y por motivos personales. ¿Crees que podría conseguir el puesto? Si la respuesta es afirmativa, propónme; si no, no volvamos a hablar del asunto. Por lo demás, estaría dispuesto a aceptar un sueldo mensual esencialmente más bajo que el que te han ofrecido... para ver si puedo encajar como periodista de un diario...»<sup>8</sup>.

Los artículos para *La Lima* servirían como trampolín para volver a encauzar su carrera. Estaban aún orientados a las experiencias suizas, al anticlericalismo y al tema de la violencia. Firmaba con el pseudónimo de *Vero Eretico* y rayaba en los límites de la blasfemia y de la obscenidad. Por otra parte, se había adentrado en sus reflexiones teóricas sobre la idea de la violencia y gestionó con ahínco la publicación de su traducción del famoso artículo de Sorel «Apología de la violencia».

Tenía un concepto naturalista de la misma: «Nosotros tenemos otro concepto de las ideas. Para nosotros las ideas no son abstractas, sino fuerzas físicas. Cuando una idea quiere ser objetivada en el mundo, ello se realiza gracias a manifestaciones nerviosas, musculares, físicas. Las ideas contrapuestas se objetivan en la antítesis, en la lucha; pero ella irá delante violentamente, pues la fuerza realizadora de la idea es material»<sup>9</sup>. Mussolini se preocupaba poco del origen de las clases y permanecía fuera de la ortodoxia marxista. Pero gracias a este planteamiento pudo comprender el creciente radicalismo social italiano.

Cuando Mussolini, en julio de 1908, al final del año escolar, volvió a Predappio se encontró en mitad de la gran huelga de jornaleros contra el «intercambio de trabajadores», antigua costumbre que permitía a los arrendatarios y medieros ayudarse recíprocamente en trabajos que, según la tradición, eran peculiares de los jornaleros. El duro conflicto surgido durante los trabajos de la trilla fue producto de los enmarañados intereses de clase y tenía claros aspectos sociales. Mussolini tomó parte en los disturbios y admiró la actitud de las formas de lucha. Por otra parte, manifestó una total falta de comprensión hacia las raíces materiales del conflicto entre los jornaleros y los medieros. «Aquí la trilla no es un trabajo cualquiera, sino una fiesta, y para decirlo con un famoso poeta, la fiesta del trigo —escribió en un artículo el 8 de agosto de 1908—. Tiene el aire festivo, las canciones, las risas, los banquetes y los brindis exuberantes de las fiestas. Solamente a disgusto se avienen los campesinos con la malicia de los propietarios y curas que aceptan jornaleros intrusos en los lugares de trilla, lo que les priva de la oportunidad de un segundo

carnaval. Esta psicología arcaica nos hace entender la rabiosa oposición de los jornaleros y la crueldad de su comportamiento»<sup>10</sup>. El psicologismo superficial de dicho análisis no impidió a Mussolini, sin embargo, tomar él mismo parte en la lucha. El 18 de julio fue detenido en Forlì, por haber amenazado a un agricultor que contrató a unos esquiroleros. Fue condenado a tres meses de prisión y el 30 de julio fue puesto en libertad provisional. El corto tiempo pasado en la prisión reavivó su fama de revolucionario implacable.

Después de seis meses de vida completamente «privada» —su padre fue entonces a Forlì con su amante Anna Guidi como arrendatario de un restaurante—, por recomendación de Serrati y de Angelica Balabanoff fue llamado a Trento como secretario de la Cámara de Trabajo local y director del periódico *L'Avvenire del Lavoratore*.

Aquí empezó para la carrera política de Mussolini y su posterior devenir cultural una fase corta, pero esencial. En el medio masificado de Trento, con un dominio sólido del clero, tuvo que fundar su usual polemística extremista en estudios y reflexiones con una buena base. También sus simpatías sindicales experimentaron importantes puntualizaciones. Entonces escribió: «Sería la muerte para el sindicalismo. Esto no debe ser discutido de modo teórico por los filósofos, sino más bien por los trabajadores. Creo que una clase trabajadora depurada gracias a la práctica sindicalista formará un nuevo carácter humano»<sup>11</sup>.

Mussolini rechazó una teoría sindicalista tanto como la reducción de ideas como «acción directa» o «huelga general», a categorías abstractas. Prefería una interpretación que se fundara exclusivamente en la práctica de la acción directa y de la huelga general. Su activismo renegaba del positivismo inseguro de la época inicial y era declaradamente idealista. Daba oídos a las voces más ambiguas y más nuevas de la cultura burguesa de aquel tiempo. Fue atento lector de los diarios burgueses *Leonardo* y *Voce*, fundados por Giuseppe Prezzolini y Giovanni Papini, a los cuales aceptó con verdadero entusiasmo, y tampoco chocó con la idea representada por éstos de una colaboración entre clases. «O bien se tiene el valor de crear una tercera gran Italia que no es la Italia de los papas y de los emperadores, sino la Italia de los pensadores, una Italia que no ha existido nunca; o bien quedará rezagada detrás de la quilla una estela de mediocridad, y también a ésta se la llevará el primer soplo de viento»<sup>12</sup>. También el aire vitalista de Prezzolini le entusiasmó: algunas categorías extrañas para el marxismo y la tradición del movimiento obrero



representaban, sin embargo, un papel importante en el universo ideológico de Mussolini.

En seguida estuvo dispuesto a deshacerse del rígido dogmatismo que mostraba el socialismo frente a muchos problemas, sobre todo en Italia. Durante esta época transcurrida en Trento adquirió un conocimiento profundo y no esquemático de la «cuestión irredentista». (El irredentismo es la exigencia de la integración de los italianos residentes en el sur del Tirol, *terra irredenta*; la cuestión irredentista fue uno de los motivos de la entrada de Italia en la guerra en 1915.) El mismo Mussolini nombró como un ejemplo del internacionalismo las predicaciones de Cristo, lo que constituía una elección hábil en consideración a aquel ambiente. Su anticlericalismo originario se refinó, el ateísmo y los ataques contra el mensaje evangélico fueron cada vez menos frecuentes. De todos modos, la polémica de Mussolini contra el poder político y económico del clero continuó con la misma vehemencia. Dicho clero constituía un verdadero enemigo de clase en la comunidad italiana de Trento.

Una vez más este tema vino a ser el punto de partida de sus éxitos periodísticos. Bajo su dirección se desarrolló *L'Avvenire del Lavoratore*, llegando a ser un diario señaladamente vivo y belicoso que pudo aumentar sus tiradas. En el lapso de siete meses el periódico fue secuestrado once veces y condenado seis veces su director. Sin embargo, puso en marcha a todo el perezoso mundo provinciano. Sus blancos preferidos eran los diarios católicos, como *Il Trentino*, dirigido por Alcide de Gasperi, o el semanario *La Squilla*, dirigido por el Rvdo. Costanzo Dallabrida... «Sobre vuestra tonsura mis manos dejarán unas señales que serán muy difíciles de borrar», escribió amenazante al Rvdo. Chelodi, redactor del *Trentino*. «Sanguinario y devorador canibalístico de la religión», fueron los términos injuriosos de la contestación de su adversario. Nadie estaba acostumbrado en Trento a aquellas expresiones acaloradas.

Ya en junio el abogado Tranquillini había pedido su expulsión. Mussolini resultó un ejemplo contagioso y encontró eco incluso en los círculos no extremistas. El 2 de agosto, Cesare Battisti, destacado caudillo de los reformistas de Trento, le contrató como redactor-jefe de su diario *Il Popolo* y le pidió también su colaboración para el suplemento semanal *La Vita Trentina*. Incluso el moderado órgano liberal de la comunidad italiana, *L'Alto Adige*, recogió los textos de Mussolini. Las autoridades policiales estaban alarmadas. Después de una toma de decisión positiva de la corte de Viena se esperó únicamente a una ocasión apropiada

para expulsarle. El 10 de septiembre de 1909 fue detenido por «provocación a actos inmorales e ilegales y por odio y desprecio al poder del Estado».

En realidad se sospechaba que había tomado parte en un complot terrorista en relación con el robo de 300.000 coronas, sucedido el 29 de agosto en un banco de Trento, justamente el día de la visita «provocativa» del emperador Francisco José a Innsbruck. A pesar de la movilización socialista, de la amenaza de una huelga general y del hecho de que fuera declarado inocente de la acusación, Mussolini fue sacado de la cárcel de Rovereto el 26 de septiembre y llevado a la frontera, donde le fue leído el decreto de expulsión. El 5 de octubre estaba de nuevo en Forlì.

El balance del conjunto de experiencias de Trento fue positivo y tuvo mayor éxito dentro de la actividad propagandista que en el trabajo de organización. Mussolini se sentía progresivamente más periodista que político. Permanecía irresoluto en cuanto a la militancia política. En lugar de ésta, se había ocupado verdaderamente y con entusiasmo del ejercicio de la literatura, escribiendo novelas y cuentos en toda clase de estilos, desde «historias escalofriantes» como las de E. A. Poe, hasta folletines sensibleros anticuadamente románticos. En Forlì llegó incluso a escribir una novela histórica: *Claudia Particella, l'amante del cardinale*, en parte a causa de su apremiante situación económica y en parte para presentar su anticlericalismo de un modo efectivo.

En aquel momento necesitaba dinero perentoriamente. En realidad tenía el proyecto de iniciar vida en común con Rachele Guidi, hija de la amante de su padre... «El 17 de enero de 1910 me uní a Rachele Guidi sin formalidades oficiales, civiles ni religiosas», escribió escuetamente más tarde. Tomamos una vivienda amueblada en la Via Merenda... y allí pasamos nuestra luna de miel...<sup>13</sup>. Tanto el futuro privado inmediato de Mussolini como su posterior «destino» político, experimentaron un cambio gracias a su contrato como director de *La Lotta di Classe*, nuevo semanario de la Federación Socialista de Forlì, que apareció por vez primera el 9 de enero.

El socialismo se encontraba entonces en Forlì en una fase crítica. Sin un verdadero caudillo, se resentía ante la fuerte presencia del partido republicano y su sólido dominio sobre los partidos institucionales de izquierda. La necesidad de tener que empezar desde la nada fue en realidad para Mussolini una buena posición de salida. Con veintisiete años, tenía a su disposición un periódico, así como una organización: era director de la *Lotta di Classe* y secretario de la federación provincial.



Mussolini acometió el nuevo papel con la misma acostumbrada alergia hacia los aspectos burocráticos y administrativos. «No puedo hacer las funciones de empleado administrativo — fue su respuesta al reproche de que descuidaba la edición de los libros del partido—. Si las secciones quieren hacer culpable a la federación de un pobre fraude, peor para ellos. Yo no pierdo nada, pues no voy ni a la busca de clientes ni a captar votos. No puedo estar en todas partes, tanto más cuanto que se trata de molestias personales sin sentido; con esas cosas deben acabar las mismas secciones»<sup>14</sup>. Esta vez, sin embargo, dio un motivo teórico para su menosprecio de los problemas de organización: «Nosotros sobreponemos la calidad a la cantidad. Más que un rebaño obediente, sumiso, idiotizado, que sigue al pastor, y que se sale de la fila al primer aullido del lobo, queremos un núcleo pequeño y sólido»<sup>15</sup>. Era la esencia de una «teoría de la minoría», que más tarde tomaría tales formas que trasformaría en desprecio la indiferencia originaria respecto de las masas y que tenía que alejar a Mussolini del movimiento obrero. Pero entonces su aversión hacia una dirección administrativa del partido estaba exigida también por el entusiasmo nuevamente despertado por el periodismo.

Para el periódico trabajaba con ahínco, seguía los detalles técnicos y revisaba todos los artículos. Organizó un semanario que se diferenciaba de los otros doscientos periódicos socialistas de provincias, y que dejaba mucho espacio para los temas de política internacional, siguiendo la fórmula de Gaetano Salvemini y otras orientaciones culturales no socialistas. Su preferencia por las cuestiones «ideales» del socialismo y su indiferencia hacia el fondo científico, así como cierto análisis concreto de las contradicciones materiales entre clases, eran absolutamente claros. La problemática religiosa continuó siendo importante, pero en sus escritos de entonces se manifestaba de forma distinta a como lo había hecho en la época del «extremismo suizo». «Debe distinguirse entre las creencias individuales, y la praxis de culto — subrayó en el congreso de la sección de Forlì. Las primeras son revisables; con ellas se puede utilizar la fórmula de los socialistas alemanes: “La religión es un asunto privado”. Las cuestiones de culto terminan en un apoyo directo o indirecto a la Iglesia, que actualmente ya no es una comunidad de almas creyentes, sino una jerarquía de carácter económico y político»<sup>16</sup>. Más tarde dedicó también a este argumento su atención tanto de palabra como por escrito. Así, en 1913 publicó el ambicioso ensayo *Giovanni Huss il veridico*.

Respecto a la «cuestión institucional», tuvo que definirse a

causa de la agria polémica entre socialistas y republicanos. Su punto de partida era «clásico». Monarquía y república eran, esencialmente, formas idénticas, en las que se exteriorizaban los contenidos de clase —expropiación y opresión— de los regímenes burgueses. Mussolini atacó violentamente a los Estados Unidos. «La lucha de clases en América —escribió en agosto de 1912 como apología de los sindicalistas italo-americanos Ettore y Giovanni— no tiene las formas idílicas, mesuradas de las luchas italianas. Es un acontecimiento belicoso, casi siempre una lucha sangrienta entre opresores y oprimidos. La forma democrática, es decir, republicana, de gobierno no debe desorientar a nadie: es una etiqueta y nada más»<sup>17</sup>.

Sus artículos trataron esta cuestión cada vez con más asiduidad. El trabajo periodístico le absorbía casi todo el tiempo, pero los apremios del partido tampoco podían descuidarse. Las tareas más urgentes eran la reorganización de la sección de Forlì y la disputa con la hegemonía republicana. Antes que nada deseaba crear una nueva identidad política para los socialistas. Se tenían que movilizar todas las fuerzas extremistas y rechazar la alianza con los republicanos, pues de otro modo ésta ahogaría lentamente al debilitado enemigo. «En la lucha económica aceptamos la alianza. De hecho, la organización de los trabajadores debe ser un bloque de todos los explotados, sin discriminación de origen, religión, sexo o credo político —escribió el 4 de junio de 1910—. Pero si la alianza en la lucha económica es algo natural, pues sólo se requiere que la persona sea explotada, en la lucha política, en la que en el fondo se acepta la expresión de un convencimiento doctrinal, no es posible sin que sean sacrificadas ideas contrarias reduciéndolas al mínimo común denominador»<sup>18</sup>.

Mientras Mussolini empezaba a firmar ya como «el Político», se manifestó una constante más amplia de su versión personal del socialismo: el planteamiento de la lucha económica en comparación con la política. Al mismo tiempo se preocupó por una acción depuradora radical en el seno del partido. Tras largas controversias ideológicas abstractas estableció que la pertenencia de los masones al movimiento socialista resultaba «incompatible». Su falta de compromiso le acarreó una vez más una nota polémica en el partido socialista de Forlì. Cuando en verano de 1910 el desacuerdo entre jornaleros y semiarrendatarios se recrudeció, el partido pudo encontrar concluidas y decididas las polémicas con los republicanos. Esto fue, sin duda, un éxito personal de Mussolini, y le facilitó la victoria en el congreso de la sección, así como en el congreso provincial. Su punto programático de una *independen-*



dencia absoluta, que estaba en la línea de la facción revolucionaria, fue incluso aceptado unánimemente por el congreso regional de Faenza. El prestigio de Mussolini como «jefe local» fue reconocido en el congreso nacional de Milán (21-25 de octubre de 1910). Sin embargo, su presencia en él pasó casi desapercibida. Era la primera vez que tomaba parte en un congreso general. Los periódicos lo comentaron con irónica condescendencia.

La victoria de los reformistas fue clara. El orden del día de Filippo Turati consiguió 13.006 votos, el de Costantino Lazzari 5.928 y el de Giuseppe E. Modigliano 4.547 votos. En una reunión de la facción revolucionaria, celebrada a continuación, Mussolini propuso el abandono del partido. Su teoría de un partido de *pocos, pero buenos* y su indiferencia hacia el *fetiché* de la unidad del partido le hicieron partidario de cualquier plan de separación. La proposición, sin embargo, fue rechazada.

El congreso de Milán había acabado con sus esperanzas de reanimar el partido —*el gran cadáver*— desde su propio seno. Cuando, durante la crisis del gabinete Luzacti, en marzo de 1911, el caudillo reformista Leonida Bissolati se encontró con el rey para unas consultas, Mussolini quiso lanzar de nuevo su plan de ruptura con el partido: «Si la junta directiva del partido, como por desgracia parece, no tiene el valor de desautorizar a Bissolati y sus manejos cortesanos —escribió— abandonaremos el partido»<sup>19</sup>. El 11 de abril la sección de Forlì proclamó su autonomía y el 23 de abril le siguió toda la federación. En estas decisiones Mussolini había tocado puramente los temas locales, apoyándose únicamente en las fuerzas del lugar. A nivel nacional, la facción revolucionaria no se dejó comprometer en lo más mínimo en la escisión. Por lo tanto, Mussolini se preocupó de que las consecuencias de la ruptura no se agravaran con una aguda alternativa dentro del partido y mantuvo todos los vínculos: «No se trata de alzar una nueva bandera política, sino de evitar a la antigua bandera socialista que la infamen aquellos que se han reunido bajo sus pliegues...»<sup>20</sup>.

En esta fase que precedió a cambios notorios en el interior del partido corría el peligro, especialmente por su falta de experiencia en la cuestión de congresos, de que se le redujera a un mero papel de agitador dentro de la minoría. De esta perspectiva le libraría la guerra con Libia, la cual le brindó la oportunidad de definirse. Cuando, el 25 de septiembre de 1911, a la oposición izquierdista le fue comunicado el ultimátum presentado por Italia a Turquía, solamente encontró respuestas débiles y poco convincentes. La organización sindical mayor de Italia, la Federación

General del Trabajo, convocó para el 27 de septiembre una huelga general, pero sin prepararla ni dirigirla. El movimiento sólo fue respaldado en algunas zonas, como la Romaña, gracias a los sindicalistas revolucionarios.

Con este motivo a Mussolini se le presentó una buena oportunidad de unir su antiguo antimilitarismo con la movilización popular para la *lucha antipatriótica*. Un año antes, el 2 de julio de 1910, había escrito: «En caso de guerra, nosotros no correremos hacia la frontera, sino que desencadenaremos la lucha en el interior»<sup>21</sup>. Ahora, el 25 de septiembre volvió a decir: «Aguardamos los acontecimientos con confianza. La guerra casi siempre inicia la revolución»<sup>22</sup>. El 26 y 27 de septiembre los socialistas y los republicanos de Forlì, en una sólida acción unitaria, «desde abajo», dirigieron las agitaciones contra la guerra en una convulsa votación.

El 30 de septiembre Mussolini escribía: «Durante dos días y dos noches el pueblo anónimo, explotado, despreciado, fue el dueño ilimitado de las calles y plazas de la ciudad. Los trabajadores socialistas estaban cansados de pacifismo. Con un par de años más de buena propaganda, esta multitud estaría preparada para el gran heroísmo y el sacrificio fructífero»<sup>23</sup>. La violencia y lo esporádico de las agitaciones condujeron irremediablemente a la represión. El 14 de octubre, Mussolini fue detenido junto con el republicano Pietro Nenni y Aurelio Lolli. La sentencia fijó la pena en un año de prisión. Tras la apelación, la pena fue rebajada a cinco meses y medio. El 14 de marzo de 1912 Mussolini abandonaba de nuevo la cárcel.

Faltaba poco tiempo para el congreso de Reggio Emilia (7-10 de julio de 1912), el cual sancionó dentro del partido socialista el cambio de tendencia hacia el extremismo, que se había venido preparando desde la gran crisis económica de 1907. Mussolini volvió al seno del partido con la federación de Forlì y preparó cuidadosamente los debates. Su conversión repentina hacia la batalla interior estaba directamente relacionada con la enseñanza que había recibido en los días de septiembre en Forlì. La guerra con Libia, que había puesto fin a la «paz social» de la era Giolitti, dejó aflorar aún más claramente la agravación del antagonismo de clases. Las posibilidades revolucionarias del movimiento y los planes preventivos de restauración de la burguesía cortaron de raíz todos los intentos de intervención reformistas y dieron profundidad a la «política de compromiso» desde dentro. Ahora que ésta se orientaba otra vez hacia hipótesis maximalistas, se podía ganar terreno en el seno del partido.



La entrada de Mussolini en el congreso causó sensación. El tono y el contenido de su discurso suscitaron o rechazo o entusiasmo, pero en todo caso emoción. Hizo un claro análisis de las relaciones entre reforma-revolución y democracia-socialismo, siempre con la mirada puesta en el sufragio universal:... «La implantación del sufragio universal debe dejar claro al proletariado que éste no es un arma suficiente para alcanzar la total emancipación. La burguesía debe recordar su parábola política del mismo modo que el ciclo económico.» También sus quejas contra la facción parlamentaria fueron expresadas sin contemplaciones: «Vuestra autonomía política debe llegar a su fin. Se os puede dejar la autonomía técnica, pero no la política. Los delegados deben obedecer a la dirección del partido»<sup>24</sup>.

Mussolini poseía también la suficiente inteligencia táctica para confesar su nueva fe en la necesidad de la continuidad del partido. Pidió y consiguió la expulsión de los reformistas derechistas Bizolatti, Bonomi, Cabrini y Podrecca, los cuales, después del atentado del anarquista Antonio d'Alba, habían sido acusados de «sumisión a la monarquía».

Fue un éxito completo para Mussolini, que culminó en su elección para la junta directiva del partido. Pero no era suficiente. En la sesión de la Junta Directiva del 8 al 10 de noviembre de 1912, a propuesta de Costantino Lazzari fue nombrado director de *Avanti*, órgano oficial del partido socialista. Así, a la edad de veintinueve años vio cómo se realizaban sus mayores deseos. Nueve meses después de haber sido puesto en libertad, era elevado a un cargo de gran prestigio. Pero el asombro de sus enemigos, e incluso de sus amigos, era generalmente injustificado. Claudio Treves, uno de los reformistas más inteligentes, había captado la nota «personal» en la carrera meteórica de Mussolini y había subrayado su «idealismo revolucionario», su vuelta al «revolucionarismo antiguo, clásico», que daba a sus formulaciones mayor seguridad comparadas con los nuevos experimentos que perseguían los reformistas.

En realidad, el PSI estaba pasando una profunda crisis de identidad. La perturbación estaba ligada en su mayor parte a sus raíces estructurales. La crisis y, antes de ella, el desarrollo capitalista intensivo habían conducido a notables modificaciones en el panorama de clases italiano. Aquellos que se habían identificado con la línea del «compromiso» perdieron toda importancia. En las grandes áreas de concentración de trabajadores del norte nació un proletariado industrial que estaba muy ligado a las fábricas y predispuesto a una nueva temática revolucionaria.

El problema de encontrar un coprotagonista social que pudiera proporcionar al *partido* una eficacia concreta para su fórmula programática, estaba por resolver. Mussolini no afrontó el problema, sino que lo eludió. Pero donde los otros permanecían estancados en confusos balbuceos en la discusión sobre la cuestión de reforma o revolución, él se hizo fuerte basándose en su propio eclecticismo ideológico y en la viveza cultural que le habían hecho accesibles las corrientes dinámicas situadas al margen del marxismo. A esto hay que añadir aún la «teoría de la acción», que entre tanto se había fortalecido. La inseguridad de los restantes dirigentes se transformó en Mussolini en apostolado activista. En los dos años siguientes, siendo director de *Avanti* era considerado el dirigente más popular del partido socialista.

Durante esta época la biografía de Benito Mussolini puede servirnos como clave para la interpretación de los tumultos ocurridos dentro del movimiento socialista de Italia. Los aspectos puramente privados, completamente personales, de su vida fueron cuestiones secundarias. La gama de sus pasiones se había ampliado. Sus experiencias sentimentales abarcaban desde las relaciones exóticas y platónicas con la poetisa anarquista Leda Rafanelli, hasta un turbio asunto con la trentina Ida Dalser, que se complicó con extorsiones e intimidaciones recíprocas a causa del nacimiento de un hijo. Por quinientas liras mensuales y una salida tolerable aceptó el traslado de Rachele Guidi con la primera hija, Edda, y su anciana madre política a Milán. Pero su dimensión real fue la «pública», como director de un periódico que señalaba una dirección a todo el mundo político de Italia.

Mussolini no poseía la formación necesaria para un análisis de clases perfecto. Sabía tan poco como los demás caudillos socialistas qué niveles del interior del proletariado podrían representar la vanguardia de las masas revolucionarias. Después de la guerra acometió este problema desde un punto de vista contrario. Pero ya entonces se dio cuenta instintivamente de que para la nueva prosperidad del partido se debía agrandar a otros círculos completamente diferentes de los trabajadores y los artesanos tópicamente «buenos y perseguidos» según la tabla de conceptos socialista. Se dio cuenta de que el movimiento debía volver a ganarse a la gente calificada como populacho demasiado a la ligera por las «clases acomodadas». «¿Qué pretende en realidad esta actual reserva hacia el populacho?», había escrito Giuseppe Prezzolini el 28 de junio en la *Voce*. «Que honrados comerciantes, a los que se les ha cerrado la puerta, protesten, pase; pero que gente subversiva procedente de “los partidos de la intranquili-



dad" quiera sacar su propia responsabilidad de la que corresponde al populacho, es algo que no se sabe si debería producir ira o compasión... ¿Se puede hacer la revolución sin la "chusma"? Nosotros creemos que no»<sup>25</sup>. Mussolini opinaba precisamente lo mismo, tal como informa Renzo Di Felice. Con esta advertencia trastornó todos los criterios sobre cuya base los reformistas y la Federación General del Trabajo decidieron si debían aprobar o rechazar las agitaciones aisladas, que por todas partes iban surgiendo más o menos espontáneamente.

El *Avanti*, por ejemplo, defendió la lucha de los trabajadores del sector del automóvil de Milán en la primavera de 1913, en la que solamente había tomado parte un notable sindicato, el USI, organización de anarcosindicalistas. «No podemos alejarnos de las masas. Debemos oír las. Las atraeremos hacia nosotros. Al final de la huelga lo discutiremos...»<sup>26</sup>, escribió Mussolini: era una lucha laboral moderna en la que los trabajadores representaban un papel parecido al que tendrían posteriormente en las grandes fábricas después de terminada la guerra. Este aspecto le pasó por alto a Mussolini, que tampoco se interesó mucho por si la lucha acababa con éxito o si se lograban los propósitos de la misma.

El 18 de junio de 1913 escribió: «El hecho de que se haga es ya la mayor victoria de la huelga general. Una victoria moral, ideal, incontestable y aún mayor si no acaba coronada por las concesiones de los gobernantes»<sup>27</sup>. En febrero alabó con el mismo entusiasmo la huelga general de Nápoles, la cual estaba protagonizada por unos elementos sociales tan totalmente diferentes, que incluso Serrati se preguntó cómo Mussolini «podía admirar a una plebe que un año antes había aplaudido la guerra con Libia y que para solución de sus problemas vacilaba entre San Genaro y la lotería»<sup>28</sup>. Con su cerrazón a todo lo «nuevo» surgido durante la crisis de Giolitti, Mussolini, permanecía en realidad aislado en el seno de la fracción intransigente.

Respecto al «programa» y el concretismo de Serrati y su interés en la «lucha económica», su postura fue de intolerancia. En el esquema de las formas de lucha de Mussolini había poco lugar para los objetivos. El elemento central seguía siendo la violencia, base sobre la que las clases sociales de Italia se preparaban para el choque decisivo.

Turati le trató de infantil: «¿Queremos volver a ser niños?»<sup>29</sup>. Claudio Treves le encontró reaccionario y le recordó que «...a la clase, que encarna a la fuerza, el determinismo de clase marxista, por ser una doctrina de la revolución y no de la revuelta, opone los grupos, que representan el poder»<sup>30</sup>. Esto eran etiquetas

formales. La distinción de Treves entre poder y fuerza parecía así mismo inútil para resolver el radicalismo de las luchas de aquellos años. Los reformistas cedieron a sus enemigos un decisivo terreno de lucha y ellos mismos rehusaron representar ningún papel importante. «¿Cómo puede llamarse esto realmente? ¿Magia? ¿Utopía? ¿Deporte? ¿Literatura? ¿Romance? ¿Neurosis? Ciertamente, el socialismo no es esto...»<sup>31</sup>.

Seguro que no lo era. La doctrina consolidada consistía únicamente en cierta negación de «los sagrados principios de 1889, parlamentarismo, democratismo, reformismo». Pero gracias a la *primacía de la acción* permaneció abierto a cualquier solución política, desde las reaccionarias hasta las absolutistas y revolucionarias<sup>32</sup>. En esencia se trataba de activismo, el cual, sin embargo, no ejercía ningún atractivo directo sobre las masas e incluso en sus limitaciones conseguía crear dificultades y trabas al «buen positivismo antiguo, evolucionista y democrático»<sup>33</sup>. El aparato reformista que Treves había creado en *Avanti* fue barrido. La «chusma» ingresó en tropel en el partido, doblando en dos años el número de sus miembros; los equilibrios y las jerarquías fueron atropellados. El éxito de la nueva línea tuvo también su expresión en las elecciones: en las de octubre y noviembre de 1913 el partido socialista consiguió un millón de votos y cincuenta y tres delegados y con ello subió numéricamente del 8,1 al 11,3 %.

Mussolini se había presentado por el distrito electoral «sin esperanzas» de Forlì, siendo derrotado por el candidato republicano Gaudenzi. Pero nadie pudo negar lo que había ganado *Avanti*. El congreso de Ancona, del 26 al 29 de abril de 1914, fue el reconocimiento burocrático de su significación en el seno del partido. Pero el «verdadero congreso de Ancona» no tuvo lugar hasta unos meses más tarde, durante la semana roja, en junio de 1914. Este constituyó un cambio decisivo en la biografía personal de Mussolini y para el movimiento socialista de Italia.



## 2. El prolongado alzamiento (1914-1925)

El 7 de junio de 1914 tuvieron lugar violentos enfrentamientos en Ancona, cuando fuerzas del ejército intervinieron para dispersar una manifestación antimilitarista. Hubo tres muertos y docenas de heridos. La respuesta espontánea al baño de sangre fue la convocatoria de la huelga general, la cual se convirtió en un levantamiento popular en las regiones de Toscana y las Marcas. Oficialmente la huelga fue convocada el 9 de junio por la Confederazione Generale del Lavoro, la mayor organización sindical del país, que determinó así mismo que la huelga debía durar hasta la medianoche del día 11 de junio. Pero todavía dos días después del plazo establecido siguieron en acción algunos grupos de agitadores. No se hacían reivindicaciones salariales ni se daba una clara perspectiva política general. Falta de una dirección firme y centralizada, la huelga fue más bien la expresión de un confuso deseo de poder: del sueño de las masas de un cambio político. Las dimensiones y el radicalismo de las formas de lucha bastaron, sin embargo, para renovar «el gran temor» de la burguesía. El peligro inminente hizo que ésta reencontrara su unidad de clase y fue causa de que, a nivel social, se compensaran los antagonismos, que, por lo demás, ampliaron la crisis institucional del Estado liberal.

A estos nuevos fermentos vitales en las capas burguesas se oponían la impotencia y la inseguridad de los socialistas. Desde hacía años las esperanzas de los revolucionarios estaban ligadas al «alzamiento», que consideraban como la única forma de lucha para alcanzar el poder. La huelga de junio puso de relieve el fracaso de esta perspectiva y obligó a la vía de «plazos más largos» y al uso de estrategias políticas y sociales más complejas. El proletariado había estado aislado; en la trabazón estructural de clases de la sociedad italiana su peso específico aparecía poco menos que insignificante. Alcanzar la soberanía política resultaba muy difícil, y, en todo caso, su logro estaba muy lejos. Precisamente entre los pequeños burgueses radicales, muchos «compañeros

de viaje» buscaban un protector más fuerte y unas posibilidades de realización a corto plazo. El proyecto político del restablecimiento burgués presentaba de nuevo el atractivo de llevar las de ganar y hacía vacilar, en apariencia, convicciones firmes como rocas. El proceso alcanzó a los demócratas convencidos no menos que a los socialistas intransigentes del tipo de Mussolini.

Sus reflexiones sobre la «semana roja» aparecieron en el ejemplar de julio de *Utopía*, revista teórica que había fundado en noviembre de 1913. En los artículos de Mussolini sobre el alzamiento, el final de la paz social de la era Giolitti y la necesidad de una nueva unidad política del movimiento obrero, surgieron nuevos elementos. La necesidad de una revolución («Italia necesita una revolución y la conseguirá») no dejaba adivinar cuáles serían sus eventuales protagonistas. La atención que prestaba a los anarquistas, republicanos y otros izquierdistas se basaba en una opinión bastante severa sobre las cualidades directivas del partido socialista de Italia (PSI). Eran los primeros signos de un proceso de revisión que el estallido de la guerra mundial debería acelerar.

La actitud de Mussolini frente a la guerra era al principio totalmente ortodoxa. El 25 de julio de 1914 escribía: «Para el proletariado italiano ha llegado el día de demostrar la lealtad al antiguo lema de “ni un solo hombre ni un solo céntimo”<sup>34</sup>. Se declaraba a favor de una «neutralidad absoluta» y con ello se colocaba en línea con toda la dirección del partido, que el 3 de agosto se había expresado en este sentido. No constituía alternativa a la política del gobierno de Salandra, pues aquel mismo día tuvo lugar la declaración oficial de la neutralidad italiana. Después de la renuncia del socialismo a la amenaza de huelga general para mover al país hacia la neutralidad, a la dirección del partido le faltaban instrumentos para separarse de la decisión de los círculos conservadores y gubernamentales. Luego se renunció también a profundizar en los debates sobre las formas de lucha, que debían ser acordes con el objetivo de neutralidad y que se acomodaron casi de modo subalterno a los tonos de discusión de la burguesía. Se llegó a proliferas disertaciones sobre la «guerra justa» o «injusta», sobre atacantes y atacados; es decir, se seguía una línea de clase mientras que, al mismo tiempo, los acontecimientos se precipitaban dramáticamente. La II Internacional fue disuelta, los partidos socialistas de los países que estaban involucrados en el conflicto habían votado en todas partes a favor de los créditos militares, se había producido la invasión de Bélgica y la guerra había adquirido proporciones gigantescas.



En el seno del partido, los frentes recibieron nuevos puntos de orientación ideológicos, independientes de las condiciones materiales de las masas. La ofensiva que desarrolló la burguesía en el frente salarial y a nivel político-institucional bajo el lema de la movilización apenas tuvo efectos. Mussolini escribía: «Frente a la guerra europea las antiguas divisiones en el interior del partido han perdido todo contenido y valor: los campos están en disolución y los hombres en movimiento, habiendo seguido para ello los criterios de mayor o menor conformidad con su valoración histórica de la situación»<sup>35</sup>. Esta atmósfera «idealista» contribuyó de modo importante a acelerar su conversión. La toma de posición en favor de la neutralidad absoluta se había hecho insostenible. Mussolini no tardó en hacer amplias concesiones a los defensores de las democracias occidentales. El 16 de agosto escribía: «La diferencia entre el régimen de los junkers y el de la democracia francesa no podía ser pasada por alto»<sup>36</sup>. Entretanto, la distinción entre guerra ofensiva y guerra defensiva había encontrado eco en los portavoces de la línea intransigente. El maximalista Costantino Lazzari aprobó finalmente la movilización para el caso de que se llegara a una guerra defensiva.

Representantes destacados de la izquierda, republicanos, anarquistas, radicales y sindicalistas, bajo la dirección de Alceste De Ambris y Filippo Corridoni, se declararon sin titubear a favor de los intervencionistas. La propaganda de los socialistas de la reforma Cesare Battisti y Oddino Morgari desarrolló una viva actividad. Después de la «semana roja» ellos fueron los interlocutores preferidos de Mussolini. El desagrado con que en adelante debió llevar la campaña de neutralidad en *Avanti* estaba completamente justificado. Mussolini dirigió un debate de los miembros del partido sobre la guerra; preguntó a las bases a través de referéndum: ¿Estáis a favor de la guerra o contra la guerra? Permanecía bajo una presión que venía de los círculos más diversos: desde Giuseppe Prezzolini, editor de *Leonardo*, hasta los futuristas, desde los anarquistas hasta el socialista de la reforma Leonida Bissolati.

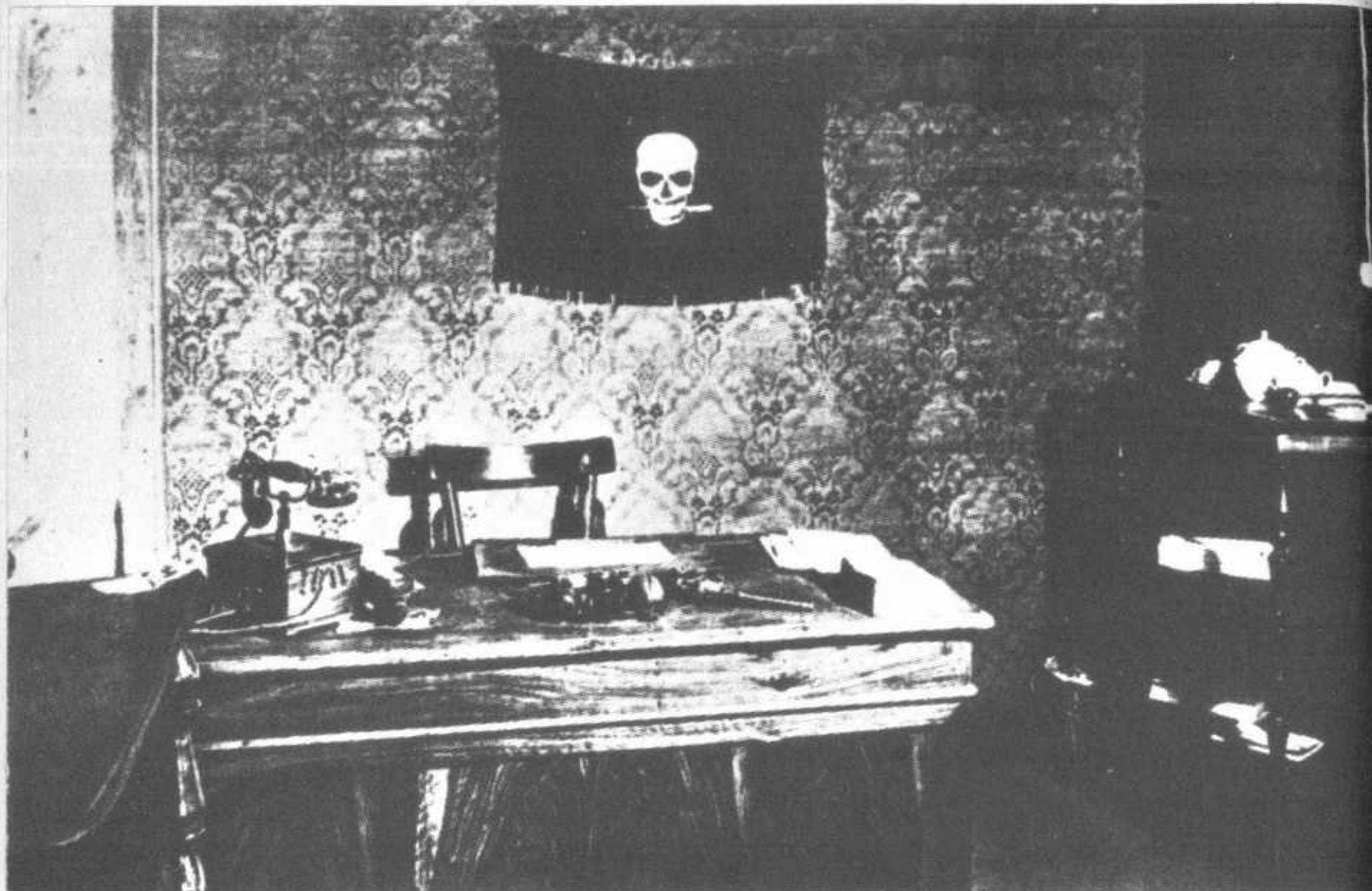
El 21 de septiembre de 1914 la dirección del partido socialista publicó un manifiesto para confirmar su neutralidad absoluta. Procedía de la pluma de Mussolini y estaba impregnado de un neutralismo extremado —«El partido socialista permanece solo contra todos, inmune al contagio general»— y hacía pública su violenta inhibición defensiva. El 4 y el 7 de octubre aparecieron en los periódicos *Giornale d'Italia* y *Resto del Carlino* artículos comprometidos en los cuales sus autores hacían notar la contradic-

ción entre el intervencionismo de Mussolini, manifestado tan frecuentemente en privado, y la neutralidad oficial del partido defendida obstinadamente. Estas revelaciones causaron sensación y motivaron que Mussolini diera el salto decisivo.

El 18 de octubre publicó en *Avanti* el artículo *Dalla neutralità assoluta alla neutralità attiva ed operante*, en el que decía: «Para evitar una guerra se debe derribar —con la revolución— al Estado.» Se trataba de una alternativa que él había decidido ya. La revolución proletaria no era factible, así que solamente quedaba la guerra. Con este planteamiento, el 21 de octubre compareció ante el comité de Bolonia. Mussolini rechazó todos los intentos de compromiso y se comportó como quien considera firme su decisión tomada desde hace largo tiempo. Además, se sentía como un extraño allí. A diferencia de en la anterior escisión del partido (1910, en Forlì), esta vez no hizo nada por mantener los vínculos o integrar las bases. «Que yo haya venido a Bolonia con el firme propósito de extremar una situación que a mí siempre me pareció imposible de mantener, es totalmente cierto», escribió Mussolini el 27 de octubre de 1914 en *Avanti*<sup>37</sup>. No era una escisión o una ruptura: esta vez era una declaración de guerra. La misma se apoyaba en los siguientes argumentos: el partido socialista estaba «acabado», pero la guerra era la gran ocasión de realizar su deseo de autoafirmación y provocar una revolución política, en la que su inteligencia política y sus sólidos conocimientos de la psicología de las masas podían desempeñar un papel decisivo. Inmediatamente dimitió como director de *Avanti*. Apenas habían pasado tres semanas, cuando, el 15 de noviembre de 1914, apareció el primer número de su diario *Popolo d'Italia*. El 24 de noviembre, la sección del partido de Milán recomendó su expulsión.

La popularidad de Mussolini resultaba perjudicada por las consecuencias de sus impulsivos arrebatos. El mismo apenas tenía la intención de arrastrar consigo la base socialista como incómoda compañera de viaje en su incontenible ascensión. Pero al aislamiento de Mussolini contribuyeron también, sin duda, los momentos de sospecha sobre el origen de los medios para su nuevo periódico. De hecho, se habían dado subvenciones para su *Popolo d'Italia*, que eran incluso una garantía para el éxito del diario. Filippo Naldi, director del diario conservador *Il Resto del Carlino*, había organizado esta operación. Por medio de las «Messagerie Italiane» puso a disposición suya una red distribuidora y montó una asesoría técnico-administrativa, el cuerpo de redacción y un contrato de publicidad considerable. Los «inspiradores»





La guarida de Mussolini en el *Popolo d'Italia*, periódico, antisocialista de hecho, que fundó tras haber dimitido como director de *Avanti*.

de Naldi fueron, como él mismo reconoció, por un lado, el ministro de Asuntos Exteriores, marqués de San Giuliano, y, por otro, los representantes de los grandes grupos industriales: Esterle (Edison), Bruzzone (Unión Azucarera), Agnelli (Fiat), Perrone (Ansaldo), Parodi (armadores); éstos fueron quienes financiaron el nuevo órgano antisocialista<sup>38</sup>.

Pero lo que enajenó a Mussolini las simpatías de sus antiguos camaradas fue su coincidencia repentina con los objetivos estratégicos del enemigo de clase. En la lucha por la intervención, y más tarde durante todo el tiempo de la guerra, la burguesía experimentó con una fórmula de organización a cuyos elementos de «régimen reaccionario» y «nacionalismo» el fascismo debía aportar un tercer elemento decisivo: la violencia terrorista contra el pueblo. Los «brillantes días de mayo», poco antes de la guerra, las agitaciones intervencionistas que el 29 de mayo de 1915 precedieron a la entrada de Italia en la contienda, mostraban claramente la calificación directiva de la clase dominante, la cual pudo fundir en un solo bloque incluso al ala democrática progresista del intervencionismo, que haría frente al mundo del trabajo y al socialismo.

Con excepción de algunas verbales y también esporádicas concesiones a su pasado revolucionario, Mussolini, desde 1914, parecía identificarse completamente con este programa de una restauración autoritaria. Algunas divergencias eventuales concernían a aspectos marginales y estaban ligados a su personal interpretación «táctica» de contenido estratégico. Sus artículos del diario estaban faltos de toda relación con el proletariado. Además, se dirigía a los «jóvenes» pequeñoburgueses, que estaban a favor de la colaboración entre clases, y dedicaba palabras de alabanza a la burguesía, mientras su desprecio por las masas iba en aumento: «Al pueblo, que ha dejado la pala y ha empuñado el fusil, le pedimos simplemente que obedezca»<sup>39</sup>, escribió en diciembre de 1914. A este cambio en su horizonte de clases correspondía una colaboración concreta con las instituciones reaccionarias: la monarquía y el ejército.

Incluso la vida privada de Mussolini se vio afectada por estos cambios con un nuevo bienestar, al adaptarse él rápidamente a la respetabilidad de su nueva posición social. El 16 de diciembre de 1915 legalizó su unión con Rachele y concertó con ella el matrimonio civil. El 11 de febrero reconoció al hijo de sus relaciones con Ida Dalser. El 31 de agosto fue llamado a filas. Cumplió sus deberes como soldado con toda exactitud hasta el 23 de febrero de 1917, día en que las heridas graves que sufrió por la explosión de un lanzagranadas terminaron con sus experiencias bélicas. En junio de 1917 volvió a ocupar su lugar en el periódico *Popolo d'Italia*.

Mussolini había sido testigo de tristes e inhumanas escenas bélicas y había visto mutilaciones voluntarias, deserciones, heridas y muertes; sin embargo, los soldados eran para él «almas simples y elevadas, que aceptan la guerra como una necesidad que nadie discute»<sup>40</sup>. Pero entre tanto había perdido su primer entusiasmo por la guerra «revolucionaria». Después de la derrota militar de Italia el 24 de octubre de 1917 en Caporetto, la perspectiva revolucionaria, agudizada precisamente por la guerra —el mensaje leninista de la revolución soviética de octubre—, se convirtió en su principal enemigo.

Cuando el ejército austríaco pareció dominar toda la llanura del Po, sus apelaciones a la resistencia estaban salpicadas de promesas demagógicas y de discursos aduladores... «Para sujetar al campesino a la nación se le debe dar tierra», escribía el 4 de noviembre. «Es el precio social de la guerra que pedimos para dar nueva vida a la resistencia popular de la población campesina»<sup>41</sup>. Pero pronto comenzaron las amenazas de represión —«Nosotros





Mussolini con Rachele, su esposa desde 1910, y su hija Edda. La legalización civil del matrimonio no tuvo lugar hasta 1915.

no nos detenemos ante los derechos de la libertad individual. Nosotros barremos este fetiche<sup>42</sup>—, y cuando al cesar la ofensiva enemiga el frente del Piave se consolidó, pasó a reclamar el cierre del Parlamento, la censura de prensa y un «periódico unitario», así como otras medidas restrictivas. Mussolini se movía en perfecta sincronía con los pasos del gobierno Orlando, que alternaba sus parrafadas sobre el mito de la guerra democrática con una dura represión antisocialista, lo que condujo a la detención de Costantino Lazzari, Nicola Bombacci, Giacinto Menotti Serrati (sucesor de Mussolini como director de *Avanti*) y otros.

El 1 de agosto de 1918 desapareció de la cabecera del diario de Mussolini, *Popolo d'Italia*, el subtítulo de «diario socialista», siendo sustituido por la nueva definición de «diario de los que luchan y de los que crean». «Luchadores y creadores, esto es algo fundamentalmente distinto a trabajadores y soldados», precisó Mussolini, no queriendo admitir ningún doble sentido leninista.



La octava detención de Mussolini por propaganda intervencionista en 1915, en Roma.

«Defender a los creadores significa permitir a la burguesía que realice su *función histórica*...»<sup>43</sup>.

La guerra llegó a su fin. En aquellos cuatro años la inclinación de Mussolini a colaborar recibió estímulos más tangibles; ya no se trataba de un objetivo: «Lo primero es ganar la guerra.» Exponía que la colaboración clasista de los que él consideraba «creadores» —«el ingeniero, el mecánico, el trabajador»— estaba subordinada completamente a las necesidades productivas capitalistas; era la señal de una reconciliación entre clases, que debería ser el núcleo de los progresos posteriores corporativo-fascistas. «Crear con método, aplicación, paciencia, saña y sobre todo en interés de los llamados proletarios —escribió el 18 de agosto—. Se debe respetar a los creadores, ya que de ellos depende que la reconstrucción de la posguerra se lleve a cabo más o menos deprisa... Existen capitalistas que poseen un sentimiento de su función histórica y aceptan los riesgos; hay proletarios que se dan





Mussolini combatiendo en el frente.

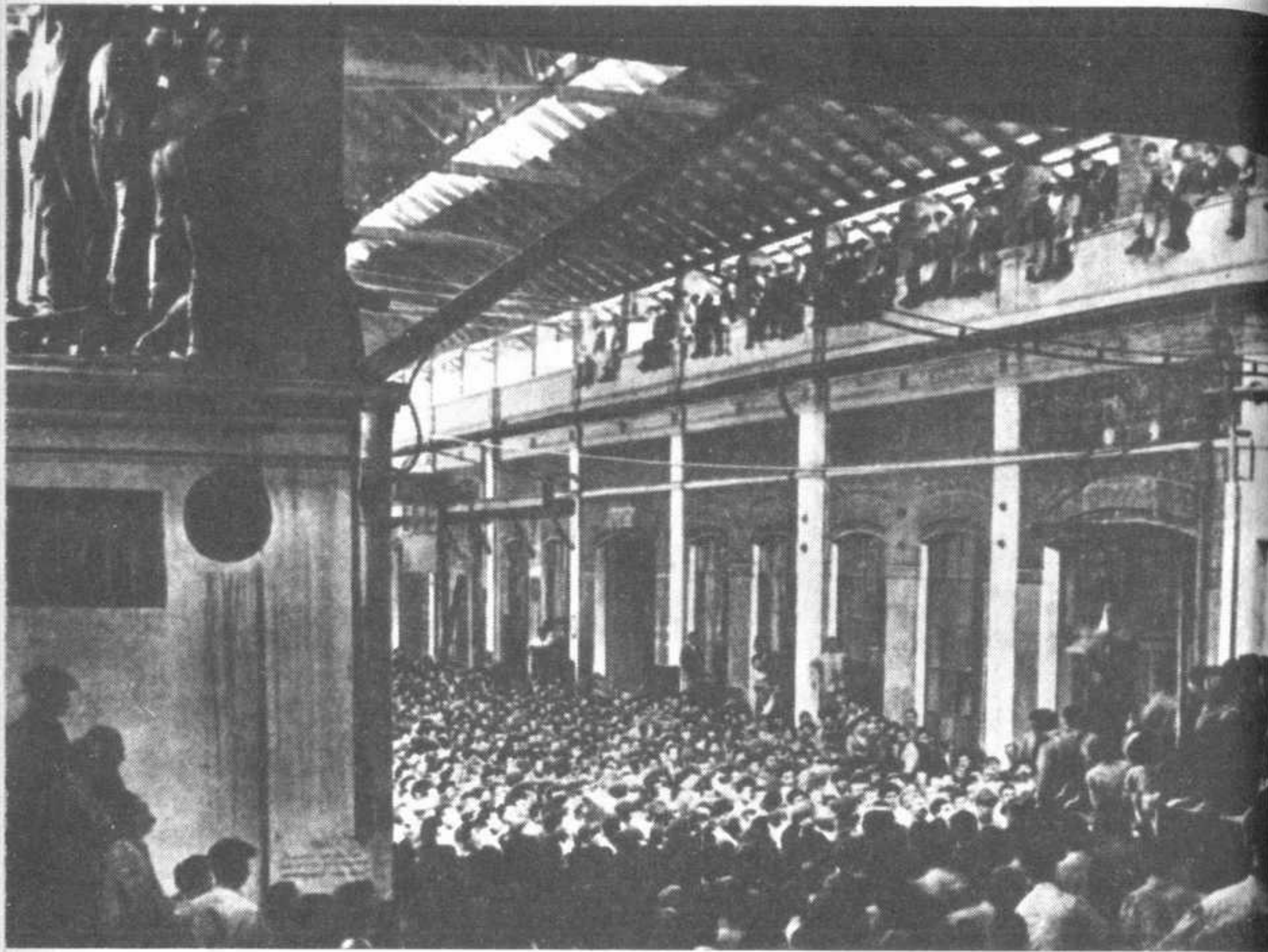
cuenta de lo inevitable de este proceso capitalista y ven las ventajas que se derivan de este hecho para ellos mismos»<sup>44</sup>. Este era notoriamente el programa de posguerra del empresariado. Los años de la guerra habían ampliado las dimensiones de algunos sectores clave de la industria italiana (la plantilla de Ansaldo aumentó de 4.000 a 56.000 trabajadores y las ventas de la empresa de treinta millones de liras a quinientos). Para poder resolver los delicados problemas de reorganización, la productividad debía permanecer en un nivel alto. El comienzo de una serie extensa de agitaciones de obreros y campesinos durante «los dos años rojos», 1919 y 1920, hacía parecer problemáticos estos objetivos.

«Producir más, gastar menos» era el eslogan del gobierno Nitti. Después de la retirada del gobierno Orlando, éste había sido escogido para resistir el primer choque de una ola de medidas de lucha del pueblo; su punto más alto lo constituyeron las agitaciones con motivo de la elevación de los precios en julio de 1919. En algunas ciudades los comerciantes llevaron las llaves de sus tiendas a la Cámara del Trabajo y sobre las puertas cerradas colgaron letreros con la inscripción de «A disposición de la Cámara del Trabajo». En esta atmósfera prerrevolucionaria Nitti intentó encontrar una salida a la crisis sin tener un enfrentamiento frontal con el movimiento y permitió amplias aperturas democráticas. Las tendencias autoritarias que se manifestaban al mismo tiempo, sobre todo en los círculos militares, aún no se habían extendido. El mismo Mussolini se limitó a dirigir una acerada polémica contra Nitti. En relación con la aventura de Fiume de Gabriele d'Annunzio incluso se propasó al señalar a Nitti como traidor. En cuanto al programa, la verdad era que fundamentalmente no seguía otra línea que la del gobierno.

Dada la sutil sensibilidad de Mussolini para captar de dónde venía el viento que soplaba en los círculos próximos al poder, y que vislumbraba la situación política con bastante precisión, siguió en lo esencial el objetivo estratégico de Nitti, el antibolchevismo, así como sus astutas disposiciones tácticas en favor de un programa «progresista». Tomó elementos republicanos de algunos círculos del gobierno y se preocupó de la protección ideológica de la izquierda para su lucha antileninista... «Las cabezas pensantes del socialismo internacional, desde Kautsky hasta Bernstein, rechazan unánimemente el carácter socialista del experimento ruso»<sup>45</sup>.

Pocos días después del final de la guerra, Mussolini proyectó el plan de una *constituante* del intervencionismo italiano, la





Asamblea obrera en la fábrica Fiat-Lingotto de Turín ocupada por el personal, durante los llamados dos años rojos, 1919-1920.

reducción paulatina del horario laboral a ocho horas, la garantía del salario mínimo y otras concesiones a los trabajadores, en el marco de un programa que sin tardar señaló como reformista... «No más revolución política, no más extremismo, no más expropiación y no más lucha de clases»<sup>46</sup>. Las «ocho horas» y un proyecto de reforma del ejército (con el espíritu del principio democrático de la «nación armada») fueron algunos de los puntos principales del manifiesto, que fue aceptado, el día 23 de marzo de 1919, por una asamblea en la Piazza del Santo Sepolcro para la fundación de los *Fasci di combattimento*. Pero entre estas formulaciones y la praxis real del movimiento de Mussolini había algunas diferencias. Su intolerancia hacia los programas le permitió moverse sin esfuerzo en dos vías: por un lado, protegió la teoría formal democrática, que dejaba cierto espacio para sus compañeros de la izquierda y, por otro, la praxis que estaba marcada por el uso de la violencia reaccionaria. Cuando el proyecto de la *constituente* fracasó —Mussolini y los futuristas habían

organizado, la noche del 11 de enero de 1919, una bronca contra Bissolati en La Scala de Milán— se pudo decir que los pocos seguidores importantes del fascismo estaban todos situados fuera del ala democrática de los intervencionistas. Se llegó a un acuerdo con los futuristas, que aspiraban a representar al elemento cultural, y con los *Arditi*, una tropa especial del ejército italiano destinada a empresas singularmente arriesgadas. Estos constituyeron la primera fuerza de lucha armada, los primeros grupos del fascismo formados y articulados militarmente. La asamblea en la Piazza del Santo Sepolcro, que tradicionalmente se entendía como una celebración de aniversario, fue solamente una fase en el nacimiento del movimiento, que Mussolini deseaba ver fluido y no rígido en las estructuras de su organización, para no hacer peligrar su maniobrabilidad táctica. El 15 de abril de 1919 tuvo mayor significación. Aquel día, durante una huelga, fue asaltada la redacción del *Avanti*. Mussolini comentó el suceso con estas agresivas palabras: «El primer episodio de la guerra ha tenido lugar... Nosotros desde los *fasci* no hemos preparado el asalto al periódico socialista, pero asumimos la responsabilidad moral del acontecimiento»<sup>47</sup>. Más importante aún fue la fecha de la huelga general de 20-21 de julio de 1919, cuando los escuadristas, con la conformidad del gobernador, se movilizaron contra los huelguistas.

La decidida agresividad de las primeras empresas de las escuadras había otorgado a los fascistas credibilidad, pero aún existía alguna duda sobre la solidez de su autonomía política. Durante la grave crisis de Fiume, que empezó el 12 de septiembre de 1919 con la marcha de Ronchi, aparecieron como protagonistas Gabriele d'Annunzio y los nacionalistas, y Mussolini como simple simpatizante. Su falta de autonomía estratégica le relegó a un camino sin puntos de orientación revolucionaria e hizo necesaria la utilización de las instituciones liberales del Estado, al mismo tiempo que Mussolini debía evitar un choque directo con el aparato estatal. A las propuestas subversivas de d'Annunzio apenas les hizo concesiones, sino que contrapuso una línea suave en la que tampoco faltaban reminiscencias de oportunismo electoral. «En aquel día —escribía a d'Annunzio, invitándole a esperar los resultados de las elecciones del 16 de noviembre de 1919— recibiremos una gran decisión popular sobre Fiume, y surgirán nuevos hombres de las asambleas electorales»<sup>48</sup>.

Su proyecto político para esta fase se limitaba a derribar al gobierno de Nitti; debía traer los cambios que abrieran al fascismo el camino para amplias posibilidades político-institucionales. Sus expectativas electorales no eran grandes: «Así pues, los fascistas



debemos únicamente mantenernos, debemos aparecer como claramente reconocibles y valorados, y, aunque seamos pocos, se debe considerar que apenas tenemos seis meses de vida»<sup>49</sup>, dijo el 9 de octubre de 1919 en el Congreso de Florencia. Pero incluso con tan modestas ambiciones, y teniendo en cuenta el aislamiento de los fascistas, el resultado electoral fue muy decepcionante. En Milán consiguieron 4.657 votos de un total de 270.000. En los demás distritos electorales se consiguió un solo candidato: en Liguria. Los socialistas consiguieron 184.000 votos y 156 escaños. Con ello triplicaron los resultados electorales de 1913 a su favor.

El diario *Avanti* escribía: «Esta mañana temprano fue recuperado un cadáver en estado de descomposición en el Naviglio. Al parecer se trata de Benito Mussolini.» Después de un registro en las dependencias de la Associazione Arditi, en las que se hallaron algunas armas, el 18 de noviembre, Mussolini, Marinetti, Vecchi y otros dirigentes del partido fueron detenidos. Gracias a la recomendación personal de Nitti y a causa de la protesta de algunas conocidas figuras (entre las cuales se contaba el director del *Corriere della Sera*, Luigi Albertini), Mussolini fue rápidamente puesto en libertad, pero el incidente mostró con toda claridad las graves consecuencias que había tenido el descalabro electoral para la relación con el gobierno y en el seno del movimiento fascista. Tampoco Mussolini podía hacerse ilusiones. El hecho era que el fascismo había equivocado el objetivo de esta etapa y que no había podido entrar en el juego parlamentario como una fuerza política respetable. El movimiento parecía condenado a una estrategia subalterna. Los *fasci* se desmoronaron y solamente quedaron en pie unos treinta. El diario de Mussolini entró en crisis y si salió de nuevo a flote fue únicamente gracias a la intervención de un grupo de armadores interesados de Liguria.

Y sin embargo fue esta constelación política y organizativa tan modesta la que permitió a Mussolini volver a intervenir durante la fase política que entonces comenzaba con el cambio de gobierno entre Nitti y Giolitti. Nitti no pudo lograr el establecimiento de la paz social. Las ofensivas de los trabajadores continuaron y el partido socialista salió airoso de las elecciones. Giolitti repitió la tentativa, pero varió hacia otra técnica: por un lado se cuidó de la colaboración parlamentaria entre las antiguas fuerzas de la clase dominante y los dos nuevos partidos de masas, el socialista y el popular (Partito Popolare Italiano, de carácter católico, que había fundado el reverendo Sturzo en 1919); por otro lado utilizó a los fascistas como movimiento armado dirigido contra el pueblo



El balcón del *Avanti!*, órgano oficial del partido socialista de Italia, con la bandera tricolor, izada por los fascistas.

sin tener que acudir directamente a las instituciones represivas del Estado liberal, al cual quedaba asegurada una amplia neutralidad. El gobierno de Giolitti tomó posesión el 15 de junio de 1920: «Un gobierno al que no se le puede condenar *a priori*. Se le debe analizar a base de hechos», escribió Mussolini. La polémica intervencionista contra Giolitti quedaba situada en la lejanía. El programa de éste sobre la unidad política de la burguesía fue aprobado en sus líneas estratégicas por los fascistas, y dos años más tarde fue precisamente Mussolini el que lo hizo realidad<sup>50</sup>. Entonces aún no era bastante fuerte para un programa tan ambicioso. No podía hacer otra cosa que aprovechar todas las posibilidades tácticas que le había dejado abiertas el proyecto de Giolitti.

La complicidad del gobierno hizo posible el fortalecimiento





Giovanni Giolitti

de los componentes armados del movimiento, bien protegidos de los ataques de la policía. Para Mussolini era importante, dentro de la «gran coalición», delimitar su propio cometido en el escenario del poder —correspondiendo al reparto de papeles de Giolitti—. «Si el pueblo corre hacia el abismo, no soy reaccionario si lo detengo con la violencia», expresó el 5 de septiembre de 1920 en Cremona<sup>51</sup>. Al incendio provocado, el 13 de julio, en Trieste, del hotel «Balkan», sede de la organización eslovena, Mussolini lo calificó como «la obra maestra del fascismo de Trieste», y la destrucción de los locales romanos de *Avanti* constituía «la medida de desquite lógica y legítima contra los predicadores habituales de la violencia.»

Con estas sentencias aprovechó una herencia de su pasado subversivo: la convicción de que en los choques de clases la palabra decisiva le corresponde al más fuerte y que tras fracasar todos los intentos de mediación política, un movimiento revolucionario amplio sólo puede llevarse a cabo militarmente.

Tras cierta inseguridad durante la época de la ocupación de fábricas en septiembre de 1920, cuando aún parecía enteramente posible una oleada revolucionaria, la praxis del empleo de la violencia se convirtió en cotidiana para el movimiento fascista. Desde noviembre de 1920 la ofensiva escuadrista se extendió a todo el país. Durante los tres primeros meses del año 1921, solamente en las inmediaciones de Ferrara, se llegó a ciento treinta expediciones de castigo; en ellas fueron destruidas cuarenta «casas del pueblo» y sedes del partido socialista y diecisiete de las veintiuna administraciones municipales fueron disueltas por la fuerza. Según los cálculos de Angelo Tasca<sup>52</sup> el 1 de septiembre de 1921 fueron arrasadas 726 sedes de partidos, 166 militantes de la izquierda fueron asesinados y 500 resultaron heridos. El elemento dinámico del terror escuadrista fue el fascismo agrario, que se manifestó el 21 de noviembre de 1920 con el baño de sangre ocurrido en el Palazzo d'Accursio en Bolonia.

En la misma línea política con la conocida doble vía de Mussolini, este nuevo componente introdujo en el conglomerado social-ideológico del movimiento fascista esquemas y formas de conducta propios de una guerra civil, que derivaban de la tradición de las brutalidades de los señores feudales en el campo. En esta conjuntura nació a extramuros de la ciudad, en el nivel del caudillaje político-militar, que se alineaba con el modelo arcaico de los *condottieri*, el ala militante del fascismo: estaba organizado al modo castrense, disponía de armas y medios de transporte, tenía facilidad de movimiento y, gracias a la rápida concentración de fuerzas poderosas era capaz de acometer a los centros proletarios aislados que no estaban preparados para llevar la lucha a dicho campo.

A largo plazo pudo manifestarse que el elemento escuadrista «provincial» y agrario era irremediablemente subalterno comparado con el bienestar, la legalidad y la urbanidad del estilo mussoliniano de compromiso. En aquella fase la eficacia de las acciones escuadristas en el campo militar constituyó la primera etapa de la unidad política de la burguesía. Las divergencias tácticas entre los agrarios y los industriales, entre las diferentes fracciones del espectro político tradicional, era cosa secundaria en relación con la necesidad vital de destruir físicamente el movimiento popular. «Desde que terminó la guerra —dijo uno de los máximos responsables de la asociación suprema de la industria italiana «Confindustria», el abogado Edoardo Rotigliano—, los industriales no han hecho más que bajarse los pantalones. ¡Basta!» Ya en abril de 1920, en ocasión de una huelga, habían pagado una milicia



privada de «voluntarios» para garantizar el funcionamiento mínimo de los servicios y de la vida ciudadana, y con tal motivo había creado un aparato de «resistencia civil» como estructura duradera. «Hemos salvado al Estado» —dijo entonces Olivetti, secretario de «Confindustria».» Fortalecidos con este convencimiento, pusieron al Estado fuera de juego como mediador político competente. Antonio Gramsci escribía el 17 de octubre de 1920: «La reacción se ha hecho tan fuerte que ya no necesita la máscara del Estado de derecho para sus fines; esto significa que para sus objetivos empleará todos los medios del Estado»<sup>53</sup>.

Violencia escuadrista y colaboracionismo amable del gobierno: sobre estos dos elementos construyó Mussolini un programa de fases en el que solamente había tres adjetivos importantes: *italiano*, *antidemagógico* y *pragmático*, y con esta línea obtuvo éxitos inmediatos.

Varió sobre todo su antigua concepción defensiva de que bastaba con tener como neutral el ejército, y continuó trabajando con cautela para asegurarse la necesaria connivencia de los militares. Estos habían renunciado desde hacia largo tiempo a cualquier proyecto de pronunciamiento, cuando descubrieron el fascismo y se dejaron cautivar por la fuerza sugestiva que las empresas escuadristas provocaban entre las personas. Los militares, en el fondo, siempre habían soñado con apartar por medio de la violencia a los socialistas y a los elementos subversivos. Mussolini comenzó a dar a todas sus exigencias económicas una base demagógica. Mientras se acercaba el momento de la marcha sobre Roma, los militares pasaron de su benevolente neutralidad inicial al apoyo abierto, pero siempre representaban un papel secundario. Los camiones, armas y equipamiento de los escuadristas eran propiedad del ejército y fueron puestos a su disposición precipitadamente, pero la iniciativa política nunca fue asunto directo de los oficiales<sup>54</sup>.

Entonces Mussolini intentó, con éxito, utilizar la alianza con Giolitti en su propia ventaja. Por lo demás, ambos políticos se aprovecharon el uno del otro, con lo que el viejo estadista utilizó al fascismo como fuerza ofensiva para más tarde reabsorberlo en una escala política reducida, en el curso de la «constitucionalización». Gracias a la intervención de Giolitti, los candidatos fascistas participaron en las elecciones políticas del 15 de mayo de 1921 en las listas gubernamentales de los bloques nacionales, junto con los moderados, los nacionalistas, los liberales y una gran participación de industriales y arrendatarios. De este juego político global Mussolini se aprovechó más que Giolitti, pues él disfrutó

del elemento más influyente: el ejercicio práctico del poder. El 26 de abril de 1921 escribía: «El objetivo del fascismo en su anexión al principio de los bloques fue alcanzado en toda su extensión. El signo de los bloques es el haz de los lictores...»<sup>55</sup>.

Por lo demás su programa electoral previó amplias concesiones a la «política de la oposición», la cual estaba orientada tecnocráticamente y hacia la eficacia. Se hizo frente a las necesidades del gran capital con amplios planes liberalizadores... «El Estado debe ejercer todos los controles posibles e imaginables, pero debe renunciar a cualquier forma de dirección económica de las empresas. Esto no es cosa suya. También los llamados servicios públicos deben ser retirados del monopolio del Estado»<sup>56</sup>. Tras el fin de una campaña electoral que manchó de sangre las plazas y las calles de Italia —entre el 8 de abril y el 14 de mayo de 1921 hubo 105 muertos—, las listas de los bloques nacionales alcanzaron 275 escaños, de los que 45 fueron a parar a los fascistas y nacionalistas. La proporción de los votos fascistas apenas rebasó la cifra del 6 ó 7 %. El acuerdo estaba aún limitado a un círculo muy estrecho y se fundaba esencialmente en el rencor contra el mundo laboral o el irracionalismo de algunos grupos de las clases medias: maestros, empleados del Estado, pequeños y medios funcionarios de juzgados, hacienda, impuestos, correos, telégrafos y ferrocarriles, dependientes y similares. Ya en el verano de 1920 habían roto con los sindicatos tradicionales para crear un «Sindicalismo Nacional» corporativo que se basara en «sus resentimientos y su profunda frustración, en el miedo a un aniquilamiento inmediato, inminente, históricamente amenazante»<sup>57</sup>. Los restantes partidos guardaron más o menos las antiguas posiciones a pesar de la violencia ejercida sobre ellos. El partido socialista consiguió 122 escaños, el nuevo partido comunista 16, y el partido popular católico 107 escaños. El cambio de tendencia hacia 1919 era un hecho firme y ahora había recibido su sanción con las elecciones.

La dimisión de Giolitti y el principio del gobierno Bonomi no trajeron ningún cambio esencial en esta fase política. Para Mussolini se trataba de asegurar la estricta continuidad de su política de doble vía que él había experimentado como eficaz. En su primer discurso ante el parlamento se definió como «resueltamente contrario a la democracia y en lo esencial contra el socialismo». Mussolini expresó en honor del capitalismo «que el mismo no es sólo un sistema de opresión, sino también una selección de valores, coordinación de jerarquías, un sentido muy madurado de la responsabilidad individual»; de nuevo se manifestó sinceramen-



te sobre el principio de la economía libre... «Que el Estado nos dé una policía que proteja a los hombres honrados de los bribones, una justicia bien organizada, un ejército que esté preparado para todas las eventualidades, una política exterior que se ajuste a las necesidades nacionales. Todo lo restante, y de ello no excluyo siquiera las escuelas superiores, debe reservarse a la actividad privada del individuo...» También hizo amplias concesiones a la Iglesia católica. «Creo y afirmo que la única idea universal que hoy en día existe en Roma es la que procede del Vaticano.» Se mostró preparado para concertar la paz con los socialistas, ya que, por un lado, Mussolini temía que la respuesta armada proletaria pudiera ensancharse en asociación con los *arditi* y, por otro, se trataba de aumentar el nimbo de su bienestar<sup>58</sup>.

Esta línea era del todo adecuada para asegurar el consenso de los centros del poder más importantes de Italia, pero al mismo tiempo le forzó a pagar su tributo al ala extremista del movimiento. La reacción antisocialista había sido el único factor atractivo del fascismo. Sobre todo en provincias y en el campo, las luchas sangrientas se sucedieron sin tregua, en un combate que podía considerarse terminado con la aniquilación física definitiva del enemigo de clase. Los hombres de la derecha radical como Achille Grandi, Balbo, Perone, Compagni, Farinacci, Forni, Bastianini, Misuri y Caradonna se convirtieron en los pequeños tiranos locales (denominados *ras*) y caudillos de estos disidentes. Pero a la protesta de los fascistas contra Mussolini le faltaba una alternativa estratégica. La ascensión paulatina y violenta al poder parecía cada vez más el único proyecto posible.

Las hipótesis revolucionarias según las cuales en lugar del principio de Mussolini de captar al Estado para sus fines, debía iniciarse la lucha contra el Estado, no solamente no habían podido echar base en las masas, sino que, por el contrario, también habían disgustado a los patrocinadores del escuadrismo. Así pues, el elemento militante fue de hecho condenado a papeles secundarios y así debió permanecer durante toda la época fascista. Finalmente, el 3 de agosto de 1921, se llegó a la firma del «acuerdo de paz» entre fascistas y socialistas. Apenas tuvo efectos prácticos, pero pudo aumentar el prestigio de su padre espiritual y pocos meses más tarde volvía a ser nulo<sup>59</sup>.

La represión de la sublevación interna tuvo lugar al mismo tiempo que el «cambio» que trajo el tercer congreso celebrado el 7 de noviembre en Roma. El movimiento se convirtió entonces en un partido: «Partito Nazionale Fascista» (PNF). Con 2.200 fascios y 320.000 miembros inscritos, existían los supuestos necesarios



Cartel para la convocatoria del tercer Congreso Nacional Fascista en Roma, 1921.

para la creación de un partido. Pero el problema no era solamente de naturaleza cuantitativa. La organización debía ser capaz en un tiempo razonable de acometer el «vacío de poder» que la ineficacia del gobierno Bonomi había creado. La disidencia en el seno del movimiento hizo ver claro a Mussolini que en el momento decisivo debía tener imprescindiblemente un instrumento organizativo de confianza que pudiera ser articulado con solidez centralizada. «Según mi opinión, el problema debe ser resuelto de la siguiente manera: tenemos que fundar un partido que esté articulado con una disciplina tal que, en caso de necesidad, pueda convertirse en un segundo ejército, que sea capaz de actuar en el terreno de la violencia, tanto si es para el ataque como para la defensa.» Sin renegar de la línea de la doble vía... escribió: «Se debe dar al partido un alma, un programa. Las exigencias teóricas y prácticas deben ser revisadas y ampliadas y algunas también abandonadas...»<sup>60</sup>.

La moción de clausura del congreso del partido confirmó sin oposición el proyecto de Mussolini del uso dialéctico de las instituciones: «...Estando con el Estado siempre que éste se muestre como defensor y propagador de la tradición nacional, del sentimiento nacional, que exprese la voluntad nacional, que ejerza su



autoridad a ultranza. Ocuparemos el lugar del Estado siempre que éste se muestre incapaz de atacar inmediatamente las causas y elementos de la descomposición interior y acabar con ellas. Nos oponemos al Estado si cae en manos de aquellos que puedan amenazar y poner en peligro la vida del país»<sup>61</sup>. Con ello se vencieron tres momentos difíciles en el mismo año: 1) Las polémicas contra las exteriorizaciones filorreplicanas de Mussolini poco antes de la apertura del parlamento; 2) la crisis extremista contra el «acuerdo de paz» con los socialistas; 3) el cambio estructural del movimiento en partido. El fascismo se dispuso a adoptar una posición de poder incluso durante las últimas sacudidas convulsivas del Estado liberal.

En febrero de 1922 Facta pasó a ocupar la presidencia del Consejo de Ministros en sustitución de Bonomi. No se acometió ni uno solo de los problemas que habían sido preteridos por la postura rígida del gabinete de Bonomi. La actividad escuadrista siguió ampliándose, hasta desembocar finalmente en la movilización general de todo el aparato militar del partido fascista en la «huelga legal» del 1 de agosto de 1922. Las agitaciones habían sido proclamadas por los izquierdistas: «En defensa de las libertades políticas y sindicales amenazadas por las facciones reaccionarias renacientes.» Era la bancarrota definitiva. Incluso durante el congreso de Roma del partido fascista, en noviembre de 1921, parecía como si una movilización popular bajo la dirección de los *Arditi del Popolo* pudiera contener al fascismo incluso en el terreno militar. Pero la situación varió rápidamente.

Tras el fracaso del intento de reconciliación de Bonomi, los grupos de decisión de la burguesía se mostraron dispuestos a convertir al fascismo en una solución definitiva al vacío de poder dejado por los últimos gobiernos. Después de la destrucción del movimiento obrero, empezó una nueva fase y Mussolini se las arregló para legitimar el consenso que le sería propicio por los diferentes «potentados». Con ello no se abandonó en modo alguno la combinación tradicional entre la táctica usual del gobierno y la violencia escuadrista. En los meses anteriores a la marcha sobre Roma el partido fue fuertemente militarizado. Esto se exteriorizó en las sangrientas represalias contra los socialistas que tuvieron lugar en agosto, durante las expediciones de castigo de Trieste y Bolzano, y en la ocupación militar de territorios mayores en octubre.

Mussolini declaró abiertamente sus ambiciones de gobierno: «El fascismo es una amplia movilización de fuerzas morales y materiales. ¿Cuál es su meta? Lo decimos sin falsa modestia:

La enérgica conducta  
del gobierno respecto  
del fascismo  
(caricatura de Argo en  
el periódico satírico  
L'Asino, 1922).



gobernar la nación. ¿Con qué programa? Con el programa necesario para garantizar la grandeza moral y material del pueblo italiano»<sup>62</sup>. La fundación del partido fascista fue el primer paso en esta dirección. Ahora se trataba de «inventar» una credibilidad para los ambiciosos esfuerzos, crear un marco de dignidad para una línea política que hasta entonces había vivido sobre todo de la práctica de la violencia. Así Mussolini se vio obligado a elaborar una política exterior propia. Siguió los trabajos de la conferencia de Cannes y en marzo de 1922 visitó Alemania. Su planteamiento era claramente antialemán, su programa económico proclamaba el liberalismo y buscó alianzas parlamentarias sólidas. Las relaciones con los nacionalistas se habían hecho más estrechas, y las mantenidas con los *popolari*, más normalizadas. Su proceder iba despertando confianza. A los nuevos aliados, según su deseo, les hizo amplias concesiones en cuestiones de constitucionalización. Conforme a esto último, en una entrevista el 11 de agosto de 1922, decía: «Que el fascismo pasará a ser el Estado, está completamente claro. Pero no está igual de claro que dé un golpe de Estado para conseguir este objetivo. Por otra parte, la marcha fascista sobre Roma ya está en camino, por lo menos en sentido



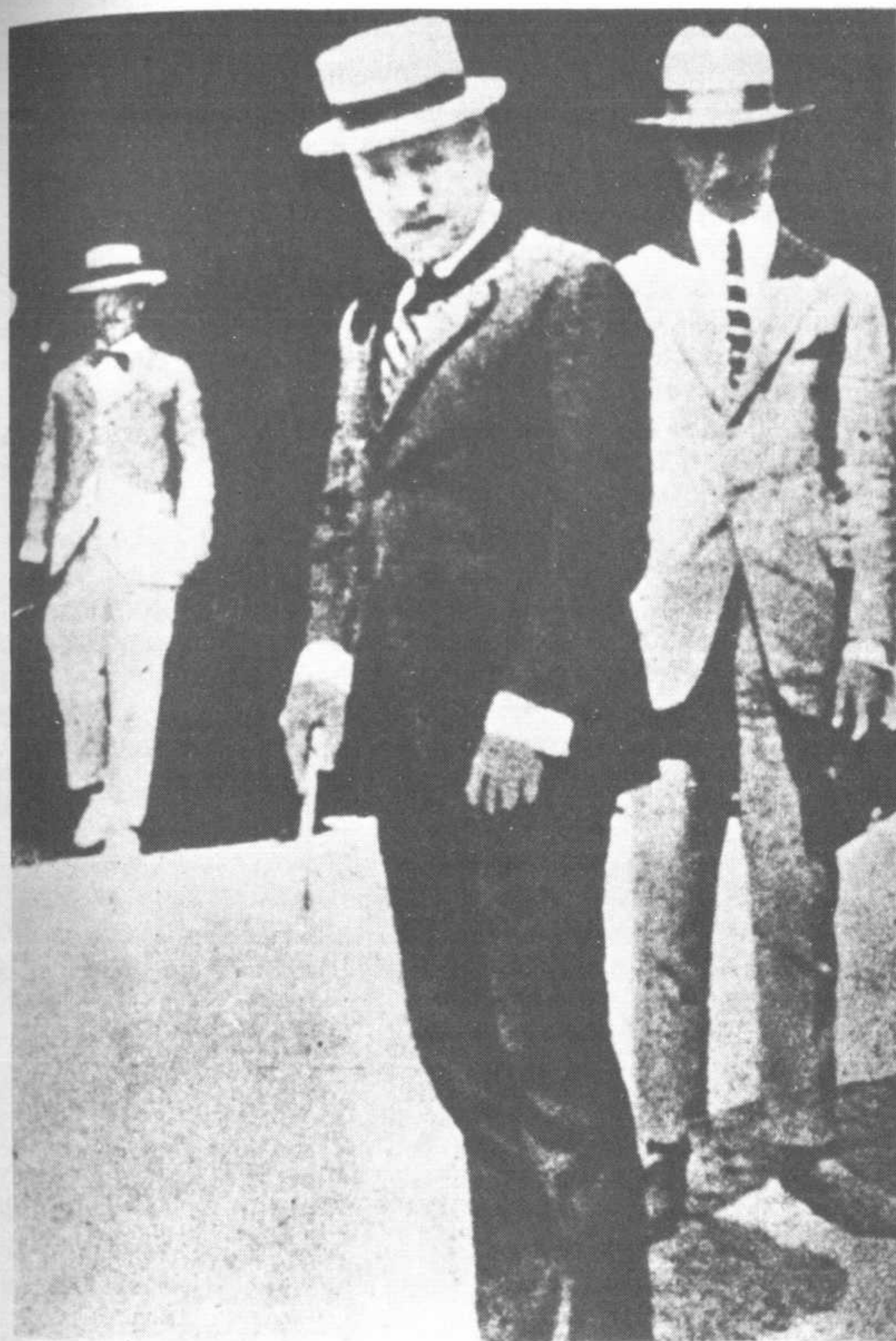
histórico, aunque no en una acepción propiamente revolucionaria»<sup>63</sup>. La formación del nuevo gobierno de Facta, el 31 de agosto de 1922, fue un éxito considerable de la habilidad táctica de Mussolini, ya que dicho gobierno era aún más débil que el anterior. El eje político se había vuelto claramente hacia la derecha. Facta formó un gobierno de transición esperando al otoño, que todos consideraban decisivo. Era un trabajo a medida: con ello Mussolini pudo dar la última mano a su proyecto. Ahora ya no habría ninguna duda de que los fascistas entrarían en el gobierno.

La antigua clase liberal dominante reconoció su impotencia. Según Salandra, estaba obligada a «poner sus esperanzas de salvación del país en fuerzas organizadas y armadas fuera del Estado». Se trataba ahora tan sólo de perfilar la medida cualitativa y cuantitativa de su participación y, sobre todo, concretar el papel de Mussolini.

Rodeado de muy pocos colaboradores, Mussolini, con la ayuda de su protegido, Cesare Rossi, y de su propia falta de autocrítica, se dispuso a jugar la última carta. En el entreacto había establecido una espesa red de contactos que había sofocado a Facta; Mussolini había insinuado a éste que él mismo, apoyado por los fascistas, le podía suceder en el cargo en un gobierno nuevo. Mussolini había aislado a Giolitti de sus colaboradores de confianza mientras despojaba de credibilidad a todas las demás candidaturas para el cargo de presidente del Consejo de Ministros.

En su discurso de Udine, el 20 de septiembre de 1922, dio seguridades a los empresarios y a la monarquía y concedió a ésta la última palabra. Era un cierre de balance en el que todos los elementos de su ascensión quedaban una vez más armonizados: la apelación al uso de la violencia, la intensificación de la colaboración entre clases, la clara negativa a la forma republicana de Estado. «Si Mussolini, con la dictadura política, nos da un régimen de mayor libertad económica que la que hasta ahora hemos recibido de las “camorras” parlamentarias de los últimos cien años —escribió el autor Edoardo Giretti a Gobetti— entonces la suma de los bienes que afluirán desde su gobierno al país superará en mucho a los males»<sup>64</sup>. Mussolini lo había conseguido. Ahora solamente importaba sancionar una operación por medio de la movilización escuadrista, que —después de la destrucción de la oposición proletaria— poseía la aprobación de todos los campos de la burguesía. En aquellos días incluso los masones expresaron su solidaridad con sus futuros perseguidores.

El 11 de octubre se llegó a una última conversación con



*Mussolini en el Parlamento, 1921.*



Gabriele d'Annunzio, a modo de investidura pública. El 16 del mismo mes se establecieron los planes militares para la marcha fascista sobre Roma. La iniciativa fue aprobada por el Comité Nacional de Nápoles el 24 de octubre. El 28 se inició la operación, mientras las órdenes más contrapuestas se seguían vertiginosamente en caótica sucesión. La «marcha sobre Roma», bastante grotesca en sus aspectos militares, tenía una significación exclusivamente política. Con razón se había extendido la creencia de que no sería necesario luchar, pues el ejército hacía tiempo que permanecía neutral. La última inseguridad sobre el comportamiento de Víctor Manuel III desapareció al rehusar el rey firmar un decreto sobre la proclamación del estado de sitio, que le había presentado un Facta desengañado e inseguro. En la noche del 28 de octubre Mussolini, que había permanecido en Milán por precaución, telefoneó al director del *Corriere della Sera*, Luigi Albertini, para leerle en voz alta un borrador de la lista de gobierno. El 29 de octubre recibió la noticia de su designación como presidente del Consejo de Ministros. En seguida se dirigió a Roma y este hecho constituyó la única auténtica marcha sobre Roma. El 30 de octubre el nuevo gobierno tomó posesión; a él pertenecían, aparte de Mussolini, quien también se reservó las carteras del Interior



**PROCLAMA**  
Fascisti! Italiani!

E ora della battaglia decisiva è suonata. Quattro anni l'Esercito nazionale scarno di questi giorni la suprema offesa che lo condusse alla vittoria oggi l'esercito delle Camice Nere riafferma la vittoria mutilata e partecipa direttamente su Roma la ricondurre alla gloria del Campidoglio. Da oggi Principi Italiani sono mobilitati. La legge marziale del Fascismo entra in pieno vigore. Da tutti ordini del Duce i poteri militari, politici e amministrativi della Direzione del Partito vengono riassunti da un Quadrumvirato Segreto d'Azione con mandato dittatoriale.

L'Esercito riserva e salvaguarda suprema della Nazione, non deve partecipare alla lotta. Il Fascismo rinnova la sua altissima ammirazione all'Esercito di Vittorio Veneto. Ne contro gli spiriti della forza pubblica marca il fascismo, ni contro una classe politica di imbecilli e di deficienti che in quattro lunghi anni non ha saputo dare un governo alla Nazione. Le classi che compongono la borghesia produttiva, sappiano che il Fascismo vuole imporre una disciplina su la alla Nazione e aiutare tutte le forze che ne aumentino l'espansione economica e il benessere. Le genti del lavoro, quelle dei campi e delle officine, quelli dei trasporti e dell'impiego, nulla hanno da temere dal potere fascista. I loro giusti diritti saranno lealmente tutelati. Saremo generosi con gli avversari nemici insuperabili con gli altri.

Il Fascismo snuda la sua spada per tagliare i troppi nodi di Gordio che intristiscono e intristiscono la vita italiana. Chiamiamo l'odio sommo e lo spirito dei nostri cinquecentomila Martiri a testimoni che un solo impulso ci spinge: una sola volontà ci raccoglie, una passione sola ci uniamo: contribuire alla salvezza e alla grandezza della Patria.

Fascisti di tutta Italia!

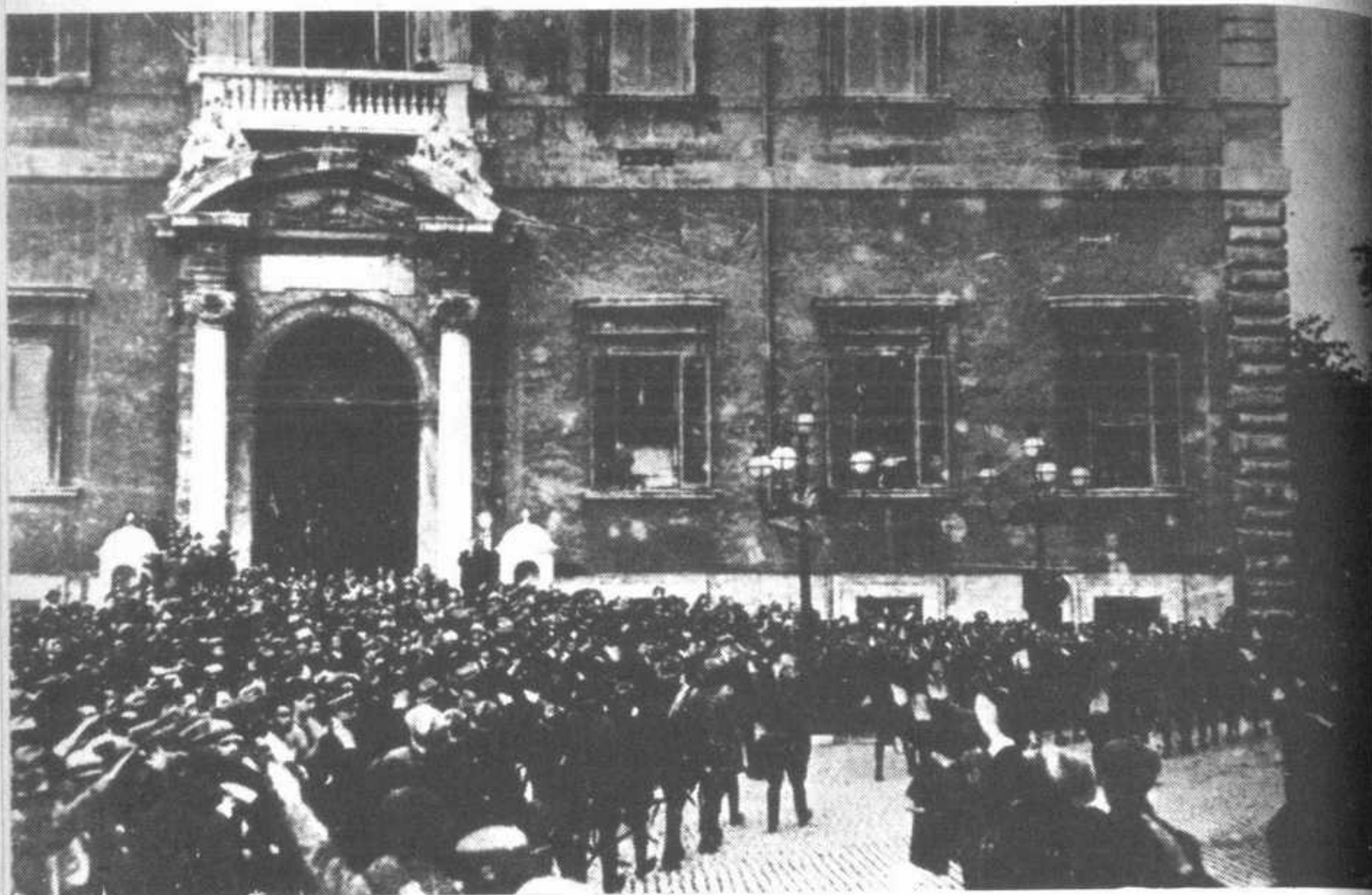
Tenetevi rimanamente gli spiriti e le forze. Bisogna vincere. Vinceremo.  
Viva l'Italia! Viva il Fascismo!

28 ottobre 1922. Il Quadrumvirato

La proclamación del cuadrumvirato (De Bono, De Vecchi, Bianchi, Balbo) que convocó a la marcha sobre Roma el 28 de octubre de 1922.

◀ Los Arditi del Popolo: barricada contra los fascistas en Parma, 1922.





Los camisas negras desfilan por esta calle de Roma. (De Lettura, n.º 4, correspondiente al 1 de abril de 1939.)

La calavera, con las tibias cruzadas, es el símbolo predilecto de la Milicia Voluntaria para la Seguridad Nacional. Cerca del Duce toda fatiga es una alegría.

y del Exterior, miembros de diferentes partidos: tres fascistas, dos populares, dos demócratas, un nacionalista, un demócrata-social (centro), un liberal, un independiente y dos militares. Había ofrecido también carteras ministeriales a los socialistas Gino Baldesi y Ludovico d'Aragona. El gabinete de Mussolini constituyó un gobierno típico de colaboración parlamentaria. La revolución no había tenido lugar.

El 7 de noviembre, el antifascista y jefe de la oposición Giovanni Amendola escribía: «...Proclamamos el deber de todos de respaldar los esfuerzos del nuevo gobierno en tanto aspire a restablecer el orden, la disciplina, las finanzas y la economía»<sup>60</sup>. Lo mismo decía el programa del fascismo. Mussolini se dispuso rápidamente a su realización. «Las normas de la política interior se pueden resumir en estas palabras: economía, trabajo, disciplina», recalcó Mussolini el 16 de noviembre, en la exposición de su programa de gobierno ante la Cámara. «El problema financiero es esencial. Debemos equilibrar los presupuestos del Estado con



la mayor urgencia. Régimen ahorrativo. Disposición inteligente de las tareas. Ayuda para todas las fuerzas productivas de la nación. Acabar con todas las cargas de guerra que aún quedan»<sup>66</sup>. El 14 de noviembre se fijaron los procedimientos de investigación contra los enriquecidos con la guerra y el traspaso del monopolio del Estado en materia de seguros. Los monopolios del Estado para la fabricación de cerillas y la red telefónica se privatizaron. Uno tras otro, se suprimieron los impuestos de sucesiones, el 15 % de impuesto sobre los dividendos, para los valores al portador y el impuesto sobre el patrimonio. Hubo



reducciones sobre las cifras de impuestos para los consejos de administración, los directivos empresariales de sociedades comerciales, y en las contribuciones sobre edificios y rentas. Con ello se abolieron todas las medidas restrictivas y se crearon las condiciones adecuadas para iniciativas capitalistas.

Al mismo tiempo se dispuso a mejorar las condiciones de vida de las masas, después de haber quedado debilitada su capacidad de oposición. Mientras las rentas reales, aunque con ciertas limitaciones, permanecieron intocadas durante largo tiempo, comenzaron los despidos masivos, creció el paro y se debilitaron las huelgas y otras medidas de lucha. El 11 de enero de 1923 se abolió el decreto de Visocchi, que había legalizado la ocupación de las tierras sin edificar. El 16 de diciembre se extendió el impuesto sobre la renta a los salarios de los funcionarios de los cuerpos estatales y semiestatales. El 4 de enero se implantó la contribución sobre las rentas rústicas, que afectó especialmente a los pequeños campesinos y a los medieros. Siguió la liberalización de los arrendamientos rústicos, congelados hasta entonces, la supresión de las cooperativas del campo y, más tarde, el despido de 36.000 ferroviarios.

Mussolini subrayó arrogantemente el carácter antiproletario del gobierno: «Es un gobierno que hace una política dura, y, si así se quiere, una política cruel —declaró el 8 de junio de 1923 ante el senado—. Debe despedir a millares a sus funcionarios: jueces, oficiales, ferroviarios, trabajadores de los astilleros. Y cada despido es ocasión de intranquilidad, de dolor y malestar para miles de familias. He tenido que cargar impuestos que, con seguridad, harán daño a amplios círculos de la población italiana. Este pueblo italiano no ha disfrutado todavía de lo que se podría llamar ventajas materiales; inunca las ha tenido!»<sup>67</sup>. El 21 de diciembre de 1923, gracias a un convenio entre los sindicatos fascistas unidos corporativamente y la «Confindustria», se llegó a la colaboración entre clases.

Las medidas político-económicas constituyeron la primera etapa del proyecto de Mussolini «para la unidad orgánica de todas las fuerzas burguesas en un organismo político unitario bajo el control de una central única, que debería dirigir al partido, al gobierno y al Estado»<sup>68</sup>. Se trataba de fundar un nuevo tipo de partido para garantizar la hegemonía de la burguesía sobre todos los demás estratos de la colectividad, en una sociedad consolidada dentro de un contexto unitario y sólidamente estructurado.

Los pasos siguientes se dirigieron contra el campo político-parlamentario y el orden institucional del Estado liberal. De he-

cho, el partido fascista privó a los demás partidos políticos de cualquier posibilidad de supervivencia, ya que reclamó para sí el monopolio de la representación política de la burguesía. Se trataba de preterir a la oposición, empezando para ello con aquellas organizaciones que disfrutaban de una base de masas (los pequeños burgueses en la ciudad y el campo, así como los campesinos), que tenían un mayor parecido con el fascismo<sup>69</sup>. El 26 de febrero de 1923 siguió la fusión con los nacionalistas. Con su absorción, el fascismo se aseguró una reserva de funcionarios de la administración de tradición antigua, que procedían directamente de la gran burguesía y que conocían la rutina de las cuestiones de gobierno. Luego les llegó el turno a los *popolari*, expuestos a la doble presión de la diplomacia vaticana y de la violencia escuadrista. Mientras en julio de 1923 los fascistas arrasaban las sedes de los partidos católicos, las jerarquías eclesiásticas concentraban sus fuerzas para derrocar a Don Sturzo, secretario del partido antifascista y fundador de los *popolari*.

Estos círculos estaban comprometidos con Mussolini por su intervención en el asunto de las arruinadas finanzas del instituto bancario Banco di Roma, conseguida a costa del Estado italiano. El Banco di Roma constituía el centro de las finanzas vaticanas. De golpe, el partido se vio sin protección ni adhesión para sus actividades; su credibilidad política fue socavada desde dentro. Los liberales y los demócratas sociales (del centro) tampoco representaban problema alguno. Su disposición a colaborar se daba por segura desde hacía tiempo.

En el ámbito institucional se trataba de utilizar al Estado como receptáculo autoritario y represivo de la planeada sociedad consolidada; por lo tanto, tenía que ser reforzado necesaria e inmediatamente y con ello la *forza* volvía otra vez como elemento decisivo de la formulación mussoliniana. El consenso era secundario: «Declaro que yo, en la medida de lo posible, quiero gobernar con el acuerdo de la mayoría de todos los ciudadanos; pero, en espera de que este acuerdo de elabore, crezca y se robustezca, mantengo en la reserva el máximo poder disponible»<sup>70</sup>. La subordinación del partido fascista al Estado fue una decisión tomada para favorecer la continuidad constitucional y en contra de cualquier ruptura revolucionaria. También era una nueva confirmación de la supremacía del elenco político del Estado liberal sobre los dirigentes de la «revolución» fascista. En una circular de 13 de junio de 1923 se decía: «El único representante de la autoridad del gobierno en las provincias es el prefecto y nadie más que él»<sup>71</sup>. Las primeras experiencias de gobierno fueron catastróficas. La irrupción de



los fascistas en los consejos de administración de las sociedades, en las instituciones públicas y en el ambiente del *sottogoverno* condujo a una serie de famosos escándalos que menoscabaron considerablemente la credibilidad del nuevo régimen. Estos episodios hicieron madurar el convencimiento de Mussolini «de que el partido fascista no podía sostener el poder con los mismos jefes con los cuales lo había conquistado»<sup>72</sup>. La disolución de las escuadras y su institucionalización en la MVSN — Milizia Volontaria per la Sicurezza Nazionale— hizo impacto sobre el autonomismo de base fascista. El aparato militar del partido pasó a estar bajo el control directo del ejército. Tras la creación de la milicia tuvo lugar el acoplamiento más firme del partido fascista y el Estado mediante la formación de una institución nueva. Era ésta el Gran Consejo Fascista (Gran Consiglio): «el órgano de coordinación entre las fuerzas responsables del fascismo». Formalmente estaba subordinado al partido, pero de hecho estaba estructurado como organismo de fuerza institucional.

Los círculos medios del partido estuvieron a punto de oponer resistencia a dichas medidas, sobre todo las que adjudicaban papeles secundarios al partido. El principio de la continuidad de Mussolini frustró muchas de las ambiciones extremistas que estaban ligadas a la toma del poder. En verano de 1923 tuvo lugar el estallido en los círculos de procedencia predominantemente pequeñoburguesa, sobre todo en la población campesina. Pero tampoco en tal ocasión el elemento escuadrista de la política fascista pudo tomar ninguna dirección concreta. Cuando, durante los difíciles días de la «crisis de Matteotti» se destinó de nuevo a los grupos de asalto a sus tareas tradicionales, a proteger con sus armas las tambaleantes construcciones fascistas, se mostraron como dóciles secuaces.

El 6 de abril de 1924 se celebraron nuevas elecciones políticas. La convicción sobre la fragilidad de la concordia en el país había inducido a Mussolini a disolver las cámaras, con lo cual perseguía varios fines. Por una parte, quería deshacerse del incómodo Parlamento, que había sido elegido en otra fase política y que contaba con una representación de izquierdas demasiado numerosa; por otra parte, quería protegerse de las ondas centrífugas de presión de las direcciones extremistas que amenazaban su movimiento desde dentro y que apelaban al patriotismo del partido; finalmente pretendía contrarrestar la formación de una oposición que podía contar con una amplia afluencia de las clases más afectadas económicamente.

El 21 de julio de 1923 se promulgó una nueva ley electoral

Don Sturzo.



(la *legge Acerbo*), que otorgaba unos dos tercios de todos los escaños disponibles a la lista de aquellos que poseían el 25 %, mientras que a las listas de la oposición solamente les quedaba, en todo caso, la restante tercera parte de los escaños, aunque juntos alcanzaran el 75 % de los votos. La ley tenía carácter punitivo y estaba llena de discriminaciones para las minorías. Solamente fue votada por la Cámara, porque los *popolari* y otros partidos conservadores hicieron amplias concesiones colaboracionistas a los fascistas. Las nuevas elecciones debían, además, servir de prueba de la homogeneidad política del campo parlamentario amigo del gobierno y ser su primera sanción por el electorado popular. De hecho en las listas unitarias se colocaron codo con codo con los fascistas nombres de prestigio de la Italia liberal como Salandra, Nitti, Orlando, De Nicola y Giovannini.

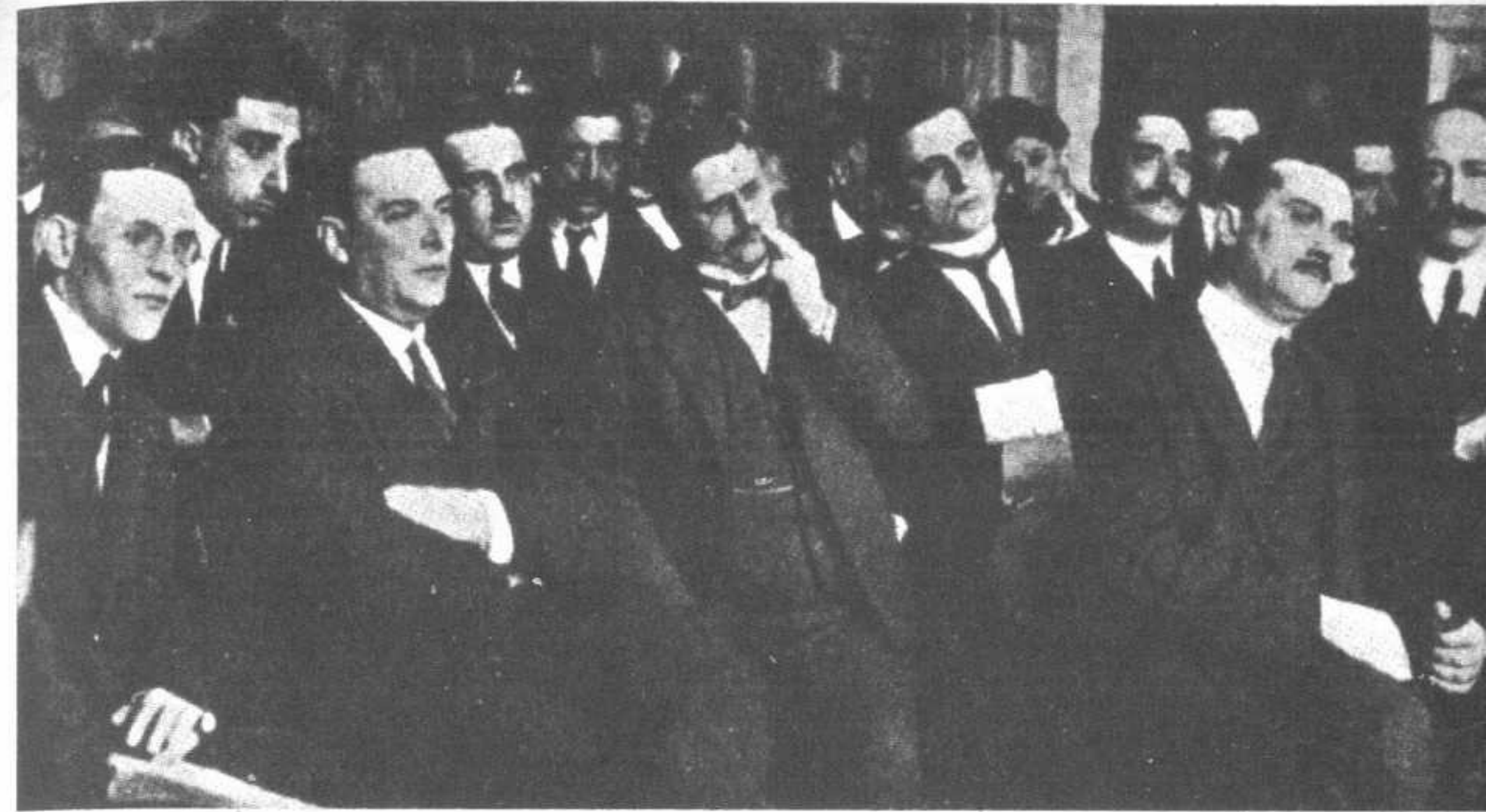
La campaña electoral se desarrolló con dureza gracias a la reanudación de la violencia escuadrista, que se manifestó con atropellos a los miembros más destacados de la oposición. Sin embargo, los fascistas no obtuvieron una victoria arrolladora. Lograron 4.884.000 votos, que, gracias a la *legge Acerbo*, les procuraron 374 escaños (260 para los fascistas y 114 para sus coligados). Los adversarios políticos obtuvieron 2.373.000 votos.



Cuando, el 30 de mayo de 1924, se inauguró la Cámara, Giacomo Matteotti pidió la declaración de nulidad de las elecciones y acusó a los fascistas de maquinaciones electorales y uso de la violencia. Este habría de ser el último discurso del diputado socialista. El 10 de junio fue secuestrado, pero su cadáver no apareció hasta el 16 de agosto en los alrededores de Roma. Una escuadra fascista bajo el mando de Amerigo Dumini le había asesinado.

Ante la ola de indignación que este hecho provocó en todo el país, el complejo de poder fascista pareció vacilar. Mussolini se vio aislado de modo preocupante, sin la protección de los potentados económicos, a cuyos deseos él había accedido en todos los aspectos. «En tanto que el fascismo sea un elemento de orden, de tranquilidad, de posibilidad de un trabajo equilibrado y que aporte ganancia, la industria estará al lado del gobierno. Pero si el fascismo se convirtiera en un elemento de desorden —aunque fuera indirectamente— y se llegara a sacudidas, manifestaciones tumultuosas y huelgas imprudentes, no contaría con nuestro apoyo por más tiempo», se leía en septiembre de 1924 en la revista de la unión de empresarios «Confindustria»<sup>73</sup>.

Las primeras declaraciones de Mussolini fueron confusas y defensivas: «Solamente un enemigo que haya estado pensando diabólicamente durante muchas noches podría haber perpetrado este crimen, que hoy nos golpea con horror»<sup>74</sup>. El frente de la oposición se fortaleció: el 18 de junio, todos los partidos y grupos se comprometieron a una acción común. El 27 se reunieron los diputados antifascistas en el aula B del Palazzo Montecitorio y fundaron la secesión parlamentaria del Aventino, como testimonio de una inquebrantable oposición moral al régimen. La crisis alcanzó su clímax. Los altos mandos fascistas parecían implicados directamente en el sangriento suceso. En vano sacrificó Mussolini a sus colaboradores más comprometidos y utilizó como chivos emisarios a personas tan acreditadas como Cesare Rossi, Aldo Finzi e incluso el jefe de policía, De Bono. Nunca se había hecho demasiadas ilusiones sobre la solidez del acuerdo popular, y ahora se encontraba solo, teniendo únicamente a su lado a los *irriducibili* de Farinacci, a los cuales tenía que aferrarse. La impotencia del Duce fue para aquella gente una ocasión de volver a poner en marcha el mito de la «segunda ola». Este proceso debía prestar a la revolución fascista el carácter de hecho consumado y solamente la inclinación de Mussolini a los buenos modales le había detenido durante un tiempo considerable. «...Un día de agosto de 1924, llegaron a Roma 156 escuadristas procedentes



*Los parlamentarios del Aventino, en una sesión de los grupos de oposición en Montecitorio.*

de Bolonia con camisetas negras, en unos treinta camiones —escribió Paolo Monelli—. Dejaron los coches en Villa Borghese y desde allí fueron a pie al Palazzo Chigi, pasando por la Piazza del Popolo y el Corso. Constituían un abigarrado tropel: unos llevaban fez, otros portaban casco y algunos llevaban sombreros de terciopelo, unos venían en pantalones militares grises y otros de paisano; pero todos con camiseta negra y con las insignias del partido (lo que en aquellos días ya no se veía en Roma). Marchaban con paso firme y semblante sombrío y amenazante detrás de una banderola que llevaba Arconovaldo Bonaccorsi... Entraron en el palacio Chigi. Chievolini los condujo a la sala del ala donde entonces residía Mussolini como ministro de Asuntos Exteriores. Este permanecía tras su escritorio, pálido, sin afeitarse. Mussolini abrazó a Bonaccorsi y, vuelto hacia el grupo, preguntó con voz amable, casi patética: «¿Para qué habéis venido?» Habían ido para «remontarlo», para indicarle —dentro del concepto de la segunda ola— la salida de la crisis»<sup>75</sup>. Mussolini, falto de toda iniciativa política desde el episodio del Aventino, recobró el coraje. La gente esperaba, como paralizada, una palabra del rey destituyendo a Mussolini. Este, paulatinamente, recobró su acostumbrada arrogancia. En su discurso de Monte Amiata, el 31 de agosto, recalaba: «Los partidos de la oposición, os lo aseguro, son todos juntos completamente impotentes. El día que deban pasar de las





Giacomo Matteotti.

Mussolini recibe  
al rey en la entrada de  
Montecitorio, sede  
de la Cámara de  
Diputados.

cargantes habladurías a los hechos concretos haremos con ellos camas de paja para los campamentos de nuestros camisas negras»<sup>76</sup>. Lo que le salvó fue, una vez más, el consenso del Vaticano, de la monarquía y de los restantes centros reales de poder del país. El 12 de septiembre un trabajador de los tranvías romanos mató al diputado fascista Armando Cassalini, para vengar a Matteotti. Al inmovilismo de la oposición constitucional se opuso una iniciativa autónoma del pueblo «desde abajo», un receptáculo peligroso para parte de la pequeña y mediana burguesía, que estaba decepcionada de las primeras muestras del gobierno fascista, desorientada por una campaña de prensa de los grandes diarios, que hasta entonces no había sido antifascista y que miraba, desconsolada, la confusa inmovilidad de Mussolini. El fantasma de un giro hacia la izquierda, que parecía haber sido ahuyentado el 28 octubre, volvió a aparecer.

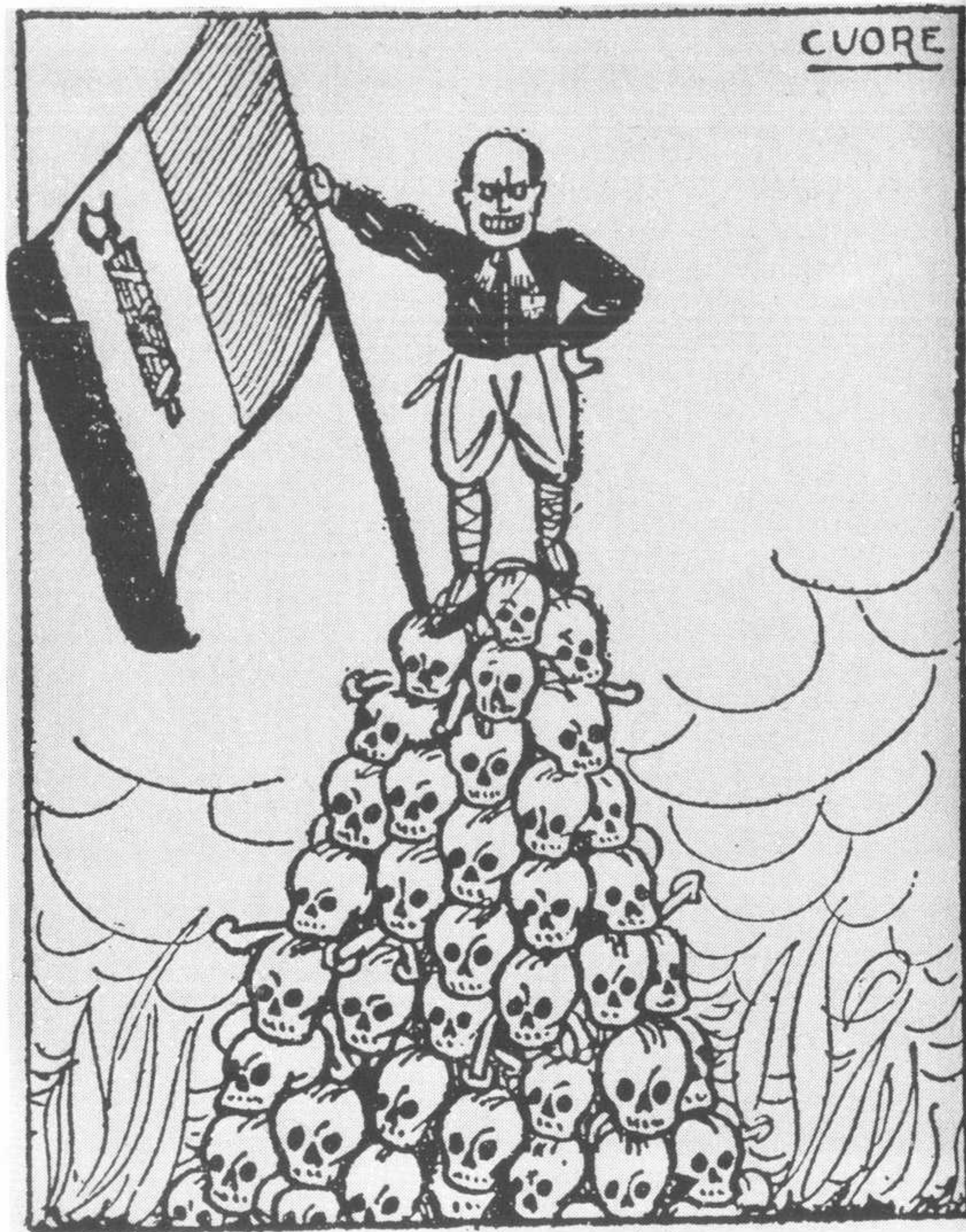
Este peligro fue suficiente una vez más para suavizar las patentes contradicciones del bloque social, que apoyaba al fascismo, y para confirmar el inmovilismo patético del Aventino en la



abstracción de su moralismo. Víctor Manuel III no movió ni un dedo para defender la Constitución y a Mussolini volvieron a abrirse las puertas.

La presión que ejercía el fascismo de provincias para la «segunda ola» era muy fuerte. El 31 de diciembre los cónsules de la milicia se hicieron recibir por el Duce. Precisamente en los periódicos antifascistas apareció un informe de Cesare Rossi, que acusaba a todas las jerarquías fascistas de estar involucradas en el asesinato de Matteotti. La oposición había recibido claramente nuevos estímulos. Entonces se movilizaron miles de escuadristas, sobre todo en la Toscana, para iniciar una segunda marcha sobre





Caricatura de Cuore en el periódico satírico L'Asino. ¡Cada vez más arriba!

Roma. La reapertura del Parlamento estaba prevista para el 3 de enero de 1925. El miedo de la oposición a desatar una acción de amplio alcance, las terminantes decisiones de la monarquía y del Vaticano en favor de la continuidad del régimen y las iniciativas militares de los escuadristas influyeron en el comportamiento de Mussolini en este trance decisivo. Mientras que el entonces ministro del Interior, el nacionalista Luigi Federzoni, daba órdenes a

los prefectos para el secuestro de diarios antifascistas, Mussolini, sin vacilar más, asumió la paternidad del asesinato de Matteotti... «Declaro aquí ante esta asamblea y ante todo el pueblo italiano, que yo, y solamente yo, asumo la responsabilidad política, moral e histórica de lo que ha sucedido. Si el fascismo es una banda de criminales, entonces yo mismo soy el caudillo de esta banda de criminales.» Y después de que él pidiera a la oposición que le acusara según el artículo 47 de la Constitución, terminó con las siguientes palabras: «Si dos elementos son llamados a la lucha mutua y ambos son irreductibles, la única solución es la violencia... Vosotros os habéis hecho demasiadas ilusiones. Habéis creído que el fascismo estaba acabado, porque yo lo tenía reprimido, que está muerto, porque le había fustigado y todavía he tenido la crueldad de decirlo... Pero si yo aplicara a desatarlo, solamente la centésima parte de la energía con la que lo tenía reprimido, sabríais lo que es bueno. Pero no es necesario, puesto que el gobierno es lo suficientemente fuerte para acabar total y definitivamente con la rebelión del Aventino... Estad seguros de que en las cuarenta horas que seguirán a mi discurso, la situación será aclarada a todos los niveles»<sup>77</sup>.

Tres días más tarde, el ministro del Interior informaba que habían sido cerrados 95 círculos políticos, disueltas 25 organizaciones subversivas y clausurados 150 locales públicos; se habían efectuado 655 registros de casas y 111 detenciones. Esto significaba el final para los partidos políticos de la oposición. Dos años más tarde acabarían desapareciendo formalmente.



### 3. El poder (1925-1936)

«...La situación interna está claramente bajo el control del partido fascista, todo lo demás puede considerarse a lo máximo como material para la arqueología»<sup>78</sup>. No había pasado todavía un año desde los momentos más difíciles de la crisis de Matteotti, cuando Mussolini, con toda la razón, hizo esta afirmación el 16 de noviembre de 1925. Tan pronto se extinguió el temor, aparecieron los tonos arrogantes y triunfalistas en sus observaciones sobre la oposición de los aventinos: «Todo se había reducido a un derroche de tinta, quintales y hasta toneladas de papel impreso, artículos kilométricos escritos con esfuerzos y que nadie leía»<sup>79</sup>. El pueblo había aprobado la violencia represiva: «La gran masa del pueblo italiano está satisfecha de esta vuelta al rigor, pues, como todos los pueblos de orientación estética, ama las formaciones claramente perfiladas; se aprecia la continuidad estilística. Un Mussolini que se manchase de transformismo perdería rápidamente las simpatías del pueblo italiano»<sup>80</sup>.

«Este sistema solamente puede ser derribado con la violencia —había dicho Mussolini en Milán el 28 de octubre, día de la marcha sobre Roma—. Quien piense que se nos podría apartar con pequeñas conspiraciones de porteras o con ríos de tinta más o menos sucia, deberá abandonar sus ilusiones»<sup>81</sup>. La proporción de fuerzas había evolucionado en favor de los bloques de poder filofascistas. A la eliminación del adversario interno siguieron importantes éxitos en política exterior y movimientos de solidaridad de países como los Estados Unidos e incluso Inglaterra. Los créditos bancarios concedidos por América en 1926 contribuyeron en una medida considerable a la estabilización política del régimen e hicieron posible «la inclusión de Italia en el sistema de los bancos de emisión occidentales y en la sociedad financiera

El Estado soy yo. Dibujo de Hahn Jr. en el *Noterkraker* de Amsterdam, después del discurso de Mussolini el día de la Ascensión de 1927, procedente de Cesare di Cartapesta, Vega, Turín, 1945.





internacional»<sup>82</sup>. Además, cumplieron los deseos que la parte más dinámica del capitalismo italiano había abrigado desde hacía largo tiempo.

«Los americanos, que son un gran pueblo con un sistema de gobierno bastante rígido, tienen una gran estatua de la Libertad situada en la orilla del puerto, pero en el interior la mantienen fuertemente controlada<sup>83</sup> —recuerda Mussolini agradecido—; los americanos no tardaron en simpatizar al tenerlos ante ellos, con los representantes de la nueva Italia.» Inglaterra había declarado ya su buena disposición cuando, en 1924, cedió el territorio de Juba a Italia, haciendo así posible una ventajosa rectificación de la frontera libio-egipcia. Tampoco encontró ninguna oposición al «pacto de Tirana» concertado el 26 de noviembre de 1926, gracias al cual se implantó una forma de protectorado italiano sobre Albania.

Mussolini había vencido, pero él quería vencer en toda la línea. El fascismo debía sancionar la derrota de las izquierdas y del movimiento obrero; pero, sobre todo, debía representar la rabia y el castigo para un proletariado que no había realizado una revolución triunfadora, pero que había despertado el miedo en la burguesía.

Las nuevas condiciones sociales que trajo como consecuencia la victoria del fascismo debían recibir urgentemente un marco legislativo adecuado. Así se despachó un imponente complejo de normas que se proponían la defensa del régimen contra todas las rebeldías activistas de las corrientes de oposición. Mussolini presentó ante la Cámara una nueva ley sobre los convenios colectivos de trabajo con los argumentos siguientes: «Esta ley surge de una atmósfera política y moral determinada, es el producto de un régimen determinado. No existe ningún peligro en tanto este régimen sea invencible y en tanto no cambie la atmósfera moral en que respira la nación»<sup>84</sup>. Este hecho constituyó un cambio de la iniciativa fascista en el campo legislativo. Hasta entonces se habían limitado a la dirección empresarial normal y realizado proyectos como la nueva organización y el robustecimiento de las estructuras burocráticas del Estado ya existentes en el programa en 1922. De todas estas medidas caóticas y fragmentarias se habían librado hasta entonces algunas instituciones como la máquina judicial, que se presentaban como garantes de la continuidad del anterior Estado liberal. En aquel momento se manifestó el propósito represivo como «principio organizativo» de una política legislativa orgánica. Mediante una ley sobre el control de todas las asociaciones políticas de 26 de noviembre de 1925, y

por otra ley posterior, fueron anulados los derechos de la oposición, lo que autorizó al gobierno a destituir a los funcionarios estatales para iniciar con esta acción depuradora la fascistización del aparato del Estado. La primera ley libró al régimen de los masones y, con ellos, de una competencia que podría convertirse en punto de orientación para la burguesía, y que, sin duda, estaba por entero en el sentido de los anhelos totalitarios de Mussolini. Ambas leyes afectaron, en todo caso, a los partidos de cualquier otra orientación, sobre todo a los de izquierdas.

También la dictadura personal del Duce recibió su confirmación. El 18 de noviembre de 1925 se promulgó la ley sobre las atribuciones y privilegios del jefe del gobierno, cuyo cargo fue transformado para convertirse en «órgano esencial a través del cual se expresa la soberanía del Estado». El 31 de enero se publicó una ley por la que el ejecutivo podía promulgar normas legales. Como pretexto para estas medidas sirvió el frustrado atentado del anterior diputado socialista Zaniboni. Gracias a estas medidas, la actividad de Mussolini se sustraía a cualquier posible control parlamentario. Únicamente quedaba la relación formal de dependencia de la corona. En la praxis de los gobiernos liberales, sobre todo de los gobiernos de Crispi y Giolitti, la prepotencia del ejecutivo había estado a la orden del día, pero había encontrado siempre sus límites constitucionales en el texto del Estatuto Albertino (el estatuto de Carlos Alberto de Saboya, de 4 de marzo de 1848, primeramente aplicado al reino de Cerdeña y más tarde Constitución del reino de Italia hasta la proclamación de la república en junio de 1946). Mussolini hizo realidad las intenciones de sus predecesores, al romper ahora también con las normas del estatuto: «Pero el Estatuto, señores, no puede ser el clavo del que deban depender todas las generaciones italianas.»

«Hemos dominado el parlamentarismo —había afirmado el 21 de junio de 1925—. El poder ejecutivo es ubicuo, la violencia activa en la vida de la nación es poder, que en cada momento ejerce poder»<sup>85</sup>.

Por otro lado, a la concentración autoritaria del poder político le correspondía la disolución de todos los reductos de descentralización y de todas las autonomías locales. Los consejos municipales y los alcaldes de elección fueron suprimidos como instituciones y en su lugar entraron los *podestà*, nombrados por el rey. También las atribuciones del cargo de los prefectos de provincias recibieron un fortalecimiento. En el intervalo se dictó una rigurosa ley de prensa. Los periodistas fueron agrupados en una asociación profesional con una fuerte estructuración jerárquica.



Mussolini había escapado ya de dos atentados, sin grandes lesiones. El 7 de abril de 1926 una irlandesa soltera algo entrada en años, Violet Gibson, le había disparado con una pistola, rozándole la nariz. El 11 de septiembre el anarquista Gino Lucetti había lanzado un artefacto explosivo de fabricación casera a la escolta del presidente. Un turbio tercer atentado costó la vida a un joven, Anteo Zamboni, probablemente inocente, el cual fue linchado en el mismo lugar del atentado por los escuadristas, como presunto autor del mismo. Dicho atentado, sin embargo, se utilizó como pretexto para fortalecer el aparato represivo del régimen. El 6 de noviembre se promulgó un nuevo texto legislativo sobre la policía. El 9, los mandatos de los 123 diputados de la oposición fueron declarados nulos.

El 25 de noviembre, una «ley para la defensa del Estado» introducía la pena de muerte para los atentados contra el jefe de gobierno. Con esta finalidad se creó un tribunal especial de jueces militares para el enjuiciamiento de los criminales antifascistas: «Debo aún añadir que el tribunal especial, tal como se le nombra en la ley, está compuesto de personas de mi elección, y que están por encima absolutamente de toda sospecha en cualquier respecto»<sup>86</sup>. Para poder estructurar de una manera aún más eficaz el aparato represivo, se crearon en 1927 los medios de ejecución necesarios para la nueva legislación. Arturo Bocchini pasó a ser jefe de la policía, la cual, entre tanto, disponía de 100.000 hombres y era la «eminencia gris» del régimen. Estos fueron los fundamentos de la O.V.R.A. (Opera de Vigilanza e Repressione del Antifascismo), la tristemente célebre policía secreta del régimen.

La iniciativa escuadrista había alcanzado sus verdaderas metas, aun cuando las medidas de violencia prosiguieron durante todo el año 1925. La «normalización» pertenecía exclusivamente al ámbito de tareas de la policía. En octubre escribió Mussolini: «El escuadrismo sólo fue un instrumento de acción fascista, una formación material del partido; un aspecto del fascismo en un determinado momento histórico, y nada más que eso...» El 12 de febrero de 1925 Roberto Farinacci, el más extremista de todos, ocupó el cargo de secretario nacional del PNF, lo que constituía una recompensa por sus decisivas intervenciones durante las fases más difíciles de la crisis del Aventino.

En realidad, su nombramiento como secretario del partido era una jugada de ajedrez tácticamente hábil para invalidar su turbulenta actividad de intriga, bajo el peso de la responsabilidad oficial, a la vez que el ministro del Interior, Luigi Federzoni, recibió el monopolio de las acciones represivas contra las fuerzas de la

oposición. El cargo de secretario del PNF en aquella fase estaba despojado de toda autonomía. El partido, de hecho, era un partido unitario y, desde hacía largo tiempo, había renunciado a formar un funcionariado dirigente propio. Para estos fines, el régimen se servía más bien del antiguo personal político procedente del Estado liberal. Parecía estar decidido a alcanzar el consenso y, para poderse dedicar a ello con eficiencia, era imprescindible acabar con todos los fermentos dialécticos que había en su propio seno.

En el nuevo estatuto aprobado por el Gran Consejo Fascista (Gran Consiglio), en octubre de 1926, no había cargos electivos. El sistema de ocupación de cargos conseguidos desde arriba normalizó, sin duda, al partido, pero condujo a su parálisis política. Tras la prevista retirada de Farinacci el 30 de marzo de 1927, pasó a ser un hecho definitivo la separación de los antiguos cuadros y la renuncia a un cambio ambicioso en las bases. Despolitizar el partido para despolitizar la sociedad era el lema de un programa que Mussolini había apoyado en el congreso fascista de Roma en junio de 1925. Así, este congreso pudo terminar, en realidad, «antes de que hubiera comenzado en serio porque 1) el partido se vio situado ante los hechos consumados...; 2) porque el PNF en aquel momento era unánime y consistente como nunca anteriormente; 3) me hubiera gustado abrazaros cada vez que veía que uno de vosotros renunciaba a la palabra o cuando yo tenía que empujar a alguno de vosotros directamente a la tribuna de oradores»<sup>87</sup>.

El partido unitario y las leyes policiales configuraron la imagen totalitaria de un régimen cuyo despliegue represivo estaba dirigido principalmente contra la clase trabajadora. Bajo la presión de las dificultades económicas que frustraron muy pronto al primitivo liberalismo económico fascista, los trabajadores tuvieron que aceptar considerables reducciones salariales, mientras continuaba la ofensiva contra los derechos sindicales que aún subsistían. Cuando los sindicatos fascistas tomaron parte en las huelgas de Milán del 24 y 25 de abril de 1925, fueron atacados mediante un orden del día del Gran Consejo Fascista. Gracias al «Pacto del Palazzo Vidoni», del 2 de octubre, su papel como «único interlocutor» fue reconocido por parte de la máxima asociación de los industriales (Confindustria), pero hubo que pagar un alto precio por ello: la supresión de los «comités internos».

Con la acumulación de este importante logro de la clase trabajadora, los sindicatos renunciaron al único elemento de su presencia organizada en el interior de las fábricas. Con ello



destruyeron con sus propias manos su significación como parte negociadora. El 6 de octubre el Gran Consejo Fascista transmitió la jurisdicción arbitral para los conflictos sindicales a un tribunal especial de trabajo. Dos leyes de abril y de julio de 1926 regularon definitivamente estas materias, mientras prohibían simplemente las huelgas y los lock-out y con ello privaban al antagonismo de clases de su forma de lucha más esencial. La jornada laboral se estableció nuevamente en nueve horas, mientras que los aumentos salariales permanecían 100 puntos por debajo del nivel anterior a la guerra, en relación con el coste de la vida.

Dado que se suprimió la subida de los salarios mediante regulación por convenio entre las partes sociales, dicha subida solamente podía ser entendida como una «donación» desde arriba. Al aumentarse los salarios de los funcionarios estatales, Mussolini comentó con satisfacción: «El comportamiento de los servidores del Estado es satisfactorio, tanto antes como después, ya que los mismos saben y deben saber, y yo lo vuelvo a decir aquí una vez más, que el medio seguro para no percibir ni un solo céntimo más es la agitación. La era de los propagandistas, de los agitadores, de los reincidentes en la agitación, ha pasado»<sup>88</sup>. Finalmente, el 21 de abril de 1927 se aprobó la *Carta del Lavoro*, documento ideológico del corporativismo fascista. La *Carta* fue el intento pretencioso de una doble negación del liberalismo y el socialismo, y una llamada concreta al equilibrio social entre capital y trabajo. En mayo de 1925 Mussolini había escrito: «El sindicalismo fascista contempla al capital no como un elemento al que hay que someter, ya que esto es absurdo práctica e históricamente, sino como un elemento al que hay que formar y construir más libremente»<sup>89</sup>. Esta fue una de sus interpretaciones colaboracionistas, que aún subrayó al aludir a su pasado como sindicalista y a su competencia en dicha materia: «No ha habido absolutamente ninguna cuestión de interés sindical que yo no haya estudiado y, hasta ahora, también solucionado»<sup>90</sup>. Pero, en realidad, su apoyo al sindicalismo nacional estaría ligado en adelante a su profundo desprecio hacia las masas: «Las clases más bajas, que están enraizadas en la tierra y que aún son lo suficientemente bárbaras para no valorar todas las ventajas del llamado confort moderno, se adhieren a la patria propia del modo más desesperado»<sup>91</sup>.

Estas escasas referencias a sus experiencias sindicalistas hicieron surgir aún más claramente los nuevos aspectos de su personalidad: como jefe de gobierno, ministro del Interior y de Asuntos Exteriores, jefe del ejército, la marina y la aviación, líder

del partido fascista y Duce del fascismo, Mussolini era el político más poderoso en la historia de la Italia unida. En su alocución del día de la Ascensión, el 27 de mayo de 1927, se presentó como creador de una nueva tiranía política y de una evidente dictadura: «Todos los diarios de la oposición han sido suprimidos, todos los partidos antifascistas, disueltos. Hemos organizado una policía especial para las regiones, así como oficinas de investigación política, y hemos creado un tribunal especial que realiza un trabajo perfecto»<sup>92</sup>.

Mussolini era el jefe indiscutido de su país, pero no la cabeza de una revolución triunfante. La ambición de su juventud no se realizaría. El régimen había restablecido los antiguos equilibrios conservadores a un nivel autoritario y con contenidos reaccionarios. Había tapado las grietas que los conflictos de clases habían producido en la trama deficiente del antiguo Estado liberal; pero no había conseguido cambiar un esquema que estaba fijado firmemente en todas sus más importantes decisiones —desde las económicas a las institucionales— según los planes de una hegemonía y de unos centros de poder antiguos, y éstos habían existido mucho antes del régimen y debían sobrevivirle largo tiempo.

El fascismo se adaptó al Estado del mismo modo que se había ajustado a las relaciones de fuerzas entre clases, mientras que en su interior fortalecía la soberanía burguesa. Mussolini aceptaba la continuación de la Corona y dejó intacta la organización de la Iglesia católica, ya que ambos eran instrumentos institucionales típicos de continuidad. Su ambición totalitaria se detuvo siempre ante este umbral que él consideraba imposible traspasar.

El régimen fascista no tuvo intención en ningún momento de derribar la autoridad secular del Vaticano en Italia, antes bien, dado que de esta manera podía aumentar su prestigio interior e internacional, tendió a conseguir el reconocimiento del Vaticano, reconocimiento que había sido negado a todos los gobiernos de la Italia liberal desde 1870. Desde 1926 existían negociaciones en este sentido y Mussolini las siguió siempre con atención. En la fase final incluso él mismo tomó parte en ellas y asumió toda la responsabilidad de las considerables concesiones al Vaticano; reiteradas veces se trataron cuestiones de principio tan relevantes como el concordato, «una tremenda responsabilidad, que no solamente arreglaba el pasado sino que contraía deberes de cara al futuro. Y yo no podía pedir consejo a nadie. Solamente mi conciencia debía mostrarme el camino después de largas y fatigosas meditaciones»<sup>93</sup>.

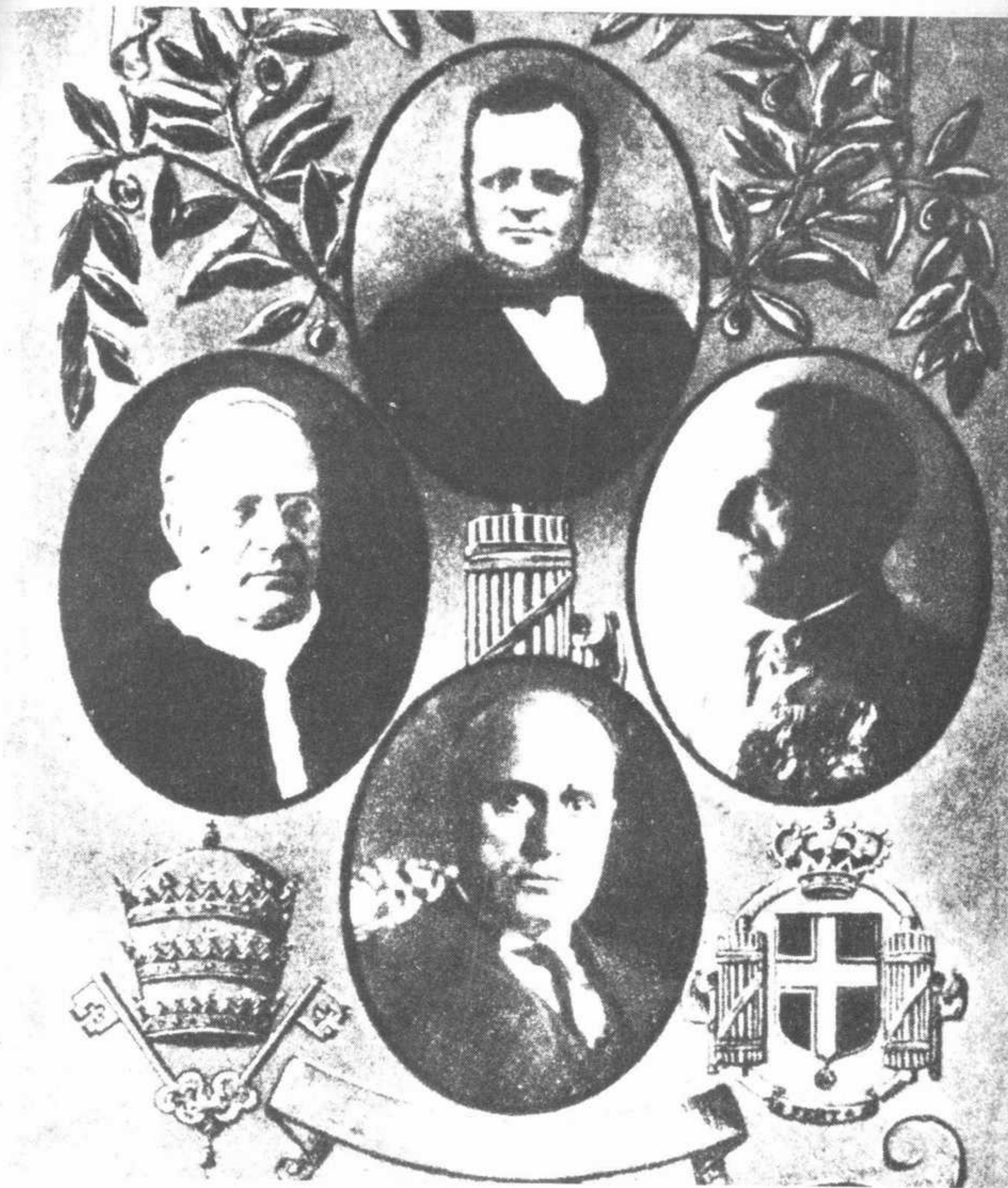


Con la firma del Tratado de Letrán, el 11 de febrero de 1929, se había alcanzado la meta y Mussolini pudo presentarse como un estadista que había resuelto la vieja «cuestión romana». El papa encontró para él el atributo insólito de «hombre providencial». Mussolini devolvió el cumplido inmediatamente. «Tuvimos la suerte de tener por interlocutor a un papa verdaderamente italiano.» A consecuencia de las numerosas críticas al acuerdo, Mussolini se permitió algunas inventivas: «Bien, señores, no hemos resucitado el poder temporal de los papas; lo hemos enterrado... el Estado fascista es católico, pero sobre todo es fascista, sí, exclusiva y esencialmente fascista —un guiño dirigido a las fuerzas anticlericales del régimen; estaba convencido de haber cerrado un compromiso útil—...Es pueril hablar de vencedores y vencidos. Puede hablarse de absoluta equidad en el acuerdo»<sup>94</sup> —y se propuso utilizarlo en su provecho cuando se presentara la ocasión oportuna.

En lugar de las elecciones políticas tradicionales, el 24 de marzo se celebró un «plesbicio nacional» para la renovación de la Cámara fascista. Se trataba de votar «sí» o «no» sobre una lista de cuatrocientos nombres que el Gran Consejo había establecido: una lista unitaria para toda Italia... «El pueblo votará de modo completamente libre. Así mismo, apenas necesito recordar que con un plebiscito, se puede bendecir una revolución, pero no derribarla»<sup>95</sup>, decía su exhortación de la noche anterior. Resultaron 8.517.838 votos positivos y solamente 135.773 negativos. Las recomendaciones del aparato eclesial en favor del «hombre providencial» habían sido claras.

También con la monarquía evitó Mussolini cualquier choque frontal. Durante los veinte años de soberanía fascista, la monarquía institucional vivió en una «situación política de transición», sin que las condiciones estructurales de dicha monarquía, que luego tendría su muerte inevitable el 25 de julio de 1943, fueran variadas nunca. El 9 de diciembre de 1928 se creó cierta tensión al votarse la ley sobre la constitucionalización del Gran Consejo Fascista.

La reforma del Parlamento había traspasado a dicho órgano la elección de cuatrocientos candidatos para la lista unitaria, lo que terminó prácticamente con la elección segura de cuatrocientos diputados. Se trataba de una función de significación tan directamente constitucional que necesitaba tener una sanción legislativa. Además, el Gran Consejo debía ser oído por el jefe de gobierno en caso de sucesión al trono y para ejercer el derecho de presentación. El rey Víctor Manuel III se irritó profundamente por



Postal para recuerdo del tratado de Letrán con las figuras de Cavour, el Papa Pío XI, el rey Víctor Manuel III y Mussolini.





Propaganda del régimen para las elecciones de 24 de marzo de 1929, con papeletas unitarias.

este insólito entrometimiento en las cuestiones dinásticas. Pero se trataba únicamente de una atribución teórica de poder a un órgano que cada vez debía tener menos importancia en el plan de organización del régimen. La monarquía no fue lesionada ni una sola vez y pudo continuar su simbiosis con el fascismo sin más complicaciones. El mismo Mussolini, en el momento de mayor efervescencia de las polémicas, mencionó el hábil gesto del rey, quien, precisamente en los días de la votación de la ley, había encendido en la capilla del Fascio de Bolonia una lámpara votiva en memoria de los «camisas negras».

Tras establecerse un *modus vivendi* a base de compromisos con la monarquía y el Vaticano, Mussolini se limitó a las reformas que se habían hecho indispensables por la grave crisis italiana de posguerra: «Nos hemos puesto de acuerdo ahora para la elaboración de las leyes fascistas y las leyes de la defensa —afirmaba Mussolini el 21 de junio de 1925—. Más tarde llegarán las leyes creativas y constructivas»<sup>96</sup>, promesa que nunca fue cumplida.

A la drástica reducción de sus ambiciones revolucionarias y «renovadoras» contribuyeron sus limitaciones políticas, ideológicas y personales. La estrecha relación con el poder tuvo una funesta repercusión sobre la personalidad de Mussolini. Fue aplastado hasta caer prisionero de sus propios mecanismos administrativos y automatismos que escaparon a su determinación. Su rápida caída en lo grotesco y los nada originales artificios del régimen le enajenaron su instintiva vivacidad característica durante su larga militancia política. Sus rasgos personales se pusieron de manifiesto solamente en algunos aspectos importantes, como en la «táctica diaria» y en el «estilo» fascista de exhibición. El insólito cuidado que prestaba a todas las pequeñas situaciones, como las divergencias de opiniones locales y las rivalidades entre provincias, subrayó su necesidad de autoafirmación, que encontró plena satisfacción en dichos sectores.

Mussolini se vanagloriaba de dicha actividad también públicamente, como por ejemplo en la asamblea del régimen que se celebraba cada cinco años: «La actividad legislativa, la introducción, control y creación de nuevas instituciones fue solamente una parte de mis esfuerzos. Existe otra, mucho menos conocida... He concedido más de 60.000 audiencias, me he interesado por 1.887.112 documentos de ciudadanos que fueron dirigidos directamente a mi propia secretaría»<sup>97</sup>. Mussolini intentó recuperar una dimensión humana que, por lo demás, él mismo reconocía haber perdido. Esto se expresaba en una transposición mecánica del mismo tema: «...Para realizar estos esfuerzos he regulado mi





*Típica expresión facial del Duce.*

Mussolini como piloto (fotografía oficial que, como las siguientes, fue emitida por una oficina creada a tal propósito en el Ministerio de Cultura Popular. A la derecha, Mussolini pico en alto.



motor y he racionalizado mi labor diaria, he reducido al mínimo cualquier pérdida de tiempo y cualquier gasto de energía... El trabajo acostumbrado debe realizarse con un automatismo casi mecánico»<sup>98</sup>.

También la imagen de Mussolini pasó a despersonalizarse, convirtiéndose en símbolo de un poder que sólo parcialmente era suyo. La rigidez eterna de la mirada que aparecía en todas las paredes y diarios como una idea fija era la expresión de un embalsamamiento grotesco de su configuración como «robot del Estado». También sus continuas autopresentaciones — como aviador, trillador, *condottiero*, literato, filósofo, deportista, etc.— eran siempre iguales. Inmune a toda ironía, aceptó ser fotografiado con un horrible sombrero que aplanaba su cabeza, y vestido con la ropa basta de un minero, o con el torso desnudo como un trillador de las lagunas pontinas, como un simple instrumento ritual y un espectáculo para la irracionalidad de la masa.

Al principio parecía estar convencido de estos peligros: «No tengo intención de ser colocado precozmente en el espacio astral

de los mitos inaccesibles, los cuales a menudo se destruyen por convencionalismo o distracción, cuando no es hipócrita o cobardemente»<sup>99</sup>. Pero su falta de tensión revolucionaria, su pobreza cultural y su egoísmo pequeñoburgués le indujeron indudablemente a un culto personal cuya mezquindad fue subrayada por los elementos represivos y policiales del régimen, que él personificaba. «Hace cuatro años os dije: Libraos de mí. Esto fue imposible, puesto que, evidentemente, todo gran movimiento necesita un representante, que experimente él mismo toda la pasión del movimiento y sea portador de su llama»<sup>100</sup>, proclamó Mussolini en 1925 ante el Congreso de Roma. De los dos componentes verbales del binomio «Mussolini-fascismo» antepuso, sin duda, el primero. Para él el movimiento era un utensilio secundario que estaba destinado solamente al servicio de la perpetuación de su mito. Pronto reiteró que el fascismo debía durar, y estableció, incluso, atrevidos pronósticos sobre ello: «Cuando dije en la Piazza Belgioioso que el régimen fascista tenía sesenta años por delante, estábamos en la primera época. Hoy os digo con toda





Mussolini junto a un campesino durante la trilla del grano.

Mussolini, practicando el esquí, a pecho descubierto. ▶

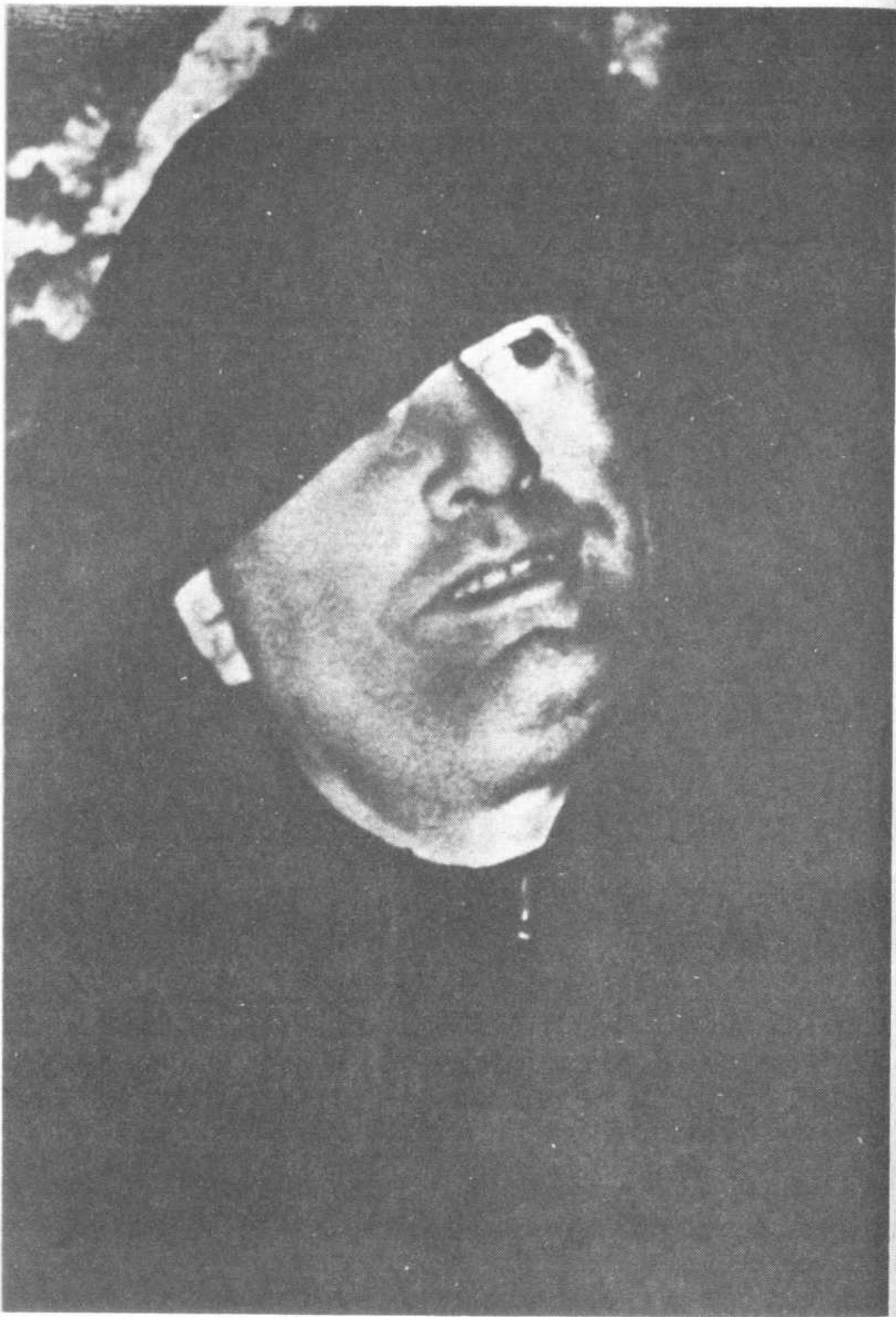
tranquilidad de conciencia que el siglo XX será el siglo del fascismo»<sup>101</sup>. Pero esta duración se refería únicamente a él mismo.

Nunca se planteó la cuestión de un sucesor, sino que sabotó, desde un principio, todas las alternativas nacidas en el seno del fascismo, como si sintiera que su régimen era fruto de situaciones irrepetibles, y en su subconsciente encomendara la decisión en favor de la monarquía, que debía manifestarse luego, el día 25 de julio, como la única garantía de continuidad... «Debo asumir la tarea de regir la nación italiana durante diez o quince años todavía. Es necesario. Mi sucesor no ha nacido aún»<sup>102</sup>, dijo



Mussolini en su discurso del día de la Ascensión. Este sucesor no podía nacer de ninguna manera. «De hecho, señor presidente, ¿qué es el Estado hoy? La confianza en Mussolini», escribió alarmado Farinacci el 22 de enero de 1933. «No hemos llegado al Estado que preste fuerza a los hombres. Es el hombre el que da fortaleza al Estado. ¿Qué ocurrirá cuando ya no tengamos a este hombre?»<sup>103</sup>. La interpretación individualista de su papel obligó a Mussolini a un continuo debilitamiento cualitativo de los grupos directivos fascistas, que, progresivamente, fueron privados de sus mejores funcionarios. Todos eran sospechosos de una posible rivalidad.



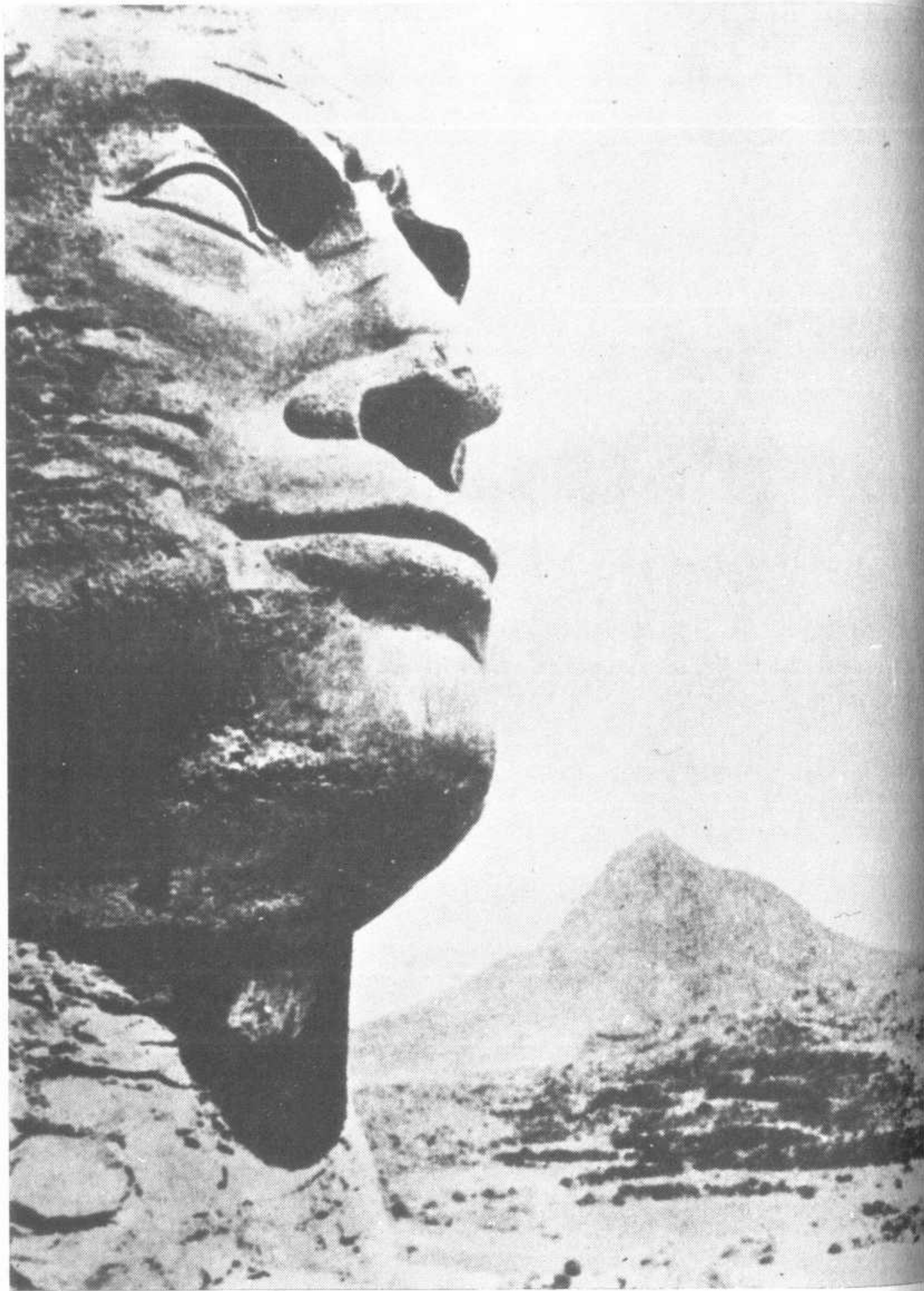


*Mussolini, protegido con un casco de minero, comparte unos momentos la dureza del trabajo en una mina.*



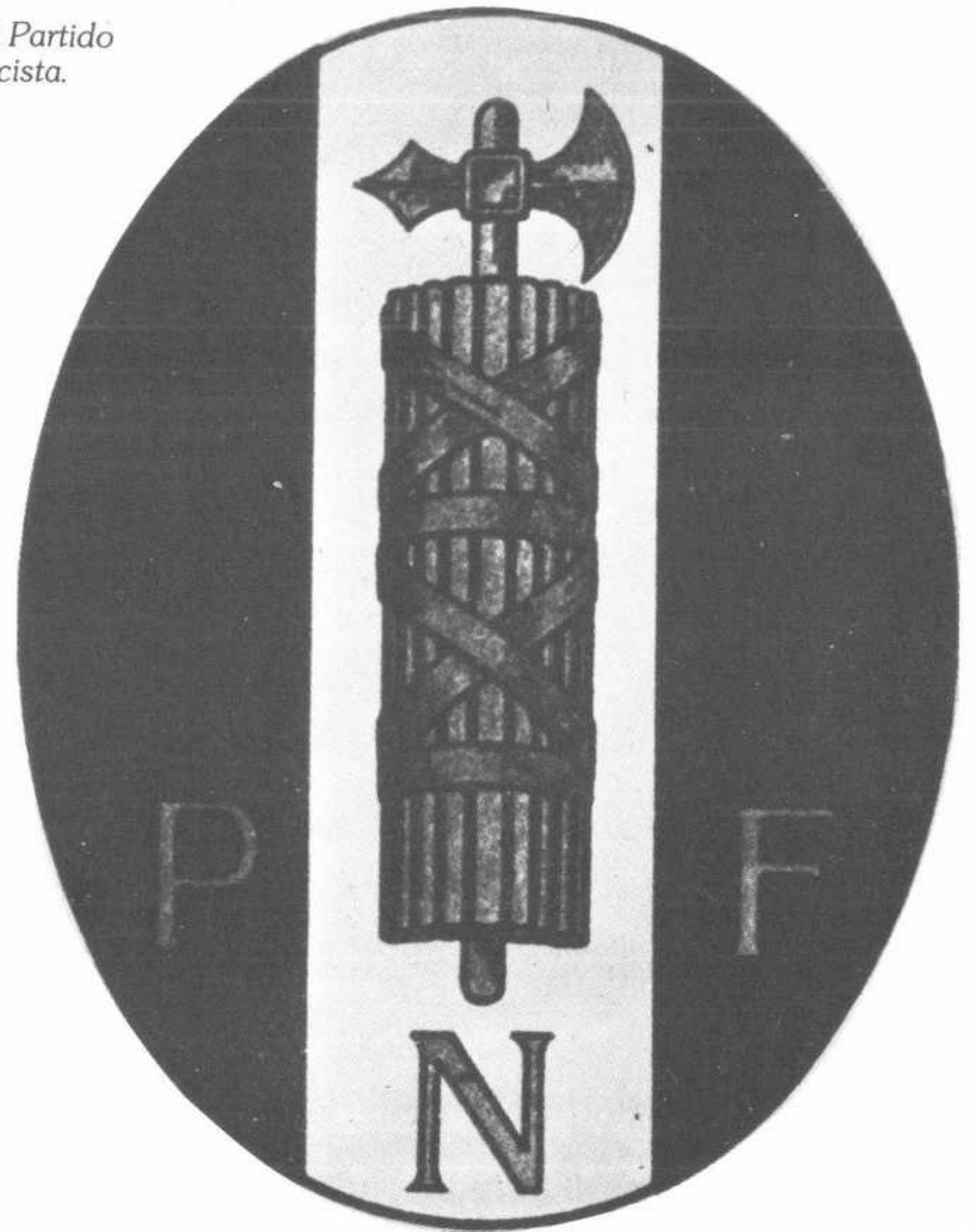
*Mussolini con uniforme de almirante, en ocasión de la inauguración de las obras de la presa del Tíber.*





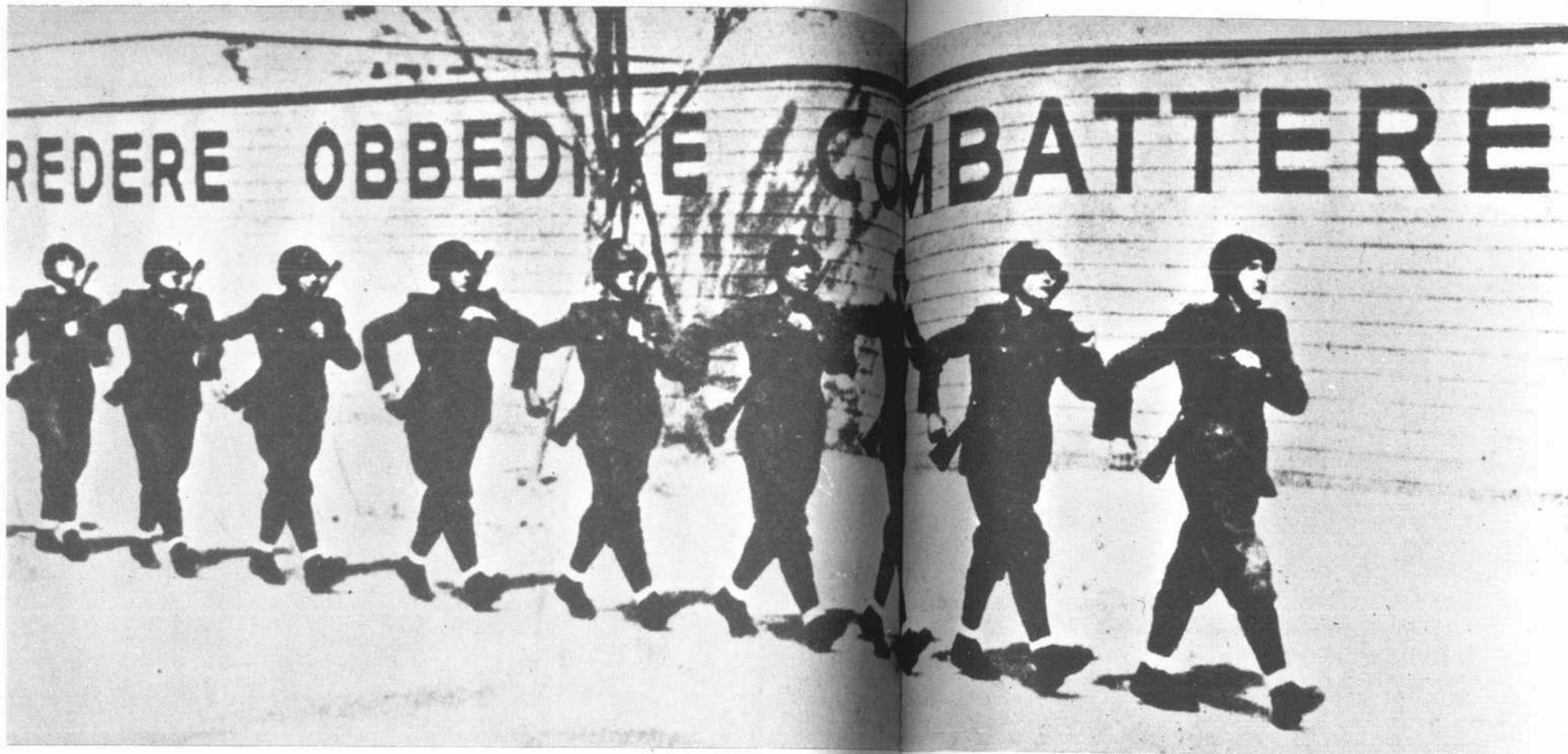
*Figura pétrea del Duce en un acantilado de Adua.*

*Emblema del Partido  
Nacional Fascista.*



Así, en la «solución preventiva» de 1932 desaparecieron Italo Balbo y Dino Grandi, como antes había desaparecido Farinacci y como más tarde desaparecería Alfredo Rocco, el cual, como creador de la legislación fascista, había prestado servicios inestimables a Mussolini. A su eliminación tampoco correspondió una formación intensiva de funcionarios fascistas. Las intervenciones personales de Mussolini en los conflictos entre los grandes del partido eran típicas. Por de pronto, eran las únicas formas de una lucha política todavía subsistente que degeneró en querellas domésticas. Estas concluían en cuanto Mussolini decretaba la derrota de uno de los dos rivales. Primeramente esperaba hasta que ambos habían agotado todo su léxico polémico y se había extinguido toda la vivacidad dialéctica. De esta manera sus decisiones sancionaban hechos consumados a los que seguía de





Creer, obedecer,  
combatir, el lema  
predilecto del dictador.

cerca el júbilo del «superviviente», el cual apenas tenía tiempo suficiente para fortalecer su momentáneo éxito. El desacuerdo entre el secretario del partido, Farinacci, y el ministro del Interior, Luigi Federzoni —a final de los años veinte—, giró en torno a los papeles del partido y del Estado en la lucha contra las corrientes de la oposición. En este caso salió vencedor, naturalmente, el ministro del Interior. Pero solamente unos pocos meses después de que Farinacci hubiera dejado la secretaría del PNF, Federzoni fue obligado también a dimitir de su cargo.

Y un ejemplo más: en 1927-28 terminó un choque entre los generales Badoglio y Cavallero sobre problemas político-militares, primeramente con la derrota de Badoglio, al que solamente le quedó el cargo insignificante de jefe del Estado Mayor. Pero en noviembre de 1928 Cavallero, tras ser recompensado con un título condal, fue obligado a dimitir como subsecretario de Estado del Ministerio de la Guerra. Mussolini veía estas rencillas con agrado. Sin duda no servían precisamente a la eficiencia de los mandos superiores, pero robustecían la necesidad de su papel como árbitro imparcial y elevaban su prestigio. Estaba orgulloso

de la manera brusca con que terminaban estas pequeñas escaramuzas: «Son decisiones que tomo yo solo y que no se pueden imaginar de antemano; ni siquiera los interesados, los cuales pueden verse gratamente sorprendidos incluso a costa de abandonar sus puestos»<sup>104</sup>. Al mismo tiempo realizaba su habilidad como mediador y el modo indoloro con que arreglaba las disensiones.

Quizá consistía en esto el *handicap* más sorprendente para la ambición revolucionaria frustrada de Mussolini: no dejó ningún espacio a la réplica y no desarrolló aquella vivacidad dialéctica que jalona el camino del gran revolucionario. Era un guardián atento y un administrador prudente del poder conquistado. Pero, al contrario de los verdaderos líderes revolucionarios, abrigó una profunda aversión a la política y a las disputas ideológicas. Junto a su individualismo fue ésta la base principal de aquella despolitización de proporciones gigantescas tan característica del régimen fascista. El mismo había deseado la degradación del partido a instrumento de ayuda del régimen: «Más que de un ejercicio de la autoridad se trata aquí de un cargo de apostolado», dijo en una crítica del partido fascista, tal como lo había organizado su fiel



Augusto Turati, y recordó, en aquella misma ocasión, «que sea el partido con la masa de sus miembros quien dé a la autoridad del Estado su libre consenso y una inmensa aportación de fe»<sup>105</sup>. Turati, Giuriati y Starace, sucesivos secretarios del partido, que lo dirigieron durante veinte años, eran personalidades insignificantes, serviles y dispuestas a cualquier cosa. Mussolini no desperdició ninguna ocasión de resaltar la dócil adhesión de sus satélites subalternos: «Cada mañana el camarada Turati se me presenta para recibir órdenes.» Probablemente la ligereza con que la organización fascista fue barrida por el golpe de Estado monárquico fue lo que le hizo ver claramente lo ilusorio de sus principios de decisión.

Todavía más funesta sería para él a la larga su negativa a la política. «El 7 de julio de 1929, Ugo Ojetti anotó en su agenda: “Balbo se vanagloria de no hablar más de política: la política ya no me interesa. Que hagan lo que quieran. Yo me preocupo de la aviación.” Era el estado de ánimo de una desilusión cansada que se iba extendiendo cada vez más entre los caciques del partido y los simples miembros. La desconexión de la política como posibilidad de una discusión más libre debía hacer imposible, también a la clase dirigente, juntamente con su monopolio del poder, realizar una verdadera política»<sup>106</sup>. El archivo de la secretaría personal de Mussolini es hoy un testimonio histórico impresionante de esta clase de lucha política: intrigas y extorsiones como método, salones y antesalas de ministros como ambiente, calumnias personales y falsos rumores como meta. Mussolini se servía de estas penosas situaciones y las alimentaba incluso artificialmente para mantener la inviolabilidad de su posición personal. Esto debía ser así en una línea política a la que le faltaba una relación fructífera con el movimiento de masas.

Las motivaciones de su política de masas eran en realidad de naturaleza funcional. Esas motivaciones fueron lanzadas, con ayuda de una propaganda impresionante, sobre todo durante los años de la crisis económica de 1929-30 y debían recuperar el consenso del pueblo herido por el duro sacrificio de la población trabajadora: «Afortunadamente, el pueblo italiano no está acostumbrado aún a comer varias veces al día, y, dado que tiene un estándar de vida modesto, siente menos las privaciones y padecimientos. Solamente las clases más elevadas son terriblemente egoístas, y cuando sólo tienen dos automóviles en lugar de tres, gritan y el mundo se hunde»<sup>107</sup>, afirmaba Mussolini el 18 de diciembre de 1930. Era la época en la que se iban haciendo frecuentes sus invocaciones a sanear al partido de las ruinas «de



*Reunión de masas en la Plaza Venecia de Roma. Todo dictador tiene sus masas y sus plazas.*

la llamada burguesía liberal y profesional... Camarada Giuriati, tenéis la misión de despejar esta situación. Es un lastre que entorpece nuestra marcha»<sup>108</sup>. Al mismo tiempo se organizaban cada vez con mayor frecuencia asambleas de masas y manifestaciones de multitudes electrizadas. Consistían en situaciones provocadas «desde fuera», las cuales creaban tensión artificial sin conseguir una auténtica participación colectiva. Las masas habían entrado en el régimen como un objeto pasivo. Algunas capas sociales, sobre todo la clase trabajadora, permanecían esencialmente al margen... «No debemos hacernos exageradas ilusiones en cuanto al llamado proletariado urbano — había reconocido en su discurso del día de la Ascensión—, sigue estando alejado en gran parte, y aunque no tenga nada en contra, como antes, en realidad no está interesado. Está claro que debemos dejarnos ayudar por las leyes del destino de la vida. A la generación de los inflexibles, de aquellos que no han comprendido la guerra, que no





*El objetivo de Mussolini como gobernante fue el mismo objetivo de Augusto: el mito de la romanidad.*

han comprendido el fascismo, hay que apartarlos a un lado y finalmente dejar obrar las leyes de la naturaleza»<sup>109</sup>. Cuando, para conseguir el acuerdo de la clase trabajadora, Mussolini se vio forzado a poner sus esperanzas en la «naturaleza», estuvo dispuesto a movilizar todo el aparato del régimen para encontrar el eco necesario. Es verdad que también aquí consiguió los mismos resultados precarios y artificiales. «No solamente el testimonio de quienes vivieron aquellos años niega la existencia de una verdade-

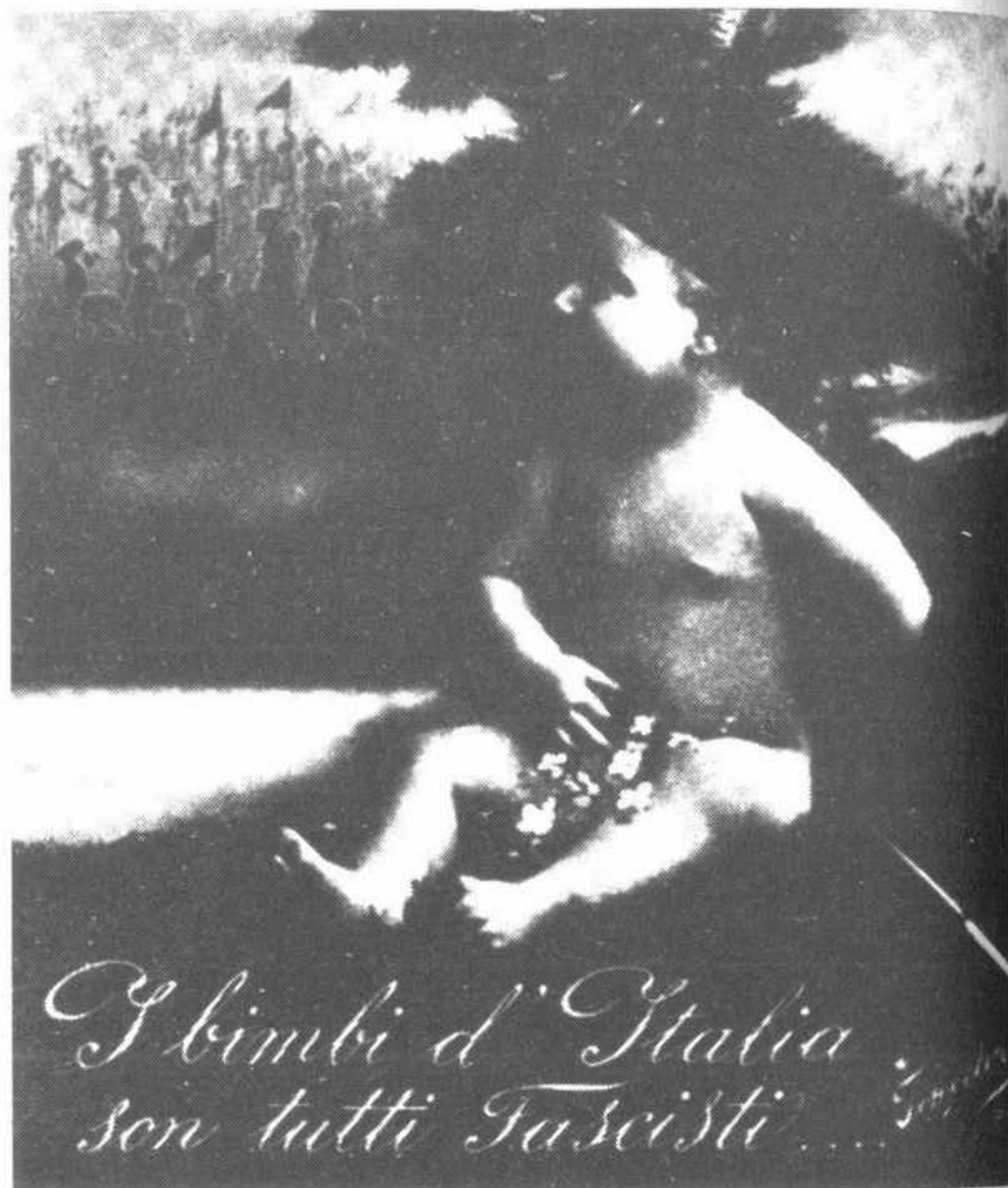
ra reacción de la mayoría, y no hablo de una reacción entusiasta, sino sólo de una reacción activa —dice el historiador Guido Quazza—; antes bien, son el modo y la manera en que se programaron los instrumentos con que debía conseguirse la reacción y el empleo diario de dichos instrumentos —mírese como se mire— los que subrayarían el más alto grado de coacción, que, de todos modos, no desató ninguna oposición amplia, sino una aceptación pasiva y, a veces, resignada»<sup>110</sup>. Eran muchos aquellos instrumentos que fueron introducidos pródigamente: la policía secreta O.V.R.A., el Ministerio de Cultura Popular, los milicianos, los profesores de universidad, el partido y los periodistas... «Lo que es dañoso, se evita, y lo que sirve al sistema, se hace —había declarado Mussolini a los editores de diarios italianos—. La prensa sirve al sistema cuando presenta su obra diaria, y por medio de esta obra crea y mantiene una atmósfera de aprobación.» El discurso terminó con esta atrevida conclusión: «El periodismo italiano es libre, porque solamente sirve a una cosa y a un régimen»<sup>111</sup>. En cuanto a las escuelas, éstas debían representar «lo contrario de lo que se considera como defectos del carácter italiano: superficialidad, ligereza y creencia en que todo acaba bien». A los profesores les dijo: «Vosotros no solamente os alimentáis del pan de las ciencias grandes y pequeñas, sino que sois también apóstoles, sois también sacerdotes, hombres con una responsabilidad terrible e inmensa: el trabajo de la mente, de la conciencia, del espíritu»<sup>112</sup>. Pero todos estos instrumentos fueron introducidos aisladamente; mientras el régimen realizaba drásticos cambios en su dirección política centralizada y personalizada, llevaba a cabo campañas políticas de corta duración y seguía una política discontinua. Como ejemplo podrían servir la «batalla de los cereales», la «roturación total», «las obras públicas para el saneamiento de Roma» y la «batalla político-demográfica».

El horizonte político de Mussolini se vio reducido por su escasa autonomía ideológica y por su tendencia al eclecticismo. «La potencia del fascismo reside en que él mismo toma la parte vital de todos los programas y posee la fuerza para su realización.» De este modo saqueó los diversos sectores de la sociedad italiana y sacó elementos programáticos e ideológicos de ellos y de las fuerzas políticas que habían sido sus representantes antes del fascismo. Esta actuación no era especialmente original y debía unir en el terreno político algo que en el social debía permanecer separado. «Cada uno en su sitio», decía el principio que se acataba, para garantizar un inmovilismo total y permitir a la gran burguesía la continuación de su prepotencia en un sistema que



políticamente estaba cerrado, consolidado y fuertemente estructurado en lo jerárquico. «Jerarquía» era un elemento que iba repitiéndose frecuentemente en la concepción ideológico-fascista, sobre todo como antítesis al principio comunista de igualdad: el experimento comunista «ha fracasado en toda la línea, puesto que, según su esencia, el comunismo igualitario contradice la vida

*Postal difundida por el régimen: los niños de Italia son todos fascistas.*



y la historia, además de la naturaleza, que es profundamente desigual»<sup>113</sup>, dijo Mussolini el 20 de mayo de 1925. A esta negación axiomática del valor de la clase trabajadora siguieron las negativas a la cultura y al progreso, es decir, a los valores que en su raíz social-burguesa podían ser combatidos como posibles elementos de descomposición democrática, ya que se oponían estratégicamente a la aspiración de la burguesía hacia la nueva unión de clases, a favor de la cual también estaba el fascismo.

Mussolini rechazaba totalmente la cultura: «Cuando los intelectuales tienen que utilizar lo devorado en sus años de universidad —y yo por lo demás les recomendaría tomarlo deprisa y

*Cartel del régimen: la mujer italiana, con sus renunciaciones y sus sacrificios, marcha al lado de los combatientes.*



deshacerse de ello no menos deprisa— y cuando no hacen otra cosa que vejar y cubrir de críticas lo que en un movimiento tan complejo como el fascista es criticable, entonces, lo digo públicamente, prefiero un escuadrista actuante a un hombre de universidad impotente»<sup>114</sup>. Tal planteamiento implicaba, naturalmente, un concepto funcional del papel de los intelectuales: «Es cometido de los escritores debatir aquello que se puede llamar imperialismo espiritual, en teatros, libros, tratados y conferencias y hacérselo conocer a Italia... como la guerra lo ha hecho y como ahora lo hace la revolución fascista»<sup>115</sup>. El triste espectáculo que ofrecieron los profesores de universidad cuando, en bloque —solamente con doce excepciones—, prestaron juramento de lealtad al fascismo, la subordinación rutinaria del mismo tono gris y la adulación a la



que se acomodaron la mayoría de los intelectuales italianos, la feroz efectividad de la censura, la rígida disciplina de la organización cultural del régimen fueron algunos aspectos característicos del hundimiento total de la Italia fascista. Mussolini parecía darse cuenta de este proceso involucionista, pero su exculpación sonaba a forzada y metafísica... «Estamos en un período de transición, un período en el que somos absorbidos por urgentes problemas empírico-materiales. La lucha por la vida está hecha de tal modo que, en cierto sentido, se puede entender el pesimismo de algunos que anuncian el ocaso del espíritu humano»<sup>116</sup>.

Sólo había unos pocos valores que Mussolini respetara como positivos. Los mismos se referían a elementos ideológicos procedentes de las capas más reaccionarias de la sociedad italiana: *moralismo* («187.000 tabernas en Italia! Hemos cerrado 25.000... Podemos permitirnos el lujo de cerrar estos lugares de suministro de alegría barata y fugaz»<sup>117</sup>; *espíritu campesino* («el urbanismo industrial conduce a la esterilidad de la población»<sup>118</sup>); *virilidad* (también como postulado de su estilo de gobierno: «Muchos se asombran de mi estilo. En realidad existe en Italia gente tan pobre de espíritu que con la brisa más inofensiva pierden los atributos de la virilidad, que después vuelven a encontrarla aplastada bajo los zapatos de otros»<sup>119</sup>. También el dar lustre a la «romanidad» se aplicó a un sustrato cultural arcaico y superficial y sirvió principalmente a fines propagandistas. «Romano» era el estilo del gobierno, «romana», una grotesca improvisación urbanística del Duce... «Mis ideas son claras, mis órdenes, precisas, y estoy seguro de que tendrán una eficacia total. En cinco años Roma aparecerá maravillosa a los visitantes de todo el mundo: amplia, ordenada, poderosa, como en la época del primer imperio de Augusto. Vosotros seguiréis trabajando para librar a la estirpe del gran roble de aquello que le sofoca. Vosotros crearéis espacio alrededor del teatro de Marcelo, del Capitolio, del Panteón; todo lo que en los siglos de decadencia se ha acumulado allí, debe desaparecer»<sup>120</sup>. Pero la «romanidad» seguía siendo un valor que no tenía gran eco entre las masas. Incluso el nacionalismo nunca encontró un amplia expansión, sobre todo en la versión de hostilidad a los extranjeros por la que se había esforzado Mussolini: «Nosotros somos hospitalarios y queremos seguir siendo hospitalarios aun cuando se haga un mal uso de esta hospitalidad», había polemizado una vez más contra Alemania, en 1925. «Aun cuando nuestras venerables ciudades desarrollen un folclore primitivo, a veces de efecto indigno, aun cuando veamos a hombres y mujeres vestidos rústicamente como criados desfilando y pasearse



Portada de La Stampa de Turín de 24 de octubre de 1932: los periódicos apoyaban a Mussolini con entusiasmo.

sobre los pavimentos de mármol de nuestros maravillosos palacios»<sup>121</sup>.

Dado que la ideología de Mussolini no tenía incentivos originales y dinámicos, tuvo que apoyarse solamente en el pragmatismo — «la doctrina no debe ser un ejercicio de lenguaje, sino un acto vital»<sup>122</sup>—, el cual servía directamente a los proyectos políticos del régimen, pero no podía dar carácter revolucionario a su dictadura. Incluso los «nuevos elementos», especialmente típicos — corporativismo, estatismo —, permanecían de hecho en una relación de subordinación a las decisiones estratégicas que se adoptaban al margen del fascismo.

Sobre todo, el corporativismo estuvo sometido a interpretaciones siempre oscilantes de derechas (colaboración de clases) y de izquierdas (superación de la antítesis tradicional de capitalismo y socialismo). La interpretación derechista procedía claramente de la ideología social de los círculos católicos y de algunas corrientes



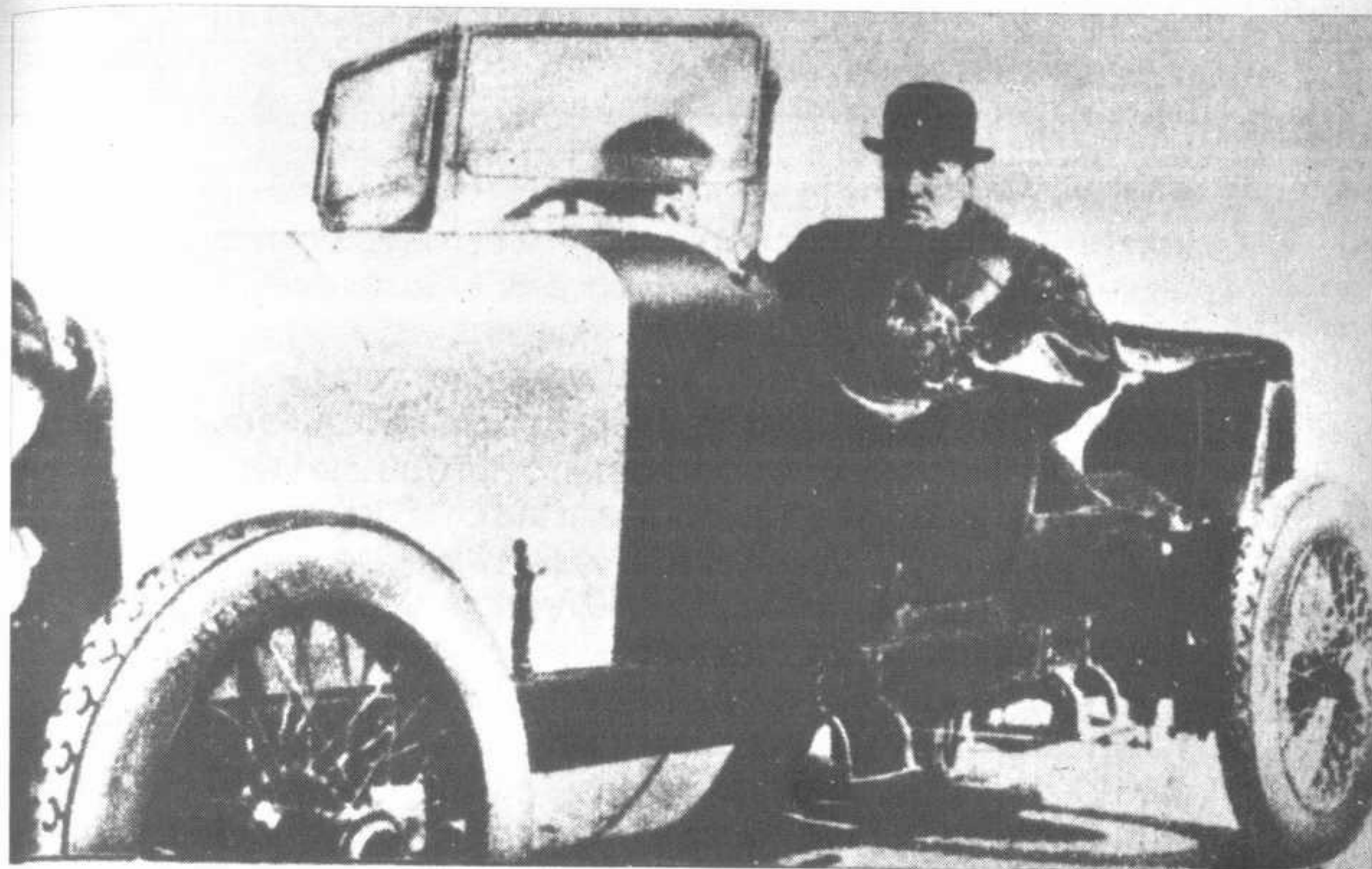
tes de la II Internacional. Mussolini aprovechaba ambas fuentes en sus discursos. Se hablaba ya del carácter punitivo de algunas medidas que, en la época del primer colaboracionismo, se dirigían contra la autonomía de los sindicatos fascistas.

Después de que éstos, mediante el «Pacto del Palazzo Vidoni», fueran expulsados de las fábricas, sufrieron todavía un debilitamiento mayor cuando la «Confederazione Nazionale dei Sindacati Fascisti», en noviembre de 1928, se dispersó en seis distintas organizaciones, las cuales perdieron también las ventajas propias de una dirección unitaria y centralizada. La aparente contradicción con las interpretaciones izquierdistas que siguieron en 1932-33, subrayó la línea coherente de una continua sumisión a los proyectos del gran capital.

La lógica antisindicalista de las decisiones económico-políticas del período de 1927-28 estaba al servicio de una política que tenía como objeto la total estabilización conservadora a nivel nacional. A ello pertenecía el proyecto de una paralización económica, así como de un modelo económico nacional que permanecía virtualmente limitado a sus recursos internos. Era el eco de la crisis italiana de 1926-27. En este marco de una política económica regresiva se inscriben la «defensa de la lira» (a final de 1926 pudo fijarse en una paridad de 90 liras por libra esterlina, mientras que, anteriormente, había llegado a 153), la «guerra de los cereales», el proyecto de la «roturación total» (que favorecía las demandas proteccionistas de los especuladores del suelo y de los grandes propietarios) y las ambiciosas tendencias agrarias del régimen (su «ruralidad»; las medidas de freno contra una expansión demasiado violenta del proletariado urbano).

Gracias a estas medidas lograron elevarse algunas de las clases atrasadas del mundo empresarial italiano. Pero tampoco se trató aquí de un proyecto estratégico definitivo, sino más bien de una táctica de fases. El fascismo no era un régimen que paralizara el desarrollo industrial, antes bien, las decisiones enumeradas contenían elementos completamente ambivalentes. La «guerra de los cereales» y la roturación total permitieron, por ejemplo, la expansión del capital financiero sobre el campo y favorecieron la absorción de las rentas de la tierra en el proceso de acumulación. En todo caso, el capitalismo italiano, desde 1924, pudo participar sin grandes riesgos en los movimientos financieros generales y en el mercado internacional<sup>123</sup>.

La interpretación dirigista de la izquierda empezó a traslucirse en las formulaciones de Mussolini cuando también en Italia se hicieron sentir las graves consecuencias de la crisis económica de



*Fascismo e industria: el paseo diario de Mussolini, según postal publicada por la Casa Pirelli en 1924.*

1929. «...Son los años de la gran crisis americana que sacudió a todo el mundo capitalista —dice hoy el escritor político Vittorio Foa—. La confianza moral en el sistema capitalista se ha quebrantado gravemente. Son los años de los primeros planes quinquenales rusos, que despiertan ilusiones y esperanzas en todas las partes del mundo. En Italia se manifiesta la presión del paro, la urgencia de un cambio incluso en el seno del partido fascista en el poder»<sup>124</sup>. El filósofo Ugo Spirito teorizó entonces sobre «corporaciones propietarias» y luchó para que las organizaciones corporativas se hicieran cargo de la «propiedad y dirección de todo el aparato productivo».

Eran las hipótesis típicas del campo izquierdista que, ya a finales de 1933, podían considerarse completamente descartadas con la destitución de Giuseppe Bottai del Ministerio de las Corporaciones. Se prefirieron soluciones de organización tradicionales. Se crearon entonces tres corporaciones correspondientes a los grandes ciclos productivos —agricultura, industria y servicios—, siempre según el modelo de una «estructura burocrática y esencialmente represiva que se orientaba hacia el principio del centralismo jerárquico y autoritario»<sup>125</sup>. También sus funciones fueron recortadas drásticamente: constituían órganos de



representación con tareas normativas (pero únicamente para las condiciones laborales y las relaciones económicas entre las categorías), órganos arbitrales (en asuntos laborales) y órganos consultivos (frente a la administración pública).

Naturalmente, Mussolini representó un papel decisivo en la liquidación de las ambiciones dirigistas del corporativismo de izquierdas. En este punto había hecho importantes concesiones verbales, sobre todo por causa de la crisis que él señalaba como «crisis del sistema». «La crisis ha penetrado tan profundamente en el sistema, que se ha convertido en una crisis del sistema — afirmaba ante la asamblea general del Consejo Nacional de las Corporaciones, el 14 de noviembre de 1933—. Esto ya no es un trauma, es una enfermedad constitucional. Hoy podemos asegurar que el modo de producción capitalista está superado y con él la teoría del liberalismo económico que él ilustró y ensalzó.» Sus reflexiones desembocaron en las conclusiones siguientes: «El corporativismo es la economía disciplinada y también controlada, porque no se puede pensar en una disciplina sin control. El corporativismo supera el socialismo y supera al liberalismo, él mismo crea una nueva síntesis. Un hecho es sintomático: un hecho sobre el que quizá todavía no se ha meditado suficientemente y que en realidad hace coincidir la caída del capitalismo con la caída del socialismo»<sup>126</sup>.

La base real de sus afirmaciones residía, por lo demás, en la necesidad de dar como fascista un programa de crisis que era común a todos los países desarrollados del mundo capitalista occidental. La intervención autoritaria del Estado en la economía era usual para corregir y compensar los efectos de los ciclos y para debilitar la teoría catastrofista de la crisis económica mediante todos los instrumentos institucionales posibles. También el capital financiero italiano aprovechó la crisis como oportunidad para hacer prevalecer sus propias decisiones en la economía pública, con ayuda del aparato del Estado.

Tales motivos fueron también decisivos para la creación de otro «nuevo» elemento de la ideología fascista, el estatismo. En su ensayo sobre la *Dottrina del Fascismo*, para la «Enciclopedia Treccani», escribía Mussolini: «Desde 1929 hasta hoy, el desarrollo político mundial ha reforzado aún más estos puntos de vista doctrinarios. Lo que aparece como predominante es el Estado. El qué puede deshacer las dramáticas contradicciones del capitalismo es el Estado. Esto que se llama crisis sólo puede ser solucionado por el Estado y únicamente dentro del Estado»<sup>127</sup>. También aquí era visible lo contradictorio de sus planteamientos doctrina-

les: el liberalismo económico inicial correspondía al interés del gran capital por evitar las trabas económicas del sistema de la «economía de guerra». El intervencionismo del Estado de los años treinta puso en cuestión las iniciativas del capitalismo «progresista», cuyos instrumentos se habían utilizado para la consecución de un cambio de tendencia, en orden a hacer frente con éxito a la baja de las tasas de beneficio.

El Estado fascista se amplió con nuevos miembros institucionales: en 1931 se creó el Istituto Mobiliare Italiano (IMI), organización que debía ayudar a los bancos y a las empresas industriales a salir de sus dificultades. El 23 de enero de 1933 surgió el Istituto per la Ricostruzione Industriale (IRI), corporación para la financiación de la industria y para la liquidación de las obligaciones industriales. De este modo se creó un modelo de capitalismo de Estado —con funciones de apoyo a la iniciativa privada— y la comunidad tenía en ello que cargar con las maniobras de salvación y la parte del león de los nuevos costes de inversión.

Con una clara analogía a los intentos de solución que también acometieron los países no fascistas se introdujo una racionalización parcial del sistema, cuya singularidad consistía en un proceso acelerado de concentración de capital. Mussolini habló de una «selección natural... No todos pueden salvarse. Algunos merecerían incluso hundirse. La mayoría de ellos pertenecen a la categoría de los charlatanes mercachifles que durante la guerra y después de ella se ha hecho gigantesca, hombres que más bien son atrevidos antes que de naturaleza emprendedora; acróbatas de la industria y las finanzas, cuyos proyectos van hacia lo más extremo y que no tienen ningún escrúpulo. Su paleta alcanza desde el cemento al chocolate, desde lo más pesado como el plomo hasta lo más ligero como la seda artificial»<sup>128</sup>.

Otra medida de racionalización se basaba en la distribución de las fuentes de ayuda en favor de los grandes complejos empresariales. Se ejecutaron importantes cambios cualitativos dentro de las estructuras de producción, cargándose el peso principalmente en las industrias metálicas, en la construcción de maquinaria y en los productos químicos. Además, siguió un desplazamiento general del peso de los bienes de consumo a riqueza efectiva. El saneamiento bancario del año 1936 suprimió el antiguo sistema de la «Banca Mista» e introdujo una organización de crédito permanente, que fue garantizada gracias al papel del Estado como industrial y banquero.

Las perspectivas de la política económica fascista a largo plazo siguen siendo controvertidas por los historiadores. Reciente-



mente han aparecido análisis rigurosos que rebaten la opinión de quienes equiparan el fascismo a la paralización económica o bien lo miran como el instrumento de la transformación agraria de la población italiana, considerándolo como portador del liberalismo clásico o realzando los aspectos arcaicos e irracionales de la dirección empresarial fascista. De este modo se concede al fascismo «una racionalización parcial, aunque dinámica, del capitalismo italiano durante las estrecheces de una difícil crisis internacional»<sup>129</sup>, y, entre otras cosas, se subraya una creciente inversión en las industrias básicas como premisa para el milagro económico de la época posterior a la Segunda Guerra Mundial. Es unánime el juicio sobre la capacidad del fascismo al haber atenuado las consecuencias de la crisis para los monopolios italianos, con lo que, por otra parte, los costes se cargaron a los trabajadores. Este hecho lo reconoció el mismo Mussolini en relación a la reducción de los salarios con motivo de la política de estabilización de 1927-28: «Los trabajadores y campesinos italianos han aceptado una reducción de sus salarios que puede cifrarse, en honor suyo, en varios miles de millones: han contribuido también, por su parte y de la mejor manera, a las necesidades de la lucha por salvar la lira»<sup>130</sup>. En 1930 aún estaba dispuesto a reconocerlo: «Para reducir los costes, sacrifiqué otras categorías: trabajadores industriales, trabajadores del transporte por tierra, mar y aire, y empleados de bancos. ¡Y todos colaboraron!»<sup>131</sup>.

El último obstáculo para una dimensión revolucionaria de la figura de Mussolini residía en la vulgar trivialidad de su vida privada. El mismo confesó la escasez de sus inquietudes culturales: «En mis contadas horas de ocio leo libros antiguos y nuevos, especialmente de carácter histórico o político, sin excluir las novelas que han originado controversia... No tengo mucho tiempo para ir a la ópera, y prefiero la música lírica y alegre, el lirismo belicoso de Verdi y Wagner y la alegría de Rossini. No debéis sorprenderos si digo que en general no manifiesto ninguna antipatía hacia el jazz; lo encuentro muy divertido como músicaailable. Leo más en verano que en invierno; creo que leo unos setenta libros al año. Leo francés, alemán y también inglés. Trabajo de doce a catorce horas cada día. Mi manera de trabajar es absolutamente ordenada y metódica»<sup>132</sup>. Mussolini no se avergonzaba de exteriorizar su satisfacción pequeñoburguesa de ser un hombre que «había llegado»: «En mis cuadras tengo los caballos más hermosos que jamás he visto. Tengo el chófer más intrépido que he conocido. En el peligro, no cedo a nadie el primer lugar. Recibo numerosas solicitudes de los rusos, de la vieja Rusia zarista, que



Benito, Donna Rachele, Edda, Vittorio, Bruno, Romano y Anna Maria, en la foto oficial de la familia Mussolini, que fue distribuida por el departamento correspondiente del Ministerio de la Cultura Popular.



me saludan como salvador de la monarquía en Europa, e imploran mi ayuda para llevar al trono de nuevo a la familia rusa de los zares. Recibo poesías de todos los lugares del mundo. Los árabes me cantan en metros orientales, los hindúes me envían sus sonetos, los romanos y anglosajones, sus versos sin rima... También llegan regalos en masa, animales raros de los últimos confines del mundo, papagayos de Sudamérica, caballos de Arabia, libros y manuscritos de todas partes»<sup>133</sup>.

En noviembre de 1929 Mussolini abandonó su casa de la Via Rasella, en la que, desde su llegada a Roma, solamente había vivido en compañía de una antigua y fiel ama de llaves, y se trasladó con toda su familia a Villa Torlonia, un viejo y feo edificio que, sin embargo, estaba rodeado de un inmenso parque, y que él consideraba adecuado a su nuevo rango. Su vida familiar se orientaba según los modelos habituales de la burguesía italiana. Estaba siempre predispuesto al afecto fraternal y consideró a su hermano Arnaldo, que le había sucedido como director del diario *Popolo d'Italia*, como el único colaborador verdaderamente de confianza. Con cuidado paternal, él mismo se hizo cargo de todo lo relativo a los estudios y educación de sus hijos.

La brillante boda de su hija mayor, Edda, con Galeazzo Ciano, en 1930, fue convenida según la típica tradición familiar. La familia Mussolini estaba especialmente satisfecha de emparentar con una familia tan rica y «heroica» como la de Costanzo Ciano, el cual, en la Primera Guerra Mundial, había recibido la medalla de oro (condecoración muy rara). El yerno era joven y brillante y pronto se convirtió en el delfín de la «corte» de Mussolini, elemento destacado entre los partidarios de las primeras horas, familiares y personalidades singulares del círculo privado del Duce. Un papel importante en este círculo correspondía a las mujeres, sus numerosas amantes.

Su preferencia juvenil por las mujeres-objeto continuó invariable en el transcurso del tiempo. El mito de la virilidad le forzó a un claro comportamiento racista frente el otro sexo: «No queremos eludir el tema y discutir si la mujer es superior o inferior. Constatamos que es diferente. Yo soy bastante pesimista... creo, por ejemplo, que la mujer no tiene mayor capacidad para la síntesis y por ello no está dotada para una creación espiritual superior», había manifestado el 15 de mayo de 1925, en un debate sobre la concesión del derecho de voto a las mujeres, y se había expresado con esta base: «En el círculo familiar, en general no pasará nada. Por una razón muy sencilla. No debéis suponer que mañana la vida de la mujer estará condicionada por este



La familia Mussolini en la Villa Torlonia, donde se celebró la boda de Edda con el Conde Ciano.

episodio. La primacía en la vida de la mujer la tiene siempre el amor a los hijos y a su marido. Si no le ama, ya ha votado contra él»<sup>134</sup>.

De este modo consiguió sin esfuerzo convivir con los modelos más diferentes de mujeres. Su mujer, Rachele, era la esposa y madre, respetada y amada solamente como ser sublimado, que estuvo dispuesta, después de quince años de convivencia, a someterse a una sórdida farsa de boda religiosa, el 29 de diciembre de 1925, para que su inclinación a la respetabilidad se viera satisfecha. Incluso en edad avanzada, aceptó embarazos no exentos de peligro, para dar buen ejemplo en las batallas de política demográfica dictadas por «razones de Estado». Margherita G. Sarfatti, su colaboradora de muchos años en el socialista *Avanti*, había seguido a Mussolini y dirigía la hoja oficial fascista *Gerarchia*; posteriormente se convirtió en su biógrafa y sobre todo representó en su vida el papel de intelectual que satisfacía sus inquietudes cultura-



les. Las esposas de los caciques del partido, las damas de la gran sociedad de Roma, las periodistas extranjeras, fueron sus amantes de un día a las cuales Mussolini —otro ejemplo más de su interpretación personal del poder— rápidamente y sin sensible-rías tomaba sobre el banco de piedra delante de la gran ventana de su despacho en el Palazzo Venezia; eran conquistas que satisfacían su ansia de autoafirmación viril. Claretta Petacci, finalmente, fue la «amante».

Con ella, por primera vez, descubrió algo así como la auténtica entrega y la satisfacción sexual. Mussolini rompió sus comportamientos estereotipados como Duce para alcanzar unas dimensiones humanas, y quizá la sensualidad de Claretta consiguió vencer a la ideología. Su armonía de sentimientos fue muy fuerte y de este modo pudo Mussolini, con este amor, establecer un contacto humano *alla pari*, que fue profundo y duradero. Se habían conocido en 1932, cuando Claretta tenía precisamente veinte años. Su relación amorosa empezó en 1936 y no terminó hasta la muerte de ambos. Sobre ello escribe el publicista Paolo Monelli: «Quizá fue la oda de una vida transcurrida en soledad sin amigos ni diversiones; quizá fue la juventud de ella, su carácter, tan vivo entonces, su risa fácil, su buena preparación y la disposición a entregarse, desenvuelta, con una adhesión humilde y agradecida. Cada vez se iba atando más a la joven con impaciencia y cariño, con pasión celosa y violenta, que eran nuevos para él»<sup>135</sup>.

Pero la sinceridad de los sentimientos no podía elevarse sobre la típica banalidad de una relación a tres bandas que está tan extendida en la praxis y la ideología del hombre italiano (*maschio italiano*). También aquí había pocos elementos originales: una nota improvisada y nada convencional fue añadida a esta *love story* —en lugar del *happy end* tradicional— por los luchadores de la libertad italianos, cuando fusilaron a los amantes en una gris mañana de primavera del año 1945, en los hermosos alrededores del lago de Como.

Quizás Mussolini en su política exterior consiguió hacer prevalecer sus propias decisiones autónomas y dar una interpretación personal a su papel. Al principio, no se alejó mucho de los modelos ortodoxos de la diplomacia liberal, cuando admitió que primeramente Salvatore Contarini y más tarde Dino Grandi trabajaran con convencimiento en el espíritu de Locarno y siguieran una política de asimilación prudente hacia las democracias occidentales. En aquel momento el fascismo se hallaba en la fase agraria de su política económica. Las hipótesis sobre la coloniza-



Claretta Petacci, amante de Mussolini, en 1938.

ción campesina como válvula para el empujón demográfico nacional condujeron a la impaciencia revisionista de Mussolini de 1926, sobre todo en el objetivo de un orden nuevo internacional de la cuestión colonial. En esta época se inició la reconquista de Libia; se ocuparon las zonas interiores del país, acción que no acabó hasta 1932.



Mussolini tendía a enfatizar la singularidad nacional del fenómeno fascista: «No es posible que en el extranjero el fascismo pueda ser entendido, ya que allí las circunstancias históricas, geográficas, económicas y morales son completamente distintas»<sup>136</sup>. El mismo se opuso a la seducción expansionista del momento, ideológicamente propicia gracias a la coyuntura internacional. Sobre todo, se iban imponiendo en Europa diferentes formas de autoritarismo político: Horthy, Primo de Rivera, Pilsudski, Voldemaras, Salazar, cuyos regímenes estaban ligados al fascismo por una común matriz anticomunista.

En lugar de ello, Mussolini escogió una política de «equidistancia»; así pues, a las exteriorizaciones de agradecimiento a los Estados Unidos siguieron fanfarronadas sobre el reconocimiento de la Rusia soviética. Los raros casos polémicos de su línea política moderada fueron reservados a Austria y Alemania, y siempre trataban de la cuestión del Tirol del Sur: «Al pueblo alemán le decimos: al pueblo fascista le gustaría ser un verdadero amigo tuyo; pero un amigo que te mire a los ojos, un amigo que no esté en posición subordinada, un amigo sin petulancia más o menos artificiosa, la cual ha pasado definitivamente de moda»<sup>137</sup>.

El revisionismo, que estaba contenido también abundantemente en algunos de sus discursos de entonces, era sólo un acompañamiento a sus aspiraciones generales al papel de gran potencia que Italia representaba: «¿Hay quienes se atrevan a afirmar que desde Versalles los tratados de paz son una obra perfecta? Obra humana, digo yo, y por tanto imperfecta»<sup>138</sup>. Una vez más fue la «gran crisis» la que le inspiró un cambio decidido de su política exterior y le hizo asumir la responsabilidad directa en este campo. A ello le ayudaron las mismas dotes que le habían permitido realizar las correctas jugadas de ajedrez en los días de su brillante carrera socialista. Mussolini concluía: el sistema internacional no volvería a encontrar su equilibrio ni una estabilidad duradera, de la misma manera que ocurrió con la Italia de Giolitti, y él mismo se movería hacia una crisis definitiva: «Luchamos contra un mundo que se hunde, y que sin embargo aún es poderoso, porque representa una enorme cristalización de intereses — afirmaba en 1930 en su mensaje de octubre—. Los fascistas son conscientes de ello. El antifascismo no ha muerto, la oposición aún existe. Unicamente el campo de lucha se ha hecho mayor. Ayer era Italia, hoy es todo el mundo, pues en todas partes se lucha a favor o en contra del fascismo»<sup>139</sup>.

*Todas las condecoraciones para el Duce. ▶*





La ruptura de los equilibrios internacionales surgidos después de la Primera Guerra Mundial le ofreció una oportunidad adecuada para utilizar su talento personal, su falta de escrúpulos y su capacidad maniobrera. En aquel momento, el capitalismo todavía no había desarrollado aquella estrategia tan eficaz, aquel sistema de integración entre los Estados, que más tarde debía determinar la política internacional de la segunda posguerra. El capitalismo italiano daba más bien orientaciones generales que proyectos concretos para manifestar una toma de posición internacional. Había dos direcciones principales: «La primera, representada por el mundo financiero y por los principales centros industriales lombardos y venecianos, estaba a favor de una reanudación de las relaciones sólidas y estrechas de preguerra con Alemania en una escala aún mayor; la segunda (cuya cumbre la constituía la factoría Fiat, pero que también encontraba un modo de pensar análogo en las nuevas industrias de fibras artificiales) pensaba en apoyar una continuación del diálogo con los círculos económicos americanos»<sup>140</sup>. Ambas tendencias, sin embargo, no estaban suficientemente definidas para poder influir en las decisiones del gobierno. En el ya mencionado discurso de octubre de 1930, Mussolini exteriorizó sus metas revisionistas, pero las unió con tranquilizadoras manifestaciones de paz: «Nuestra misma política de revisión de tratados se centra en evitar la guerra y ahorrar los costes, los enormes costes de una guerra.» Sin embargo, también siguieron algunas declaraciones imperialistas: «En lo que se refiere a la política de Italia con el Danubio y el Este, ésta es de importancia vital. Intentamos utilizar nuestro territorio hasta el último palmo... Pero, finalmente, éste será llenado completamente por la población que crece.» Al mismo tiempo surgieron nuevos y significativos proyectos «universalistas»: «Afirmo que el fascismo, como idea, doctrina y realización, es universal; aunque italiano en sus diversas organizaciones, es universal en espíritu... Se puede prever, pues, una Europa fascista, una Europa cuyas instituciones estén inspiradas por la doctrina y la práctica del fascismo»<sup>141</sup>.

El imperialismo se destacaba perfectamente como elemento básico de la ideología fascista en el ensayo de Mussolini de 1932 sobre la «doctrina del fascismo»: «El Estado fascista es voluntad de poder y soberanía. La tradición romana es aquí una idea de fuerza. En la doctrina del fascismo el imperio no es una expresión de carácter territorial, militar o mercantil, sino espiritual y moral»<sup>142</sup>. Para un país pobre en recursos del suelo como Italia, el comercio exterior podía ser un sostén perfecto para un modelo de

desarrollo económico de tipo funcional. Las estrecheces de la crisis económica y los consiguientes traumatismos a nivel internacional (1931 fue el año del ataque japonés a Manchuria y de grandes dificultades para la Sociedad de Naciones) hicieron, sin embargo, irrealizables dichas soluciones. El cierre de los mercados internacionales y la asfixia del mercado interior (las inversiones básicas masivas no alcanzaron para garantizar una demanda italiana duradera) fueron elementos decisivos en la política preparatoria de la guerra, la cual era considerada como el único medio de garantizar pedidos y ganancias a la industria del país. El relevo en el Ministerio de Asuntos Exteriores, el 20 de julio de 1932, entre Grandi y Mussolini estableció un cambio radical y aceleró el ritmo de una política de guerra que debía encontrar su primera sanción militar, colonial y expansionista en la guerra de Etiopía. También aquí Mussolini se mantuvo en la ya probada «doble vía». Intentó constantemente evitar las situaciones tirantes o las decisiones definitivas, y para ello osciló entre la convergencia con los Estados vencidos y la necesidad de «reavivar los rescoldos en relación con Francia e incluso con Inglaterra»<sup>143</sup>. Con esta ambición de convertirse en el fiel de la balanza del nuevo equilibrio europeo se ligaron sus esfuerzos para la realización del «pacto de los cuatro», que fue firmado el 7 de junio de 1933 junto con Inglaterra, Francia y Alemania. «No se trata de iniciar y registrar una jerarquía de Estados definitiva, invariable —afirmaba ante el senado—. Tal jerarquía existe objetiva e históricamente en cuanto se refiere a los cuatro Estados del occidente de Europa. Pero jerarquía no significa soberanía, ni directorio, para imponer por la fuerza a los otros la propia voluntad»<sup>144</sup>.

En realidad se trataba de la tentativa de elevar de tal modo con ello el papel de Italia que a nivel diplomático se sancionara un planteamiento de igualdad con las otras grandes potencias. El «Pacto de los cuatro» fue aceptado muy fríamente por los otros miembros firmantes como un simple pacto consultivo. A pesar de ello, Mussolini había conseguido dar crédito a su respetabilidad como mediador, la cual se vio aún más fortalecida gracias al tratado de no agresión con la Unión Soviética, de 2 de septiembre de 1933, mediante el cual recibió un espacio de maniobra mayor para sus planes expansionistas. La línea de revisión del tratado consistió en un planteamiento más ambicioso de objetivos, como el nuevo reparto de los recursos de todo el mundo y la nueva configuración de jerarquías entre las diferentes naciones.

Una primera confirmación de su crédito internacional tuvo lugar cuando, en enero de 1934, se agudizó la cuestión austríaca.



Al conocer la noticia del asesinato de Dollfuss y el fracaso del *putsch* nacionalsocialista, Mussolini movilizó cuatro divisiones en la frontera. También envió en seguida un cable al vicescanciller Starhemberg condenando el suceso y apoyando incondicionalmente la independencia de Austria. Su reacción obligó a Hitler a abandonar la iniciativa.

La salida positiva de la crisis convenció a Mussolini de que se había atraído definitivamente la atención de las potencias europeas y que había llegado el momento de, sin grandes riesgos, intentar en África una prueba de poder en el terreno militar que podría elevar más aún el prestigio internacional de la Italia fascista.

La mayor euforia internacionalista dominaba entonces en el país. El aparato de propaganda del régimen amplió sus iniciativas de política exterior y las utilizó como maniobra de diversión de la miserable situación económica del pueblo. En los distintos círculos industriales se reclamó la aventura colonial. El industrial Alberto Pirelli consideraba deseable una «zona económicamente independiente» «para superar los profundos efectos de la crisis»; y con él también, las pequeñas y medianas empresas de tejidos, transportes y artesanía, no menos que los grupos de especuladores del suelo. Su conocimiento de la precaria situación del equilibrio internacional convenció a Mussolini de que podía emprender una aventura imperialista sin exponer demasiado.

El 3 de octubre de 1935 comenzó la agresión contra Etiopía. Constituyó un ejemplo de guerra fascista de conquista y aniquilación, que, por otra parte, había sido preparada y llevada según las reglas de la antigua diplomacia liberal y los modelos de la ortodoxia militar más estricta. Mussolini, que había conseguido superar las vacilaciones de los tradicionalistas en el ejército, había decidido, ya en diciembre de 1934, que a más tardar el siguiente otoño sería el momento del inicio de las operaciones militares. En medio del júbilo general, el 7 de enero de 1935 el general Emilio de Bono se puso en marcha como comandante supremo de las fuerzas de África.

La víspera, Pierre Laval había dado el *placet* francés a la empresa. El principal enemigo de Francia e Inglaterra a la sazón se llamaba Hitler y había que adquirir a cualquier precio el respaldo italiano contra Alemania. En el encuentro tripartito de Etresa, en abril de 1935, se expresó sólo de modo general y formal la oposición de ambos países contra un ataque italiano a Etiopía, lo que no inquietó gran cosa a Mussolini. Las sanciones económicas que al principio de la guerra la Sociedad de Naciones impuso a Italia como país agresor, Mussolini las aceptó como una

oportunidad única de fortalecer el *frente interno* contra esta *confabulación* de cincuenta y dos Estados.

Permaneció, pues, impávido ante la confusión que dominaba en los círculos militares la noche anterior a la guerra: «Pero reitero que es deber mío indeclinable exponer a Vuestra Excelencia que considero la situación en la que nos encontramos como la más difícil, con mucho, que nuestro país haya atravesado nunca en la agitada historia de su formación y fortalecimiento nacionales»<sup>145</sup>, escribía en verano de 1935 Badoglio como jefe de Estado Mayor a la sazón. La presencia masiva de la *Home Fleet* en el Mediterráneo despertó la alarma en los círculos católicos y conservadores de Italia. También aquí se contaba con una inmediata y profunda crisis del régimen. Pero la orden de Mussolini a De Bono era irrevocable: «Te ordeno que ataques a primera hora del día tres, repito, el tres de octubre.» Las tropas abisinias habían retrocedido ya ochenta kilómetros desde la fronteras para dejar claro que era una agresión por parte de Italia. El 6 de octubre el ejército fascista ya había perdido el ímpetu de la ofensiva. Mussolini se impacientó. Deseaba una guerra de prestigio, un avance rápido, la aniquilación del enemigo. La partida que jugaba en el campo diplomático estaba unida al empleo de las armas. Desde Roma se iban multiplicando las órdenes cada vez más frenéticas: «A mediados de noviembre todo el territorio de Tigre hasta Makale debe ser nuestro.» De Bono vacilaba a causa de los insuperables problemas de avituallamiento. Pero Mussolini permaneció incommovible: «Para poner de acuerdo las exigencias políticas y las militares, te ordeno que en la mañana del día 3 de noviembre reanudes la acción contra el objetivo Makale-Takase. El 3 de octubre fue bien. Ahora todavía irá mejor». El 8 de noviembre Makale fue ocupado. Enseguida llegó la orden de Mussolini: «Reanudar inmediatamente la marcha hacia Amba Alagi.» Aquello era demasiado. Incluso para un fascista como De Bono, la orden del Duce le pareció estratégicamente catastrófica. El viejo general se negó por primera a obedecer. Y el 15 de noviembre fue relevado por Badoglio. La llegada del jefe de Estado Mayor, que ya se había señalado en la reconquista de Libia, que había hecho suya la lógica de la guerra fascista y que aún añadía a todo ello el culto de la astucia piemontesa, trajo un cambio rápido en el curso posterior de la guerra.

Fue más bien el carácter de la guerra lo que varió, y no la manera de dirigirla. Ahora la meta era la destrucción absoluta de las fuerzas abisinias y la conquista total de Etiopía, y para conseguirlo se recurrió a los bombardeos y a los gases asfixiantes. En





*La permanente fijeza de la mirada al frente, olvidando al pueblo detrás.*

esta campaña, que De Bono había considerado como la última guerra colonial tradicional del siglo XIX, se empleó el arma más cruel de la guerra moderna. La resistencia abisinia, de hecho, se desplomó completamente. El 5 de mayo de 1936 Badoglio entró en la capital, Addis Abeba. El negus, emperador de Etiopía, había abandonado el país.

Este acontecimiento, última fase de una guerra que se consideraba gigantesca, encendió el júbilo unánime no solamente en los círculos fascistas, sino también en todos los niveles sociales. «Dentro de 1936 no habrá un solo trabajador en paro», escribía a Mussolini un «camisa negra» anónimo. El entusiasmo de las masas populares fue estimulado con sentencias que se filtraban a través de las mallas de la propaganda y del adoctrinamiento del régimen<sup>146</sup>.



## 4. El ocaso (1936-1943)

«Las solemnidades del primer aniversario del Nuevo Imperio Romano se celebran con orgullo y con plena alegría de la población, basados en el triple signo de la fama, el poder y la paz»<sup>147</sup>. Así celebraba Mussolini la conquista del imperio colonial el 9 de mayo de 1937, un año después de la victoria sobre Etiopía. El mismo consideró durante muchos años este acontecimiento como su éxito más importante en política exterior, pero sin llegar a proporcionar plena satisfacción. El imperio existía como territorio solamente a lo largo de las líneas de guarnición italianas, mientras que en el interior una guerrilla endémica causaba estragos, lo que contribuyó a que en 1941 este régimen de ocupación, después de apenas cinco años, se desplomara rápidamente bajo el asalto de unas fuerzas inglesas mucho más débiles. Tampoco los resultados económicos eran tan brillantes como Mussolini había esperado. «A la lucha por la autarquía el imperio contribuirá decisivamente con su algodón, su café, su carne, sus gallinas, su lana y sus minerales preciosos, empezando por el oro»<sup>148</sup>, había anunciado, el 15 de mayo de 1937, ante la tercera asamblea de las corporaciones. En 1938 las importaciones de las colonias no superaron ni siquiera el dos por ciento de las importaciones totales italianas, mientras que los costes de la metrópoli eran diez veces superiores al volumen del intercambio comercial. Al mismo tiempo, tuvo que proveerse a las colonias el diez por ciento de sus necesidades en alimentos. La instalación de familias campesinas italianas —uno de los puntos claves en la política demográfica del régimen— se limitó, a pesar de la enorme propaganda, a sólo unos miles de casos, entre los cuales se contaban las 1.800 familias que en 1937 habían sido transportadas a Libia en un convoy de diecisiete barcos bajo el mando del general Italo Balbo.

La brutalidad de la intervención italiana erosionó considerablemente el prestigio y el crédito que el Duce se había ganado en el campo internacional con su política de la doble vía. Etiopía tuvo que lamentar 275.000 muertos en la guerra de 1935-36, y

La autarquía y la demagogia.  
Cartel del Comité en favor de los productos italianos:  
No quitéis el pan a los hijos de nuestros trabajadores.  
Adquirid productos italianos.



75.000 etíopes más murieron en las escaramuzas de resistencia que siguieron. Víctimas de operaciones de depuración murieron 18.000, los muertos en campos de concentración se elevaron a 35.000, y a 30.000 los desaparecidos a consecuencia de medidas de represalia, mientras los tribunales militares hicieron fusilar a 24.000 hombres más<sup>149</sup>. En este momento el péndulo de la diplomacia de Mussolini empezó a inclinarse claramente en dirección a Alemania. A consecuencia de esto tuvo que renunciar a los últimos reductos de autonomía política que aún le quedaban.

Un aliado inmensamente poderoso entró así en los centros de poder que limitaban estratégicamente la libertad de decisión



de Mussolini en Italia, el cual acabaría influyendo decisivamente sobre las medidas de política exterior. Por otro lado, no se trataba de un proceso lineal; la subordinación definitiva de Mussolini no se completó hasta los años de la Segunda Guerra Mundial. Pero ya desde 1936 podía advertirse que esto acabaría ocurriendo. Los recelos de Mussolini (que le hicieron rechazar las conversaciones que Hitler había propuesto varias veces en 1931 y 1932) desaparecieron del mismo modo que la algo irónica condescendencia con la que había recibido al Führer en su primer encuentro en Venecia, en el verano de 1934. También parecía perdida su intransigencia ante el exclusivismo racista del nacionalsocialismo: «Treinta siglos de historia nos permiten contemplar con soberana compasión algunas doctrinas de allende los Alpes representadas por gentes que forman parte de un clan que no cuenta con anales que contengan el testimonio de su vida en una época en que Roma tenía ya a César, Virgilio y Augusto»<sup>150</sup>, se vanagloriaba Mussolini en septiembre de 1934. Fatal una vez más fue su falta de autonomía política e ideológica. Dejando aparte diferencias específicas ligadas a las realidades nacionales, el fascismo y el nacionalsocialismo perseguían una misma meta estratégica anticomunista.

De este modo vinieron en ayuda de Hitler sus conocimientos ideológicos de la lucha que el nacionalsocialismo había tenido que dirigir contra el mundo del trabajo alemán y que se plasmaron en aquellas estructuras universales para —desde la fábrica, a toda la sociedad, desde el mando sobre la fuerza laboral, hasta el poder del Estado— hacer posible la realización de un régimen de indudables rasgos originales. En la Alemania de Hitler pareció desvanecerse todo rastro de lucha de clases, que en Italia sobrevivía incluso en las estructuras corporativas fascistas, si bien bajo condiciones más difíciles y de una manera bastante desfigurada, para minar al régimen. La superioridad ideológica de Hitler parecía también una consecuencia del hecho de que la derrota histórica de las fuerzas de la izquierda en Alemania había tenido proporciones esencialmente mayores.

Con la misma ideología anticomunista se unió también una línea política compartida: el imperialismo. La meta de ambos regímenes, que consistía en la represión de cualquier enfrentamiento social, les forzó a un «traslado de la conflictividad hacia fuera, al terreno de la lucha entre Estados, de la rivalidad internacional, del choque de pueblos»<sup>151</sup>. Pero el imperialismo significaba también para ambos la adopción del mismo modelo económico de superación de la crisis; y también aquí la estructura econó-

mica social más robusta de Alemania favorecería la inevitable hegemonía de Hitler.

El primer convenio entre Roma y Berlín, que se llevó a cabo en el viaje a Alemania de Ciano, el 23 de octubre de 1936, estuvo relacionado con ambos elementos, el antibolchevismo y el imperialismo. Aún no era la alianza orgánica de la preguerra; Mussolini hizo aún más amplias concesiones a la política oportunista: «Esta vertical Berlín-Roma no es un muro de separación, sino más bien un eje en cuyo círculo pueden colaborar todos los países europeos animados de voluntad de colaboración y de paz.» Pero la fachada ideológica era clara: «No debe asombrar que nosotros levantemos hoy la bandera antibolchevique. En definitiva, ésta es nuestra antigua bandera»<sup>152</sup>, y la perspectiva imperialista mostraba claramente dónde estarían situadas las futuras esferas de influencia: el Mediterráneo para Italia, y el Báltico y el este europeo para Alemania.

Una importante etapa posterior en el camino para el acercamiento entre el nacionalsocialismo y el fascismo fue la intervención de ambos Estados en la guerra civil española, también esta vez en nombre del anticomunismo. En España, por primera vez, se utilizó un esquema práctico que se iría repitiendo una y otra vez sin grandes variaciones hasta el 25 de abril de 1945. La participación alemana en la guerra se entendió como un ensayo general para un conflicto internacional que Alemania preparaba desde noviembre de 1937. En la prueba se emplearon hombres y material y se llevaron a cabo experimentos con refinadas técnicas de aniquilación, que luego, durante las primeras fases de la Segunda Guerra Mundial, fueron utilizadas con éxito. A lo largo de tres años estuvo siendo alimentada una caldera a presión antibolchevique que desde el principio sabotó la formación de cualquier coalición enemiga de Hitler y además aseguraba a Alemania considerables ventajas económicas.

En el bando fascista se adoptó la decisión de intervenir en medio de la más completa confusión política. Al contrario de la Alemania de Hitler, Italia perseguía metas muy poco prácticas: la necesidad de una alternativa estratégica como contrapeso al poder de la flota inglesa en el Mediterráneo no constituía ningún motivo suficiente para justificar una aventura militar de tres años que costó 3.000 vidas humanas, 14.000 millones de liras (el doble del presupuesto militar anual del país), y enormes cantidades de material: 250.000 fusiles, 2.000 piezas de artillería y más de 750 aviones. Un tercio de todo el material de guerra italiano se perdió en España y con ello resultó imposible sustituir las existencias



perdidas en la guerra de Etiopía<sup>153</sup>. Sin duda el éxito africano de Mussolini había fortalecido su grotesca ilusión de ser un *condottiero* genial y de disponer de un ejército eficaz. Así, llegó a apoyar las necesidades de autoafirmación de su «delfín», Galeazzo Ciano, ministro de Asuntos Exteriores desde el 6 de junio de 1936 y auténtico protagonista de ruinosas decisiones. Al menos durante un año los informes de los comandantes en España fueron dirigidos a Ciano, siendo puramente teóricas las atribuciones del ministro de Guerra en funciones, Alberto Pariani (al que Mussolini había colocado en el lugar del arisco Baistrocchi).

El elemento decisivo que «obligaba» a Mussolini a la intervención en España era esencialmente de naturaleza ideológica. El anticomunismo había asumido, de hecho, el papel central en su política exterior, que antes de 1936 había correspondido al «revisionismo»: «Sólo un peligro amenaza a nuestra cultura, nuestra integridad y nuestra civilización, y este peligro es el bolchevismo», había proclamado ante los «pueblos europeos», el 18 de enero de 1937<sup>154</sup>. Después de la victoria sobre Etiopía y de que fuera destruido irreparablemente el equilibrio sancionado en Versalles, apenas podía presentarse como defensor de una guerra contra los «tratados injustos», que, entre tanto, habían perdido toda significación.

Estas premisas políticas e ideológicas decidieron el viaje de Mussolini a Alemania en septiembre de aquel año. Por primera vez desde Locarno Mussolini viajó al extranjero y él mismo resaltó lo insólito de este viaje: «Mi visita no debe ser sopesada con la misma medida que las visitas normales político-diplomáticas, y el hecho de que yo haya venido a Alemania no significa que mañana vaya a cualquier otro sitio»<sup>155</sup>.

El espectáculo de poder y entusiasmo que la propaganda nazi organizó para él arrebató a Mussolini: «La entrada en la capital del Reich es triunfal. Dos millones de berlineses que jalonan un camino de quince kilómetros claman rítmicamente sin interrupción la palabra fascinante: Duce, duce, duce»<sup>156</sup>. Una visita a la fábrica Krupp de Essen y los contactos con el aparato militar de los alemanes le convencieron de la fuerza ilimitada de aquéllos, la cual podría hacer realidad proyectos imposibles hasta entonces. En sus conversaciones intentó fijar los elementos del acuerdo entre ambos países; a tal fin, Mussolini recurrió al anticomunismo —«El nacionalsocialismo y el fascismo tienen sobre todo los mismos enemigos que sirven al mismo señor: la Tercera Internacional»— y la política de autarquía. Se podía notar, sin embargo, que Hitler le había conquistado personalmente sirvién-



Las tropas italianas en camino hacia España para combatir al lado de las fuerzas de Franco.

dose de aquella fuerza de atracción irresistible que el poderío, catalizador de la violencia, siempre había ejercido sobre Mussolini.

A su vuelta a Italia tuvo lugar la ruptura precipitada con las democracias occidentales. El 6 de noviembre de 1937 Italia entró en el Pacto Antikomintern que un año antes había sido firmado entre Japón y Alemania; el 11 de diciembre siguió el anuncio de la salida de Italia de la Sociedad de Naciones en una rápida disposición: «Faltan aún unos pocos minutos para las 22 horas; su excelencia el secretario del partido, Starace, aparece en el balcón y grita: «Camisas negras. ¡Silencio! ¡El Gran Consejo delibera!» La multitud guarda silencio. Pero no hace falta esperar mucho. Tras unos minutos, se abren las ventanas del Palazzo Venezia. Y allí aparecen los miembros del Gran Consejo y el Duce, en el balcón central. Cuando el secretario del partido logra dominar el entusiasmo y emoción de la multitud, da cuenta de la decisión del Gran Consejo: «¡Camisas negras! El Gran Consejo ha aceptado la propuesta del Duce de salir de la Sociedad de

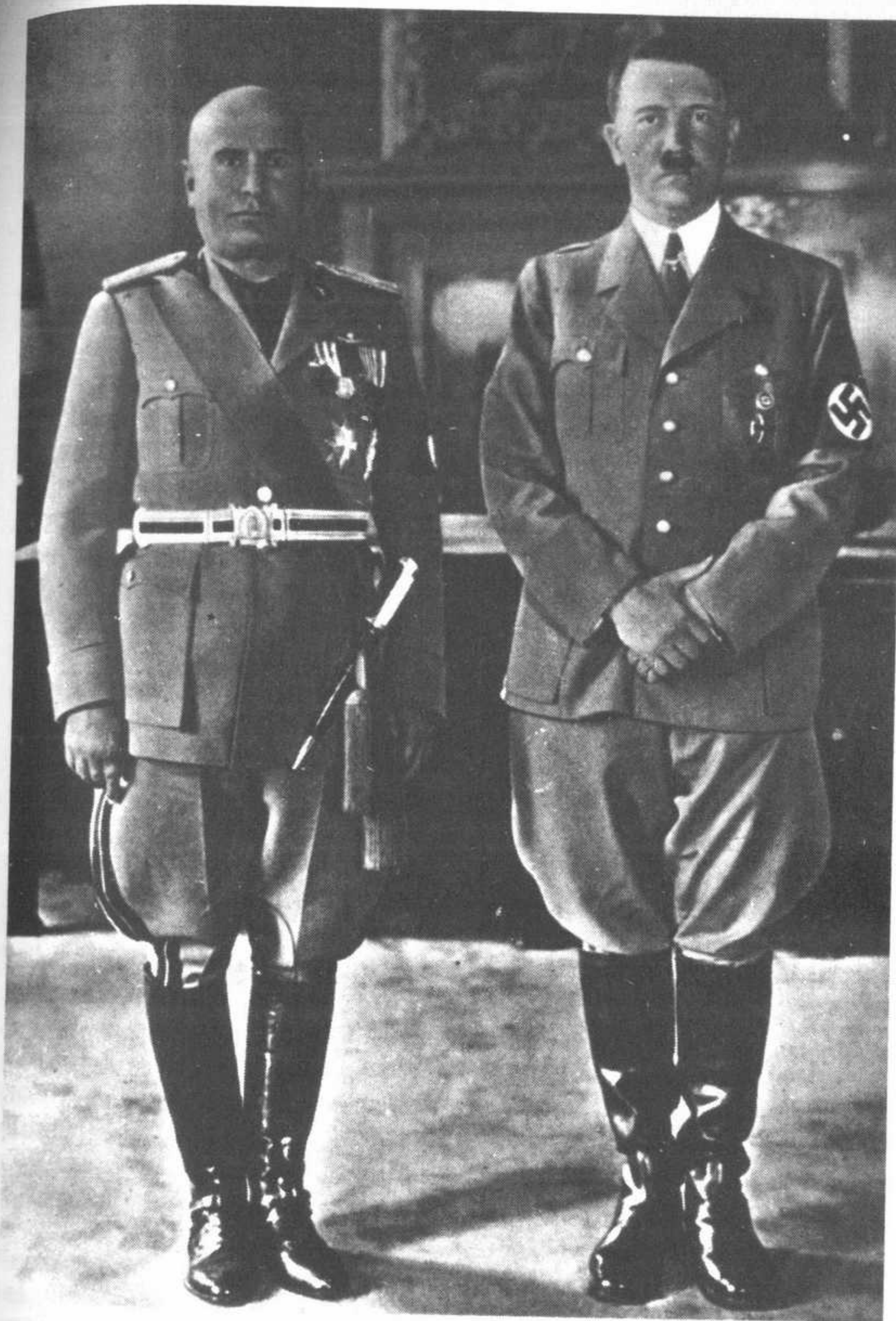


Naciones." Al momento rompe en la plaza un aplauso atronador»<sup>157</sup>.

Una de las consecuencias más importantes de la influencia ideológica del nacionalsocialismo fue la introducción de la temática racista en la política del fascismo. En tales casos ya no se trataba de un racismo larvado, como en la discriminación racial en Etiopía, que más o menos recordaba el *Apartheid*. En su forma de entonces no se trataba de prácticas teóricas elevadas a principio político. Hasta después de su viaje a Alemania el Duce experimentó con algunos grandes esquemas de racismo fascista: «Debe entrarnos en la cabeza que nosotros no somos mongoles, ni camitas ni semitas. Y si nosotros, por tanto, no procedemos de una de estas razas, somos abiertamente arios y procedemos de los Alpes, del Norte. En consecuencia, somos arios de pura raza del tipo mediterráneo»<sup>158</sup>.

Ante todo, el antisemitismo se elevó como *leitmotiv* por parte de la publicidad del régimen y el público fue bombardeado con campañas de propaganda como nunca antes se habían conocido. Se distinguían, por lo demás, las mixtificaciones de procedencia alemana. En Italia faltaban las condiciones estructurales que habían hecho posible que el antisemitismo se afirmara como elemento esencial del mensaje ideológico de Hitler. También el fascismo mismo se adaptaba sólo parcialmente, ya que utilizaba el tema para prioridades políticas que estaban fuera de las cuestiones racistas propiamente dichas. Quizá sólo siguió de modo completo las teorías de Hitler el ala más extrema y más amiga de los alemanes del viejo escuadrismo (Farinacci, Preziosi). El mismo Mussolini y los otros altos mandos se sirvieron del antisemitismo como instrumento de movilización ideológica en la campaña para la «tercera ola», cuyo objetivo real era la preparación de la nación para la guerra.

La derrota militar de Guadalajara en marzo de 1937, que sobre todo fue obra de antifascistas italianos, había ocasionado gran consternación en Italia. También Mussolini, a pesar de sus intentos de justificación —«más que de un fracaso tendría que hablarse de una victoria italiana al no permitir la explotación de los acontecimientos»<sup>159</sup>—, estuvo muy afectado por el descubrimiento simultáneo de una clara falta de preparación militar. En el pueblo, además, la guerra de Etiopía había dejado un peligroso sentimiento de hartura. La cruzada antibolchevique —desde hacía años sin puntos de orientación, pues el partido comunista trataba en la clandestinidad— era claramente insuficiente para mantener una tensión ideológica que propagaba el régimen des-



Los dos líderes más importantes del fascismo de la época: Mussolini y Hitler.



de hacía años. El formalismo grotesco del secretario del partido, Starace, la prohibición del uso del «usted», la prohibición de nombres y palabras extranjeros, la obligación de saludar con «Viva el Duce» produjeron en el pueblo sobre todo un gusto por la burla irónica y despiadada. En esta situación el antisemitismo sirvió como importante recurso ideológico, al cual acudió el Duce, junto con una campaña antiburguesa, nuevamente avivada para poner remedio a la crisis moral que se extendía tras la derrota de Guadalajara y los acontecimientos relacionados con el *Anschluss*. La intervención alemana en Austria (12-14 de marzo de 1938) tuvo un efecto demoledor sobre el prestigio del fascismo italiano. Mussolini, obligado por la necesidad, tuvo que aceptar la superioridad de la lógica de los hechos consumados que inspiraban las decisiones políticas de su aliado: «A las restantes justificaciones de un maquiavelismo inferior, que nosotros rechazamos, puede oponerse que es mejor, cuando un acontecimiento es inevitable, que se haga con vosotros en vez de para vosotros o peor aún: contra vosotros...»<sup>160</sup>. Un realismo más agudo dio forma al confuso discurso defensivo del 16 de marzo. Con el *Anschluss* se le escapó de las manos la iniciativa político-militar de la reacción europea. No le quedaba otra cosa que hacer que intentar una revancha puramente ideológica para prevenir la perplejidad y el derrotismo que se iban extendiendo en el seno de su régimen.

El 25 de octubre de 1938 introdujo con un discurso privado la «tercera ola» ante el Consejo Nacional del PNF. Se dirigía contra una burguesía que él —con algunas concesiones al idealismo de su pasado socialista, entonces tan lejano— identificó como categoría político-moral: «El burgués es enemigo del deporte. Es un enemigo mortal del deporte y de todo aquello que pueda estorbar su perpetua paz de espíritu. Naturalmente, está a favor de la paz, es caritativo, piadoso, sentimental, siempre humano, estéril; estéril porque el burgués es calculador... Un juicio demasiado calculador es enemigo de aquello que constituye la forma originaria invencible y profunda de la humanidad»<sup>161</sup>.

Para someter a este enemigo anunció un programa detallado de «patadas en el estómago»: el paso romano de desfile; la prohibición del «usted»; la cuestión racista; la obligación de uniforme para los empleados civiles («toda Italia debe ser militarizada»); el eje («el eje le cae mal a todos los burgueses que miran de soslayo hacia Francia y creen que Inglaterra es el ideal para cualquier Estado, y sobre todo para cualquier persona bien educada»<sup>162</sup>). La apelación estaba dirigida sobre todo a las masas de

jóvenes, que ya había escogido como receptores ideales cuando se separó del partido socialista. Pero esta vez sus acentos sonaban falsos y retóricos, puesto que enmascaraban los únicos contenidos concretos de sus palabras: la militarización del país y la preparación de la guerra.

La perspectiva de la guerra fue el factor unificador de muchos temas que debían resaltarse para la campaña de la «tercera ola». La «mística de la autarquía» —«en este esfuerzo para la independencia económica no se ha dado y no se dará ninguna deserción, así como tampoco ningún rezagado»— y la propaganda antiburguesa escondían una realidad que, en nombre de la inevitabilidad de la guerra, favorecía una vez más al bloque agrario-industrial-financiero, el cual parecía ser el más privilegiado por las decisiones autárquicas. Las premisas en esta dirección habían sido ya establecidas con el modelo de superación de la crisis (desarrollo máximo de la industria de base y de guerra y limitación del consumo) que había introducido el fascismo a principios de los años treinta. Más tarde, previó el «Plan de construcción para la nueva economía italiana» (de 23 de marzo de 1936) como meta de «autonomía máxima en las materias primas y transformación de las industrias clave para la defensa en el territorio del Estado». Estas tendencias no se hicieron realidad hasta 1937 —«en un mundo como el actual, que está armado hasta los dientes, renunciar a las armas de la autarquía significaría mañana, en caso de guerra, estar entregado a aquellos que tienen lo que necesitan, para llevar la guerra sin limitación de tiempo o de medios»<sup>163</sup>, con lo que saltaba a la vista la relación entre autarquía y guerra.

Mussolini se ocupó entonces directamente de la coordinación de la política autárquica y con este fin superó su tradicional impaciencia en cuanto a la economía. Pero solamente pudo contar muy modestos resultados. La superficialidad de ciertos dictámenes sobre las condiciones del momento —«habrá siempre una o más naciones que cubrirán nuestra restante demanda de carbón»— y las falsas esperanzas sobre inventos —«la genialidad de los investigadores e industriales italianos ha triunfado, y también ha triunfado la fe política favorecida por el deber y la necesidad nacionales»<sup>164</sup>— estaban en pura contraposición con la creciente clarividencia con la que los industriales sabían utilizar el régimen autárquico exclusivamente para sus fines. Mientras ellos mismos recibían las más amplias garantías para una disciplina social efectiva y unas oportunidades de ganancias óptimas, no permitieron ni al régimen ni a Mussolini ninguna intervención digna de nota en su línea de producción.



TU POKI  
ANIMATORE DEL NOSTRO  
E DI OGNI VITTORIA!  
GRATITUDINE E FEDE  
DEI 50.000 LAVORATO



Mussolini y Giovanni Agnelli en la solemne apertura de la fábrica turinesa Fiat Mirafiori, en mayo de 1939.

El problema de la preparación industrial de la guerra podía ser solucionada únicamente por una decidida estructuración de las fábricas; para ello hubiera sido adecuada la introducción de novedades tecnológicas y el uso de criterios de producción que hubieran hecho posible sacar de la nada el material de guerra, las armas y los vehículos y esto bajo el máximo aprovechamiento de las capacidades de las instalaciones y trabajadores (un potencial nada insignificante por lo demás: había sólo 876 empresas secundarias que coordinaba el comisario general para el armamento:

allí trabajaban 580.000 hombres que estaban bajo disciplina militar). Pero nadie pensó en reorganizar las instalaciones fabriles con vistas a la guerra. Durante el año inmediatamente anterior al estallido de la Segunda Guerra Mundial, el empresariado seguía criterios completamente diferentes: normalidad de la producción, contacto con el mercado civil, garantía de continuación de la producción corriente: éstas eran las normas decisivas. Una verdadera euforia de producción había hecho presa en los industriales gracias a las circunstancias favorables creadas mediante la autarquía y la guerra existente en el país. En los raros casos en que las órdenes fueron conocidas, el régimen pagó la colaboración del empresario con precios sustanciosos. Había que pagar un anticipo a fondo perdido de un quince por ciento para la construcción de cañones, cuyos primeros ejemplares no se pudieron tener listos antes de 1941.

Después de que Mussolini hubiera permitido durante tres años el impuesto sobre los vehículos para todas las nuevas unidades, a fin de facilitar la construcción de vehículos unitarios sobre la base de unos criterios que había propuesto el ejército en 1937, la Fiat se obligó a construir camiones y jeeps adecuados para objetivos militares. En septiembre de 1939, la empresa tenía una producción mensual de 5.840 camiones y furgonetas para fines civiles; en el mismo mes se construyeron, sin embargo, solamente cincuenta vehículos militares y 350 camiones ligeros para el ejército y nueve blindados y coches orugas. Pero no se trataba de un sabotaje. El fundador de la Fiat, Giovanni Agnelli, y el Estado mayor tenían absolutamente los mismos puntos de vista. Al general Favagrossa, que desde agosto de 1939 dirigía la «Co.ge.fag.» (coordinación estatal del armamento), le correspondía, sobre todo en aquella fase —incluso en lo esencialmente civil— garantizar la continuidad del ritmo de producción. Y el mismo Mussolini estaba siempre dispuesto a «evitar la dañosa interrupción de la producción civil». Con ello daba testimonio de su absoluta incapacidad de desprenderse de la influencia de los industriales<sup>165</sup>.

También su intervención directa en el problema de la preparación militar condujo a resultados muy modestos. Su singular interpretación del acontecimiento de Guadalajara, con el que relacionaba cualquier iniciativa, para refutar con hechos la hipótesis de «guerra perdida», hizo fracasar una eficaz acción depuradora entre los generales incapaces. En las vivas polémicas de los círculos militares no tomó parte el mismo Mussolini, pero, a través de Farinacci, estuvo al corriente del desarrollo de los debates. Los



temas principales giraban sobre la motorización, una rápida liquidación de la guerra y las nuevas divisiones de dos regimientos. Guadalajara fue sobre todo valorada por todos como un acontecimiento cuyo contenido superó al hecho de armas propiamente dicho: en aquel momento la euforia después del éxito de Etiopía, que había reforzado aún más la teoría de la guerra relámpago, y el «espiritualismo» del ejército por una vez puesto en tela de juicio, debían confrontarse con la trágica realidad de la falta de preparación para la guerra, la cual debía llevar a Italia a la derrota en la Segunda Guerra Mundial.

El fascismo filonazi de Farinacci, que vio las fuerzas de lucha como los principales aliados para la campaña de la «tercera ola», atacó del modo más encarnizado a Pariani y su proyecto de un orden nuevo de las fuerzas (con la introducción de la división de dos regimientos como nuevo tipo de unidad para el ejército) y sus criterios de armamento. Alberto Pariani pertenecía al ala «respetable» del fascismo y al clan de Ciano. El mismo reaccionó a las críticas señalando a sus oponentes como derrotistas. Se disgustó especialmente por el juicio negativo sobre los blindados, de los que el ministerio había encargado una cantidad considerable. A pesar de que estas personas estuvieron confrontadas con cuestiones vitales para el régimen, sus polémicas se parecieron, también esta vez, a las guerras internas entre distintos grupos de poder y no condujeron a mejoras apreciables del armamento militar, que ya se había convertido en un fracaso.

Mussolini, tal como acostumbraba hacer, había renunciado a una toma de posición y se había limitado a un juicio positivo de los debates considerados como estimulantes<sup>166</sup>. Una vez más fue el *Anschluss* el que le obligó a intervenir. El 30 de marzo de 1938 habló ante el Senado, y ésta fue la segunda vez —después de aquel discurso de abril de 1925 que ya pertenecía al pasado— que se ocupó abiertamente de las necesidades militares de la nación. El mismo hizo una de sus típicas proposiciones de compromiso: Farinacci, que pronto se convertiría en ministro de Estado, no debía disgustarse, pues tenía la protección de los nuevos aliados alemanes; por otra parte, Pariani y el Estado mayor eran aún demasiado fuertes y disponían del apoyo de la Corona. De este modo se expresó positivamente sobre la cuestión de la guerra relámpago y se mostró muy prudente en cuanto a la motorización, en la cual se situó al lado de los rivales de Pariani.

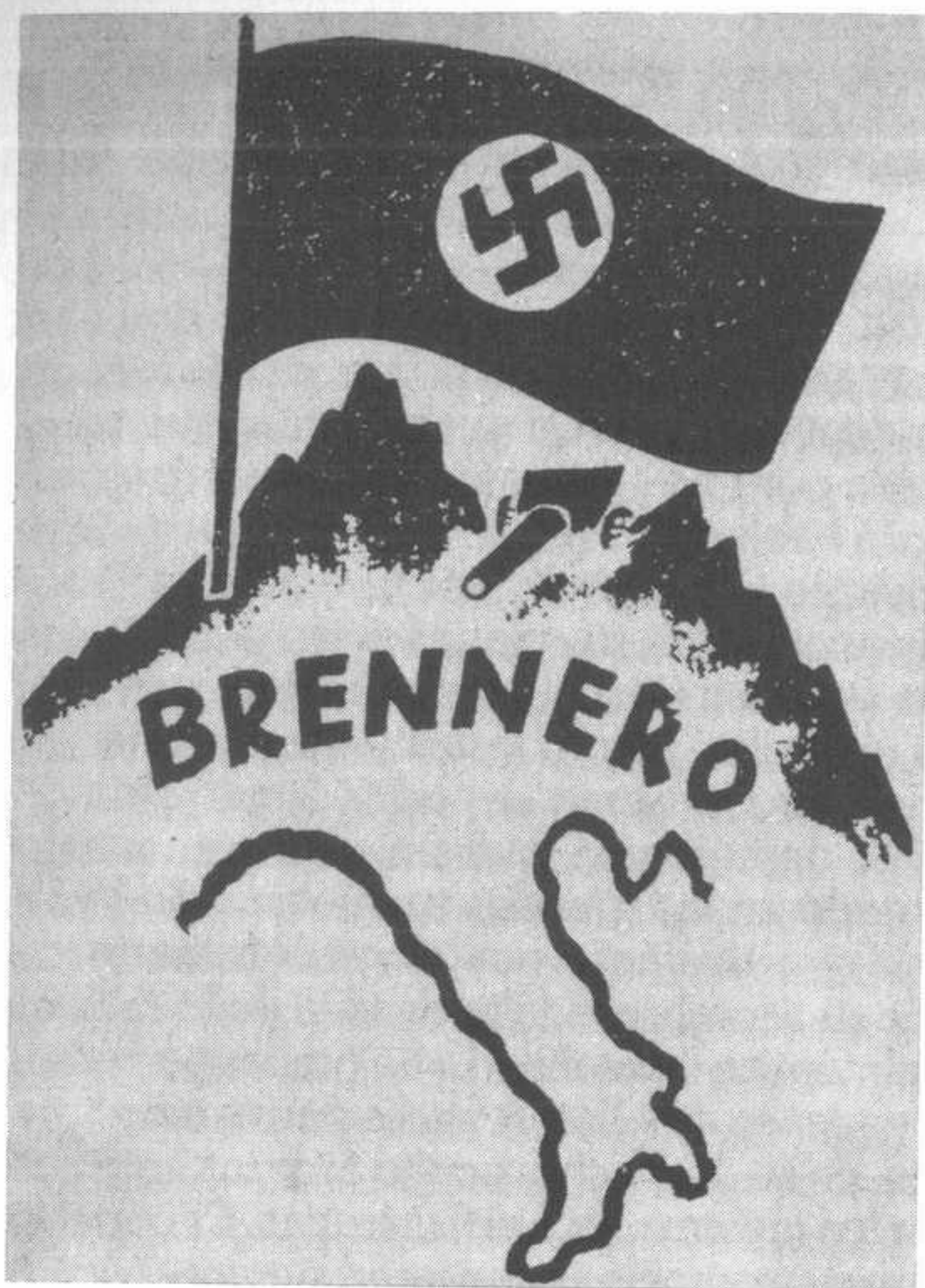
En cuanto al problema de la división de dos regimientos, es decir, la división de tres regimientos propuesta por Farinacci, él mismo inventó la división de cuatro regimientos, que prácticamen-

te iba a parar a la división de dos regimientos de Pariani, el cual deseaba dotar a éstos de dos batallones de milicias. Estas dobles traerían malas consecuencias, especialmente en relación con la fórmula del «mando único»: «En la Italia fascista el problema del mando único, que preocupa a otros países, está resuelto. Las directrices de índole político-estratégica para la guerra emanan del jefe de gobierno. Su realización está confiada al jefe de Estado mayor y a los órganos dependientes. La guerra, igual que en el caso Africa, estará dirigida por uno solo bajo el mando del rey, en realidad de aquel que está hablando aquí.» Era el redescubrimiento del secreto del triunvirato: ¡un mando único, repartido entre tres personas!<sup>167</sup>. La distancia entre sus planes altisonantes y sus capacidades operativas se mostró en el campo militar aún más dañosa que en ningún otro sitio. Las funestas y falsas profecías —«solamente en la locura más extrema se podría llegar a imaginar una invasión; aquí no desembarca nadie, ni siquiera un solo soldado»<sup>168</sup>, había afirmado en las grandes maniobras de 1937 en Sicilia— y el entusiasmo diletante por el paso romano de desfile dieron prueba de su asombrosa falta de idea de lo militar, que debería llevarle finalmente a la fatalidad. «Se preocupa personalmente de los más pequeños detalles. A veces permanece una larga hora en la ventana de su despacho, oculto ante las cortinas azules, para contemplar los movimientos de las tropas. Es como si quisiera que los tambores y trompetas estuvieran siempre tocando... Cree cada vez más que en las fuerzas de combate, la forma determina también la sustancia»<sup>169</sup>, escribía Galeazzo Ciano en su diario en febrero de 1939.

Y sin embargo, el discurso de Mussolini ante el Senado indujo a Costanzo Ciano, padre de Galeazzo, a presentar un proyecto de ley que solamente constaba de dos artículos: «Se crea el rango de Mariscal del Imperio. Este rango corresponde a Su Majestad el Emperador y a Benito Mussolini, Duce del fascismo.» La ley fue aprobada por aclamación. El rey lo toleró; sin duda protestó al principio, pero después aceptó la posición de paridad que contravenía el «estatuto».

«Lo que sucedió en Munich es colosal...: el final del bolchevismo en Europa, el final del comunismo en Europa, el final de toda la influencia política en Europa por parte de Rusia»<sup>170</sup>. El papel de mediador de Mussolini —para solucionar la crisis checa en septiembre de 1938— en la conferencia de Munich fue el último éxito importante en política exterior. Los ingleses se habían vuelto hacia él para organizar un encuentro cuatripartito entre Francia, Inglaterra, Alemania e Italia. Inglaterra, finalmente, junto con





*El Eje, dibujo en la portada de Unità, órgano oficial del partido comunista italiano, 1938.*

Francia, había reconocido la anexión italiana de Etiopía. La opinión pública en Italia celebró acto seguido a Mussolini como defensor de la paz y le prepararon triunfos que no correspondían a sus virtudes militares. En Munich se hizo patente que las democracias occidentales eran incapaces de oponerse a las pretensiones de Hitler. Todo el equilibrio de la diplomacia europea se había roto y, de este modo, Europa caminaba hacia la guerra.

Mussolini fortaleció definitivamente sus simpatías hacia los nazis con la tolerancia de franceses e ingleses. La rabiosa campaña difamatoria contra Francia que hizo desencadenar a finales de 1938 se adelantó por breve tiempo al acuerdo que condujo al pacto militar entre Italia y Alemania por el que abogaba Ribbentrop desde el día 28 de octubre. La presión que ejercieron los alemanes para que el «pacto de acero» encontrara una ejecución rápida estuvo dictada exclusivamente por puntos de vista ideológicos y políticos. Los oficiales nacionalsocialistas abrigaban de hecho una profunda desconfianza contra la eficacia de las fuerzas

de combate fascistas. También fue negativo el informe de Blomberg, el cual, en junio de 1937, había participado en unas maniobras de infantería en los Apeninos y en acciones de la Luftwaffe y la Marina, y aplastante había sido el juicio de Halder, después de que, en 1939, hubiera visto los pocos ejemplares de M11, los blindados italianos, en las maniobras de agosto en el valle del Po.

Fue la ocupación italiana de Albania lo que movió a los alemanes a forzar la alianza militar. Se trataba de la tentativa de incluir a Italia también en el terreno militar para impedir cualquier iniciativa autónoma que pudiera tomar en alguna de sus fases de preparación de la guerra. Los acontecimientos de Albania habían sido decisivos para —en unión de los EE.UU.— reavivar la coalición antifascista, que Hitler intentaba sabotear por medio de las intrigas de su diplomacia... El «pacto de Acero» se firmó el 22 de mayo de 1939. El 15 de marzo los alemanes habían ocupado Bohemia y Moravia y el 12 de abril se proclamó la unión de los reinos de Italia y Albania «en la persona de Víctor Manuel III».

Estas fechas están estrechamente relacionados entre sí. Mussolini fue sorprendido por la iniciativa de Hitler (Ciano anotó en su diario el 13 de marzo: «...No intenta atribuir a la crisis checa un interés especial»). Cuando, el 15 de marzo, el príncipe de Hessen acudió para comunicarle los hechos consumados, prohibió que se enviaran a la prensa noticias de este acontecimiento: «Los italianos se reirían de mí. Cada vez que Hitler se apodera de un Estado, me envía una embajada.» Ciano, observador atento de cualquier acontecimiento decisivo, señaló a Mussolini como «profundamente conmovido, ensimismado y deprimido». En este clima de frustrante recelo contra la fuerza inverosímil de los aliados fue madurado el proyecto de Albania, que se había estado gestando desde febrero. Albania, en realidad, estaba ya conquistada gracias a las intrigas de Ciano y se había convertido a la sazón en un objetivo cómodo; de este modo se consiguió una vez más confundir a la opinión pública en medio de la perplejidad y el asombro que dominaban sobre la desigual relación de fuerzas entre los miembros del Eje. El 23 de marzo Mussolini autorizó la expedición, el 7 de abril las tropas italianas desembarcaron en Durazzo y el 12 de abril acabó la guerra. Todo ello sucedía al mismo tiempo que en España Franco salía definitivamente vencedor y Hitler daba a Keitel la orden de preparar la campaña de Polonia para el 1 de septiembre.

Mussolini no advirtió que los acontecimientos estaban a punto de cambiar. Aunque hacía largo tiempo que estaba convencido de lo inevitable de un conflicto mundial, y al mismo tiempo



que se atrincheraba detrás de su lealtad hacia los alemanes, él mismo seguía esperando que la liquidación pudiera aplazarse, dado que su régimen en aquel momento estaba completamente falto de preparación. La noche de la firma del pacto de acero, enfatizó, en un discurso recibido con aplauso, en Turín, la fachada pacifista de la alianza y negó que en Europa existieran «cuestiones de tal alcance y gravedad que pudieran justificar una guerra». Un memorándum que hizo presentar en las conversaciones entre Ciano y Ribbentrop, en mayo de 1939, puso de relieve que «solamente una guerra que empezara en 1943, podía tener grandes perspectivas de victoria» y resumió las fases de la preparación italiana para la guerra en ocho puntos, que iban desde la exposición universal prevista en Roma para 1942 (que debía traer valiosas divisas) hasta una renovación total del parque de artillería. Mussolini estaba furioso por su impotencia para someter las iniciativas de Hitler a un control. Desde Berlín el embajador italiano Attolico informaba de amenazantes preparativos de guerra y además estaba completamente desinformado de las negociaciones alemanas con la Unión Soviética.

Finalmente Ciano se vio obligado a ir a Alemania para recibir una información directa y sugerir a Hitler que al menos se debería esperar aún tres años... y pasar este intermedio con la preparación de una conferencia internacional. El 11, 12 y 13 de agosto, Ciano se reunió con Hitler y Ribbentrop en Salzburgo y Berchtesgaden, poco antes de la crisis de Danzig. Esta vez, finalmente, los fascistas tuvieron que enterrar definitivamente sus esperanzas en la concesión de un aplazamiento: a finales de agosto Alemania atacaría a Polonia. Hitler aconsejó a los italianos dejar tranquila a Yugoslavia.

Las reacciones de Mussolini, según Ciano, fueron contradictorias: para él existían dos posibilidades: 1) si las democracias atacaban, separarse «honrosamente» de los alemanes; 2) si las democracias lo encajaban, tomar en serio la oportunidad «para saldar la cuenta con Belgrado de una vez por todas» (15 de agosto): «Aún se considera posible que las democracias no se pongan en marcha y Alemania pueda llegar a un negocio brillante por poco precio, del cual Mussolini no desea ser excluido. Además, él teme la ira de Hitler. El mismo da a entender que su denuncia del pacto o de algo semejante podría ocasionar que Hitler aplazara sus planes sobre Polonia para liquidar la cuenta con Italia» (18 de agosto). Era una mezcla de cinismo y de miedo. Los fantasmas de su pasado intervencionista se unieron con un oportunismo de última hora. Conociendo la deficiente prepara-

ción militar italiana y sin una alternativa válida al proyecto de Hitler, Mussolini se vio forzado a hacer su agosto a la sombra de la alternativa alemana y por ello se sentía deprimido. La decisión de que Italia no tomaría parte en el conflicto fue participada a los aliados alemanes el 26 de agosto, lo que constituyó «un duro golpe para el Duce», comentaba Ciano. Después de muchos años, Mussolini se veía por primera vez metido en el círculo de acontecimientos decisivos.

Empezó la *non belligeranza* (Italia se declaró como no beligerante); un trauma profundo después de los años de furiosa propaganda bélica. Los fascistas intentaron reaccionar mientras manifestaban horror sobre la mala fe de los nazis, quienes habían entrado en un pacto sin informar a los compañeros sobre los planes de guerra ya firmemente establecidos. Cuando la histeria antialemana, en noviembre, había alcanzado su punto más alto, un cambio de gobierno puso en primera línea a los exponentes más importantes del grupo de Ciano. Todos se contaban entre los más fervorosos defensores de la neutralidad. Un discurso en la cámara del ministro de Asuntos Exteriores sobre el pacto de acero fue interpretado, incluso, como preludio de una ruptura sensacional. Del lado de Ciano, que tenía participación financiera en las fábricas Terni, se situaron los grupos monopolistas de las industrias del hierro, del acero y de preparación de metales, un «partido de los empresarios», los cuales, en tanto existieran posibilidades de competencia con Alemania y tuvieran a disposición los mercados abiertos de los aliados, podrían tener también carbón alemán y maquinaria americana. Perseguían un único objetivo, que Ciano vio así: «La neutralidad empieza a dar frutos concretos.» Las cotizaciones de bolsa suben «hasta el cielo». Llegan los primeros encargos desde Francia. Los barcos navegan de nuevo por los mares con fletes doblados y llenos a tope<sup>171</sup>. Pero la no injerencia no podía permanecer como una situación duradera para el fascismo. Los rumbos políticos y económicos señalaban hacia la guerra.

Durante este breve entreacto, que por lo demás no duró tanto como la neutralidad de Italia en la Primera Guerra Mundial, ninguna alternativa al régimen tuvo tiempo suficiente para madurar. Nunca se desarrolló un verdadero concepto de una política de alianzas distinta. Así, tal como Ciano situaba el problema, no se trataba nunca de «guerra ¿con quién?», sino siempre «guerra, ¿cuándo?». Quien, sin embargo, hiciera de la entrada de Italia en la guerra una cuestión puramente de elección de fecha, se hacía culpable de una actitud subalterna.



En estas horas decisivas el fascismo expió la falta de un estamento directivo, que hubiera podido derribar a Mussolini y sus manifestaciones de lealtad a Alemania. Las restantes ambigüedades que aún existían en la relación de Mussolini con Hitler fueron solamente una consecuencia de las decepciones que su ilimitado amor propio había tenido que aceptar. Por lo demás, él mismo siguió la línea de su fidelidad a Alemania con una terquedad de la que no eran capaces sus antagonistas italianos. Hitler, desde hacía largo tiempo, había podido conquistar la fe ciega de Mussolini, que descansaba sobre dos elementos esenciales: la lógica de la fuerza y la dinámica de la acción. En diciembre de 1939 sacó Mussolini de nuevo sus ofertas de fechas; él mismo deseaba entonces escribir a Hitler y prometerle una intervención italiana para 1942. En enero empezó a hablar de la segunda mitad de 1941 y en la sesión del Consejo de Ministros del 23 de enero se atrevió avanzar hacia «la segunda mitad de 1940 o mejor, la primera mitad de 1941», señalando que «la neutralidad mantenida hasta el final de la guerra nos colocaría en la lista de las potencias europeas de segundo orden»<sup>172</sup>. En marzo, con ira tiránica contra el pueblo, que no seguía sus veleidades bélicas («la raza italiana es una raza de corderos») y por razones de frustraciones personales («pronto los cañones dispararán por sí mismos. En verdad no es posible que yo, justamente yo, me convierta en la burla de toda Europa. Ya solamente me queda tragarme humillaciones»)<sup>173</sup>, se decidió finalmente a la intervención, después de que el 18 de marzo se hubiera reunido con Hitler. El día 23 comenzó personalmente con el borrador de los planes estratégicos, que se reunieron en un memorándum que se entregó a los jefes militares el 31 de marzo: defensiva en los Alpes franceses; postura desconfiada frente a Yugoslavia; vigilancia en Albania; defensiva en el territorio egeo y en Libia; ofensiva en el frente de Cassala y Djibuti y defensiva en el frente de Kenia. Para la Marina se previó una «guerra ofensiva en todos los mares» y para la aviación, cooperación con las otras fuerzas. El problema era, pues, entrar en la guerra y llevar la responsabilidad de las operaciones de combate y, al mismo tiempo, permanecer en la misma línea en la defensiva.

Esta disposición estratégica fue un fiel reflejo de las metas y esperanzas con las que el fascismo se preparaba para la guerra. El bloqueo inglés de los barcos de carbón, la difusión de noticias en marzo de que en los Estados Unidos se preveían embargos de materias primas y maquinaria destinadas a Italia, habían puesto fin a las ilusiones competitivas de los industriales italianos. La



*Había fracasado la guerra relámpago, pero la suerte ya estaba echada y había que seguir la gran contienda.*

necesidad de complementariedad entre las economías italiana y alemana se había convertido en un hecho consumado. Alemania aseguraba solamente el 60 % del carbón para las fábricas italianas. Dado que la superioridad alemana era indiscutible, Italia debía, sobre todo, buscar un espacio para la expansión económica, el cual —aunque estuviera en países con pequeña renta—, gracias a la explotación de las fuentes de materias primas, aseguraría cierta autonomía de mercado e independencia de los objetivos de producción. Además, era importante tener a la vista, de cerca, a los aliados en sus escenarios bélicos, para que los alemanes no se atribuyeran solos las victorias militares y no se hicieran aún mayores las diferencias político-económicas entre ambos países.

Estos conceptos se destacaron claramente en las iniciativas



militares de los italianos durante los primeros meses de la guerra. Por un lado, se hacía la «guerra paralela», lo que significaba que se renunciaba *a priori* a una decisión orgánica de los pasos italianos en las jugadas estratégicas de los aliados, para perseguir en frentes secundarios (Grecia), sus propias metas y objetivos. Por otro lado, la participación italiana en las disputas con Francia era muy limitada y expectante, lo justo precisamente para poder mostrar el famoso «puñado de muertos» que podrían ser introducidos en una posterior mesa de negociaciones (un ataque a Francia y la modesta ofensiva de Cirenaica en septiembre). Ambos modos de guerra eran irrealizables por la falta absoluta de preparación militar, pero esta importante objeción fue debilitada por la confianza ilimitada en una rápida solución del conflicto que aún era alimentada por el caso de Noruega y Dinamarca, por la ofensiva en avalancha a Bélgica y Holanda y por el ataque alemán a Francia<sup>174</sup>.

El pronóstico de guerra-relámpago fracasó por la inesperada resistencia de los ingleses. En realidad, Mussolini creía que todo acabaría lo más tardar en septiembre-octubre de 1940; así se desprende del hecho de que él mismo ordenara la desmovilización de 600.000 hombres para la recogida de la cosecha en octubre, lo que debería tener fatales efectos en su decisión simultánea de atacar a Grecia. Para ganar tiempo, él mismo asumió toda la responsabilidad de las acciones militares. El «mando único» no estaba claro y condujo a malos entendidos y contradicciones. Sin una limitación estricta de los círculos de competencias y campos especiales, comenzaron, sobre todo Mussolini y Badoglio, a crear dificultades mutuamente, hasta que se llegó a un choque que, en diciembre de 1940, condujo a la dimisión del viejo general piamontés.

Dado que Mussolini había elegido para sí un papel de significación tan absoluta en la dirección de la guerra, también había establecido la premisa de que tendría que pagar a la postre los errores que no eran directamente suyos. Así, el 25 de julio de 1943, no tuvo ninguna posibilidad de atribuir a otros la culpa por la derrota militar. Fue característico su intento —el único, por lo demás— de llevar al fracaso el voto de desconfianza del Gran Consejo Fascista, basándose en que él mismo había vuelto a delegar en el rey el «mando único». Pero ya era demasiado tarde.

El mismo Mussolini ordenó —contra el consejo de Badoglio— el ataque a Francia, y de este modo se llegó a la poco honrosa «guerra de los tres días» (21 a 24 de junio) contra un país que prácticamente ya estaba vencido. Fue también quien, contra

la oposición del general Graziani, ordenó la inútil ofensiva en territorio egipcio hasta Sidi-el-Barrani (14-18 de septiembre). De este modo intentaba imitar a Hitler y sus victorias y crearse una posición de poder desde la que cabía esperar la invasión de Inglaterra y las inevitables negociaciones de paz. Mussolini se dejó guiar exclusivamente por puntos de vista políticos.

Y sin embargo estos primeros y pasajeros éxitos le hicieron creer que podía renunciar sin esfuerzo a la colaboración de los dirigentes militares, que se habían mostrado tan inseguros y destemplados. Casi parecía estar eufórico, incluso después del fracasado intento alemán de desembarco en Inglaterra, pues se le antojó la posibilidad de ser, en suma, el único vencedor que había en el lado del Eje. En contraposición con Badoglio, no captó enseguida que en aquellos días la esperanza de una guerra de corta duración estaba ya enterrada, la única ilusión sobre la que Italia podía basar su presencia con honor en el campo de batalla. En el encuentro con Hitler, el 4 de octubre, rechazó la oferta de éste de enviarle una división de blindados alemana y, al mismo tiempo, ordenó a Graziani poner de nuevo en marcha la ofensiva el 15 de octubre y esforzarse por una victoria completamente italiana. En lugar de la euforia vino entonces la acostumbrada depresión airada, cuando los nacionalsocialistas, el 12 de octubre, ocuparon Rumania y conquistaron para ellos las fuentes de petróleo de inmensa importancia.

Su reacción siguió inmediatamente: desde diciembre de 1939 estaban preparados los planes de Grecia; el 14 de diciembre convocó a Badoglio y al general Roatta, simplemente suponiendo su acuerdo con dicha empresa arriesgada: —«No quiero seguir siendo italiano si alguien ve dificultades en el hecho de combatir con los griegos»<sup>175</sup>, había expresado a Ciano dos días antes—, para participarle la orden de ataque a los Balcanes para el día 26 de octubre de 1940. Siguieron las maniobras acostumbradas de los jefes militares para dar largas a la operación; pero la guerra empezó el 28 de octubre y degeneró en una catástrofe. Las tropas italianas no pasaron adelante y sólo con gran esfuerzo sostuvieron la contraofensiva de los griegos. La falta de armas, vituallas y equipamiento se hizo notable dramáticamente en los combates de invierno en las montañas de la frontera greco-albanesa.

Después de la campaña de Grecia podía considerarse fracasada la hipótesis de «guerra paralela». Cualquier alternativa o plan militar al margen de los proyectos estratégicos alemanes podía considerarse decididamente como anacrónico. Hitler no podía seguir permitiéndose el lujo de aguantar y reparar los



episodios románticos de su incómodo aliado. La perspectiva de una guerra larga y agotadora hacía necesaria la dependencia definitiva del ejército italiano respecto del aparato militar de los nacionalsocialistas. A partir de entonces la guerra italiana sería en realidad, solamente, una guerra para los alemanes. La dimisión de Badoglio, que fue aceptada el 4 de diciembre, hizo todavía más clara esta realidad. En su lugar, para asumir este papel técnico y operativo, que Mussolini había destinado a Badoglio, entró Cavallero, grato a los alemanes y bien dispuesto hacia ellos.

El régimen intentó reaccionar a las derrotas militares en los Balcanes con unas acciones espectaculares de depuración y una nueva ola de «movilización ideológica». Al cambio de cargos entre Badoglio y Cavallero le precedió un canje posterior de papeles entre Ettore Muti y Adelchi Serena en la cumbre del partido. Un impresionante aparato propagandístico hizo resaltar la presencia de la mayoría de los ministros en el frente. «También yo he tenido mi semana negra, pero en este momento lo peor ya está superado», escribía Mussolini, el 22 de noviembre, en una lastimosa carta de autodefensa dirigida a Hitler. El mismo rompió un largo silencio al hablar en Roma el 23 de febrero. Su discurso debía representar un acto de fe en la victoria: «Para vencer al Eje los ejércitos británicos deberían desembarcar en el continente, invadir Alemania e Italia, vencer a los ejércitos de ambos países. todo lo cual solamente podría soñarlo un inglés que estuviera loco y fuera de sí por el uso del alcohol y de la droga»<sup>176</sup>. Pero una vez más se mostró mal profeta.

Mussolini procuró que la actividad propagandística tuviera como consecuencia el fortalecimiento de las iniciativas militares. Desde el 2 hasta el 20 de marzo de 1941 estuvo en Albania, donde fue testigo del fracaso de la contraofensiva italiana. Sus ideas dominantes eran siempre las victorias de Hitler («antes de que los alemanes hagan los primeros disparos de cañón, debemos infligir una derrota a los griegos»), pues seguía creyendo que la guerra paralela no tenía ninguna perspectiva. Pero a Atenas llegaron antes las tropas nazis y el prestigio de los italianos perdió toda su credibilidad.

Las tropas italianas ocuparon una vez más países ya vencidos y se les confió en su mayoría funciones policiales. Mussolini fracasó incluso en la prueba de esta función de montar una organización no existente hasta entonces de soberanía imperialista en países industrializados y «civiles», aunque no fueran ricos. Los métodos de gobierno del régimen italiano de ocupación en los Balcanes eran tradicionales y despiadados, sin concesiones al



*Mussolini anuncia la declaración de guerra a Francia e Inglaterra.*

«nuevo orden» revolucionario que prometía la propaganda fascista. Se prefería a los sectores sociales y políticos reaccionarios (Guardia blanca en Eslovenia, *Ustacha* en Croacia), y, de este modo, a la corrupción e intrigas de las clases burguesas locales siguió una dura política de represión contra los movimientos de resistencia<sup>177</sup>.

Los partisanos en Grecia y Yugoslavia enterraron las ilusio-



nes de Mussolini sobre su papel de dirección en Europa, y el ataque de Hitler a Rusia le desposeyó de un privilegio más, que para él tenía un gran valor: el ser considerado como defensor de una cruzada antibolchevique. No valoró suficientemente los riesgos a los que estaba expuesto por las decisiones de Hitler, al haberle éste dejado solo prácticamente en el Mediterráneo para hacer frente a los ingleses; así pues, decidía personalmente sobre la calidad y cantidad de una intervención italiana en Rusia. El primer contingente de tropas italianas, CSIR (*Corpo spedizione italiano Russia*), fue ampliado en 1942: «Debo estar en Rusia al lado del Führer, del mismo modo que el Führer estuvo a mi lado contra los griegos y lo está ahora en Africa. En la mesa de las conversaciones de paz los 200.000 hombres del ARMIR (*Armata italiana Russia*) pesarán más en realidad que los 60.000 del CSIR»<sup>178</sup>. Mussolini seguía teniendo la idea fija de poder hablar de muertos en la mesa de las negociaciones de paz.

Continuaba esperando un pronto final de la guerra, especialmente por el desarrollo de los acontecimientos en la campaña de Africa. En verano de 1942, cuando la contraofensiva de Rommel parecía prometer la pronta conquista de Egipto y el deplome de todo el sistema defensivo en el canal de Suez, Mussolini voló a Africa llevando la «espada del Islam», que le habían regalado los grandes terratenientes libios. Estaba dispuesto para una entrada triunfal y espectacular en Alejandría (Egipto). Pero el 21 de julio volvió desilusionado a Italia. El impulso de las tropas del Eje había quedado paralizado definitivamente en El-Alamein.

Quizás se dio cuenta por primera vez de que la guerra estaba perdida y de que su régimen estaba al borde de la quiebra. «El rostro ceniciento, las mejillas hundidas, la mirada sombría y cansada, la boca amargamente crispada hablan claramente de la enfermedad (úlceras de estómago) que, según se decía, había contraído de nuevo. Parece más decaído y triste que enfermo, y ya no más en lucha victoriosa contra su edad... Ha matado en sí mismo al hombre que otrora fue»<sup>179</sup>. Esta descripción de Mussolini por Giuseppe Bottai muestra expresivamente su decadencia física. A finales de julio viajó desde Roma hasta Riccione, donde permaneció en tratamiento hasta mediados de octubre. Algo en él no funcionaba. Durante largo tiempo había vivido en una identificación física total con el poder y ahora experimentaba la crisis de su régimen como una enfermedad en su propio organismo, al cual él mismo siempre había llamado una «máquina de poder». Y con su organismo se quebraba también el «frente interno».

Entre 1940 y 1942 Mussolini había intentado inútilmente infundir una nueva vida al partido, para lo cual él mismo cambió en el cargo de secretario del partido primero a Starace, luego a Ettore Mutti y finalmente a Adelchi Serena: un inusitado «ballet de secretarios del partido», que mostró claramente la incapacidad del régimen para solucionar el acceso de la nueva generación a los puestos de mando, cuestión planteada desde hacía veinte años. El partido fascista se había convertido en una «barraca» burocrático-ministerial, cuyo cometido estribaba principalmente en conseguir alimentos para la población. En diciembre, pasó a ser secretario del partido Vidussoni, joven de veintiocho años, completamente inexperto pero entregado fielmente al Duce; también sus éxitos fueron escasos. Al final de un viaje de inspección del Duce por las principales provincias de Italia, en el cual había intentado hacer resucitar de nuevo el escuadrismo, que él mismo había liquidado veinte años antes, tuvo que reconocer ante el directorio del partido, en mayo de 1942: «Ya no tengo ninguna duda de la existencia de falta de disciplina, sabotaje y resistencia pasiva en toda la línea. El régimen se agota, se consume, gasta literalmente docenas de camaradas en las asociaciones, en los ministerios, pero no adelantamos»<sup>180</sup>. Pero lo peor aún no había llegado. Los meses de noviembre y diciembre de 1942, que trajeron un cambio en el conflicto internacional, fueron decisivos.

En El-Alamein y en Stalingrado los componentes del Eje sufrieron la derrota militar; entonces se dispusieron a aceptar el fracaso político definitivo. Una crisis de credibilidad había hecho presa de todo el régimen y fortaleció el distanciamiento del fascismo, que fue confirmado por el fracaso de la guerra. Pero las causas de todo ello radicaban en la situación material de las masas, en el enorme disgusto que trajo consigo la guerra con el progresivo empobrecimiento de las clases explotadas. En relación con el último año de la guerra el coste de la vida era el doble más alto y los salarios en los veinte años del fascismo habían descendido a su punto más bajo. También para los industriales llegó la época de la reflexión y del ajuste de cuentas. En estos meses Turín se convirtió en blanco de graves bombardeos y la política en la cumbre de la Fiat experimentó un cambio radical. Los nombres de Pirelli, Donegani y Cini emergieron en el camino de estas primeras maniobras de viraje burguesas para salir del fascismo. Por lo demás no existía todavía ninguna línea clara, inequívoca en esta dirección. Los encargos de guerra y las medidas de soporte estatales en favor de la industria produjeron una ruptura decidida entre la burguesía italiana y el régimen. Pero la tendencia general



consistía, en realidad, en desear un final rápido del conflicto que había puesto en una comunidad de desgracias a los medios de producción y a las instalaciones y fábricas industriales.

Dos pilares importantes del fascismo se derribaron: su fuerza, que fue desacreditada por la derrota, y el mismo Mussolini, que se había desligado de los propios camaradas de partido y que, como inexperto general improvisado, no daba una buena imagen. A sus espaldas ya se movían aquellos centros de poder (los nacionalsocialistas y la dinastía) que durante años habían influenciado sus decisiones en gran medida. El 11 de octubre se reunió con Himmler en Roma y más tarde con Göring. Los alemanes querían intentar entonces poner el germen de un grupo de dirección fiable, que podría separarse de Mussolini o que, al menos, bloqueara el camino para iniciativas contrarias.

Al mismo tiempo empezó en estos meses un complicado juego de intrigas entre la Casa real, los dirigentes de la policía, del ejército y de los «carabinieri» e incluso los miembros del gobierno fascista, que querían abrir una posibilidad de intervención al rey Víctor Manuel III, para conseguir una rápida solución de la guerra desigual. Esta era la conspiración entre la monarquía y Badoglio, que debía conducir al golpe de Estado de 25 de julio y que el 31 de enero ya consiguió una victoria significativa cuando el germanófilo Cavallero fue sustituido por el general Ambrosio.

Mussolini quizá fue informado de los distintos complots y acaso también de los prudentes sondeos entre los aliados sobre la mejor manera de salir Italia de la guerra. Tales pasos fueron intentados, desde diciembre de 1942, por distintos miembros de la diplomacia italiana. Seguramente no conocía los detalles e infravaloraba también el alcance del intento. Desde hacía veinte años estaba acostumbrado a despreciar a sus colaboradores y había saboteado desde un principio cualquier posible candidatura de sucesor en el interior del régimen. El Duce sabía, pues, que no tenía nada que temer de Grandi, Ciano, Bottai, y de sus asociados, los cuales solamente podían llegar a ser peligrosos con la protección de la Corona. Pero Mussolini aún confiaba en el rey, incapaz de darse cuenta del apego que tenía el pequeño monarca a su trono. Y entonces fue precisamente la falta de una sustitución personal políticamente hábil lo que repercutió en contra de él.

Primeramente había intentado convertirse en jefe único en la crisis del invierno de 1942. El 21 de noviembre encontró ante el Consejo de Ministros acentos de una seguridad antigua cuando, atrevido, condenó las intrigas con los aliados: «Ningún gobierno,

sea del color que sea, podría variar nuestra situación frente a los gobiernos inglés y americano —y continuó con un discurso de coacción encubierta contra el ala del fascismo amigo de los nazis—. Finalmente, es de interés para Alemania que Italia permanezca en pie, puesto que, si nosotros cayéramos, también los alemanes abandonarían las armas»<sup>181</sup>.

El 2 de diciembre dirigió a la Cámara vivas quejas contra los ingleses y pronunció un discurso ante el directorio del partido que fue dedicado exclusivamente a las «armas secretas» alemanas. En el discurso tradicional del día 3 de enero subrayó los aspectos ideológicos de la guerra —«ésta es una guerra de religión, una guerra ideológica»<sup>182</sup>, para desviar a la opinión pública de los hechos dramáticos concretos de las pérdidas de territorios. Entonces introdujo un *relevo de la guardia* general: el 19 de diciembre renovó todo el directorio del partido, colocó a Ambrosio en el lugar de Cavallero y, el 25 de febrero destituyó a Ciano, Bottai, Grandi y casi todos los ministros.

Utilizó todos los métodos usuales. El ministro de Transportes, Golda, por ejemplo, se enteró de su destitución porque los ferroviarios desengancharon del tren su coche de ministro, después de haber oído la noticia por la radio. El mismo no sabía que en el escritorio de su despacho de Roma había ya un lacónico telegrama que decía: «He decidido modificar el gabinete. Deberíais poner de la mejor manera vuestro cargo a mi disposición. Mussolini.» El Duce, sin embargo, no tenía a la vista ningún cambio de cargos normal. Mientras deshacía un gobierno, que había sido creado para la *no belligeranza*, subrayó la nueva disposición para la guerra del régimen y se esforzó en hacer llegar a la opinión pública la impresión de un cambio radical de hombres e ideas, mientras adulaba a los alemanes con la línea extremista del nuevo gobierno. En cuanto a la calidad de sus diversos miembros, el nuevo gabinete era de menor relieve que el antiguo. Mussolini se vio obligado a asumir personalmente la dirección de las cuestiones de política exterior; posteriormente sostuvo también los asuntos del interior y los inevitables ministerios militares. Prácticamente era entonces la única posible nueva solución de una más amplia concentración de poder y responsabilidad en sus manos, que fortalecía la relación Mussolini-fascismo y reducía para el régimen la posibilidad de una supervivencia bajo otra «cabeza».

De este modo se despreció considerablemente la opinión. Doscientos mil trabajadores fueron a la huelga. La producción en el mismo centro de las industrias de guerra fascistas fue comple-



tamente bloqueada; se llegaron a formar reuniones antifascistas contra las que la policía sólo reaccionaba lentamente y al final vino la capitulación del fascismo, que fue obligado a conceder todas las reivindicaciones salariales de los trabajadores, tras la serie de huelgas masivas de marzo de 1943 lo que constituyó, el primer descalabro verdadero del régimen en el frente interior. Era, realmente el principio del fin. El fantasma de la lucha de clases, que parecía haber sido expulsado hacía veinte años, resurgía de nuevo. El mismo Hitler estaba desconcertado. Para él era impensable que un pueblo pudiera hacer huelga, además en ocho fábricas, y nadie se atreviera a intervenir<sup>183</sup>. Mussolini estaba aturdido. Al principio parecía incapaz de un análisis de los hechos: «No doy ni un céntimo. No somos ningún Estado liberal que se deje chantajear por una pausa de una hora en el trabajo de un taller», había afirmado el 11 de marzo ante el Directorio del partido, y después había cedido a todas las exigencias de los trabajadores. En su crítica del «frente interno» parecía confuso y permanecía a la defensiva: «En cuanto a la condición espiritual de los italianos, en vano buscáis el entusiasmo en todos los pueblos involucrados en este conflicto. Esta exigencia de entusiasmo es una exigencia idiota... Más bien se debe mirar si reina la disciplina»<sup>184</sup>, dijo además en aquella sesión del 11 de marzo. Pasó por alto completamente las raíces materiales del aislamiento político del régimen y se expresó siempre más bien con su acostumbrado profundo desprecio de las masas, incluso con el peligro de que un análisis semejante pudiera ser simplificado de modo alarmante: «En el frente interno existen las siguientes categorías: Las familias de los caídos. Su moral es muy alta. Está claro, pues, que ninguna familia de un caído desearía, anhelaría o aceptaría la paz en las condiciones que significaran la inutilidad del sacrificio. Las familias de los que luchan en el frente: moral sobresaliente. Los que vuelven de la guerra: moral excelente. Y después las masas de los fascistas. Esta es la mejor categoría en el frente interno, la que está más alta. Pero junto a ellas está también la más inferior. Se compone de todos aquellos que están disminuidos física o moralmente, de aquellos que son ciegos, deformes, sin dientes, imbéciles, emboscados y tontos»<sup>185</sup>. Las medidas introducidas en aquella primavera de 1943 eran banales y no conducían a nada: Mussolini sustituyó a Vidussoni por el duro Scorza y destituyó al jefe de policía Senise.

Más eficaces fueron las jugadas de sus enemigos. El «peligro rojo», que había sido evocado durante la huelga de marzo, se tradujo en una fuerte aceleración del complot real. Debía ser



Marzo de 1943: huelgas en Turín. Este fotomontaje fue símbolo del movimiento obrero italiano.

tratado, y de prisa, por cierto. Se debía quitar a las masas populares de las manos la iniciativa de la represión del fascismo y preocuparse de que el cambio, que se había hecho inevitable, se desarrollara sin sacudidas. Se bosquejaba claramente un proyecto de la Corona para el nombramiento de un gobierno militar que diera sólidas garantías represivas y tuviera la necesaria protección del ejército. El hombre sobre el que todas las voluntades estaban de acuerdo, sin excluir a los aliados, era Badoglio.

Pero también los alemanes se hacían sentir. El encuentro entre Mussolini y Hitler en Salzburgo, en abril de 1943, por el que se convino una estrategia común y las obligaciones en el Mediterráneo, con las cuales debía compaginarse el frente de Rusia, estaba prácticamente frustrado. El único acontecimiento concreto consistía en el consejo de Himmler a los italianos de crear unidades de milicias especiales, según el modelo de las SS, para garantizar la fortaleza interior del régimen. Los alemanes escati-



maban la protección militar prometida: el 8 de mayo, con la caída de Túnez, la presencia italiana en Africa llegó a su fin. A la petición de Hitler de algunas divisiones, contestó Mussolini con la demanda de aviones.

Por primera vez empezaron a crearse suspicacias recíprocas. Hitler estaba convencido de que Mussolini era traicionado por el Estado mayor y que las divisiones alemanas sólo eran rechazadas porque los italianos planeaban retirarse de la guerra. Del 10 al 16 de mayo los alemanes prepararon los planes «Alarico» y «Costantino», en los cuales se programó la ocupación militar de Italia y los Balcanes, en caso de que los italianos se retiraran de la guerra. En este momento Mussolini no parecía tomar parte en el juego. La quiebra militar de Italia, que se iba perfilando, acortó los plazos para el choque que estaba próximo y cuyos protagonistas serían solamente los alemanes y, por el lado italiano, el ejército y la Casa real. Mussolini en esta fase solamente hizo una débil tentativa de crearse un espacio propio a nivel diplomático para conseguir una solución política de la guerra. Su iniciativa preveía una acción conjunta italiana, rumana y húngara, así como drásticas depuraciones entre los prefectos y los empleados medios de la administración.

La situación cambió bruscamente, cuando los aliados, en la noche del 9 al 10 de julio, desembarcaron en Sicilia. Entonces se manifestó abiertamente la profunda oposición entre las necesidades estratégicas de Hitler —que quería reducir el compromiso alemán al frente italiano a un mínimo, sin precipitar lo inevitable<sup>186</sup>— y las exigencias del Estado mayor italiano, que estaba convencido de que ya no podía garantizarse la defensa del espacio nacional. Bajo la presión del general Ambrosio, y turbado por la repentina quiebra de todo el aparato de su régimen, Mussolini, el 17 de julio, telegrafió a Hitler y utilizó un tono amenazante desacostumbrado:... «El sacrificio de mi país no puede tener la finalidad principal de que usted aplase el ataque directo a Alemania. Alemania es más fuerte económica y militarmente que Italia. Mi país, que ha entrado en la guerra tres años antes de lo previsto, y después de dos guerras, está paulatinamente más y más agotado, después de haber utilizado las fuentes de ayuda en Africa, Rusia, y en los Balcanes. Creo, Führer, que ha llegado la hora de un repaso común de la situación para extraer las consecuencias que sean más convenientes al interés de ambos lados y el de cada país»<sup>187</sup>. Quizás estaba también convencido de que era el momento de apartarse de la guerra, pero quería hacerlo con la aprobación de Hitler. Mussolini sabía que el fascismo no podía parar al

mismo tiempo el golpe de la reacción alemana a una traición italiana y los deseos angloamericanos de una penalización («Y entonces está dicho pronto: separarse de Alemania. ¿Cómo reaccionaría Hitler a ello? ¿Creéis quizás, que él nos daría libertad de acción?»<sup>188</sup>).

La oportunidad de sonsacar una toma de posición positiva a los aliados alemanes se ofreció cuando Hitler, el 19 de julio, fue a Feltre en una visita relámpago. Pero la subordinación psicológica y política mantenida durante años por Mussolini hacia el Führer le entregó, impotente, a la inflexibilidad de éste. No fue capaz ni una sola vez de someter a Hitler las exigencias que él mismo había preparado con Ambrosio y los demás altos oficiales. Esta vez, estaba verdaderamente perdido.

El programa nacionalsocialista de Feltre preveía lo siguiente: todo el poder para el Duce, la monarquía debería ser eliminada, más tropas alemanas bajo el mando alemán deberían entrar en acción<sup>189</sup>. Las peticiones finales de Keitel a Ambrosio tenían igualmente un lenguaje claro: se trataba de que los alemanes tuvieran en sus manos el control militar total del escenario italiano y con éste hacer una zona intermedia para el Reich alemán. En este punto desaparecieron los últimos escrúpulos leales del monarca italiano.

Víctor Manuel III había decidido, desde hacía algún tiempo, terminar la guerra para Italia para salvar su trono. Pero hasta el final también había esperado que esta solución pudiera ser llevada a cabo sin traumas y de acuerdo con Alemania. El mismo Mussolini había tenido las mejores cartas en la mano, ya que personalmente seguía teniendo buena imagen ante Hitler. Pero después de Feltre estaba claro que él no podía todavía aventurarse a una ruptura. Entonces el rey se decidió, aunque a disgusto, a hacer tratos él mismo. Cualquier nuevo retraso podría ser fatal. El cambio de Italia en un Estado satélite con Mussolini como gobernador, parecía únicamente una cuestión de tiempo. Y un cambio semejante hubiera en todo caso significado la caída de la monarquía. Por tanto, valía la pena arriesgarse a adelantarse a los acontecimientos y eliminar el elemento decisivo para el proyecto alemán: el mismo Mussolini. Posteriormente se rescindirían también las alianzas. La oportunidad adecuada para ello se presentó al rey cuando los jefes del partido fascista, especialmente por invitación de Grandi, exigieron a Mussolini la convocatoria urgente del Gran Consejo Fascista, que desde el principio de la guerra no se había reunido.

La iniciativa fue subestimada por todos. Los alemanes creían



## L'ARRESTO DI MUSSOLINI

Anche Scorza, Cavallero, Interlandi, Clerici e altri gerarchi arrestati. Gayda fuggito. Starace fermato alla frontiera.

### ITALIANI!

**GRIDATE NELLE PIAZZE: PACE E LIBERTÀ!  
CHIEDETE UN GOVERNO DEMOCRATICO!  
CHIEDETE LIBERTÀ DI STAMPA, DI  
RIUNIONE, DI ORGANIZZAZIONE!  
UNITEVI SOTTO LA GUIDA DEL  
FRONTE NAZIONALE D'AZIONE!**

La caduta di Mussolini dal governo deve innescare una nuova epoca nella storia del nostro Paese.

Le masse popolari che oggi occupano le piazze d'Italia che elevano il loro grido di giubilo

perché in tal modo il paese italiano deve significare un cambiamento.

Chi vive e combatte nelle nostre carceri gli sforzi delle classi lavoratrici e dei ceti medi, del governo e delle donne, dei soldati e degli of-

gicalisti, i partiti, le organizzazioni, le riunioni del popolo italiano debbono veder la loro più piena libertà oggi e non domani. La pace, che la lotta rivoluzionaria nell'Internazionale del Lavoro e per la supremazia di tutti i figli d'Italia sono state

El diario comunista Unità da a conocer la detención de Mussolini.

en el éxito del grupo filonazi de Farinacci, que de este modo deseaba impulsar el choque con el ala «presentable» de Ciano. Y Mussolini aceptó la convocatoria con aquel deje de intolerancia y mal humor aburrido con el que siempre había recibido las propuestas de sus colaboradores. Esta actitud la sostuvo durante toda la histórica sesión celebrada en la noche del 24 de julio de 1943. La «orden del día» de Grandi obtuvo el amplio acuerdo de los jefes del partido fascista (19 votos afirmativos, 7 negativos. 1 abstención y un voto para la «orden del día» de Farinacci) y un duro ataque personal al Duce: «Pide la inmediata reinstauración de todas las funciones del Estado, con la devolución de las tareas y responsabilidades que establecieron nuestras leyes del Estado y la constitución, para la Corona, el Gran Consejo, el gobierno, el Parlamento, las corporaciones.» Sobre todo fue denunciado públi-



El 25 de julio de 1943 el pueblo expresa su júbilo por la detención de Mussolini.

camente el papel de Mussolini como *condottiero militare*. Y, sin embargo, él mismo parecía en general no reaccionar ante ello. Observaba sin el más mínimo interés, casi como si no participara en ellos, los esfuerzos de sus fieles Scorza y Galbiati, que intentaban subvertir el resultado de los votos. Cuando Grandi, al final de la sesión, hizo su propuesta de votación, «Mussolini puso delante de él la hoja con marcada indiferencia, sin una palabra más, sin un gesto, en actitud puramente resignada, y pidió a Scorza que se hiciera la votación»<sup>190</sup>.

Esta actitud negativa hace suponer que él mismo deseaba su salida de la escena, que quería desprenderse de un peso agobiante y, por tanto, quizás inconscientemente apoyaba la iniciativa de sus enemigos. En realidad se trataba de su tradicional desprecio por los dignatarios fascistas. Después de la sesión del Gran



## 5. Epílogo (1943-1945)

Consejo, mientras solicitaba una audiencia inmediata con el rey, aún estaba convencido de que un cambio de gobierno oportuno y el volver a delegar en el rey el mando supremo militar (que había sido traspasado a Mussolini el 10 de junio de 1940), le convertirían fácilmente en árbitro de la crisis. Durante las horas que precedieron a su encuentro con el rey no deseó ver a nadie y no tomó ninguna medida de precaución. En la soledad, que siempre le había rodeado, ensayó las medidas que deseaba someter al rey, y se entregó a él en cierto modo con una disposición libre de toda preocupación.

Pero la iniciativa de los disidentes fascistas «moderados» constituyó una ocasión cómoda para la intervención del rey y, en todo caso, le forzó a adelantar un día el término de un golpe de Estado que estaba decidido desde hacía tiempo en sus más pequeños detalles —de lo que la mayoría de los jefes fascistas y de los firmantes de la orden del día de Grandi, por otra parte, no tenían ninguna idea—. En la tarde del 25 de julio, Mussolini fue detenido en Villa Savoia. El rey no le dio ni una sola ocasión de hablar: «Lo siento, lo siento, pero no había otra solución», decían las palabras con las cuales se le despedía, después de veinte años de entrega absoluta a su obra dictatorial.

En el campo fascista, el golpe de Estado no suscitó ninguna reacción. El punto de apoyo del fascismo había sido el orden institucional que —bajo la jefatura de Mussolini—, en un proceso de identificación progresivo entre el régimen y el Estado, había recortado drásticamente el papel del partido y de la milicia. En aquel momento, dado que precisamente los organismos institucionales como la monarquía, el ejército y la burocracia ministerial estaban en contra del fascismo, éste se hundió tras haber perdido toda su significación política antes de ser vencido. En una carta que Mussolini escribió en el amanecer del día 26 de julio a Badoglio, afirmaba: «Es mi deseo asegurar al mariscal Badoglio, recordando también el trabajo común en otros tiempos, que por mi lado no solamente no se le pondrá ninguna dificultad, sino que se le prestará cualquier posible colaboración»<sup>191</sup>. Cuando, el 28 de julio, fue llevado primeramente a la isla de Ponza y, más tarde, el 6 de agosto, a la isla de La Madalena, supo Mussolini que su caída estaba sellada. Durante los «cuarenta y cinco días» bajo Badoglio, no pareció en modo alguno trabajar en su propia reinstauración. Tradujo las *Odi barbare* de Carducci al alemán, leyó las obras de Nietzsche, que Hitler le había regalado, y conversó largamente con sus vigilantes: «Si un hombre se hunde junto con su sistema, la caída es definitiva, sobre todo si se ha pasado de los sesenta»<sup>192</sup>. Mussolini se sentía cansado, viejo e indiferente. Su personalidad y su poder se habían hecho pedazos a la vez. A Skorzeny y a los soldados alemanes, que llegaron en avión el 12 de septiembre para liberarle de su última prisión, un pequeño hotel en el Gran Sasso, en los Abruzzos, les pidió ser llevado a Rocca delle Caminate, en su fortaleza de la Romaña, donde él mismo se cuidaría para reponerse de trabajos y enfermedades. Pero Hitler tenía otros planes sobre él y a Mussolini no le cabía más remedio que obedecer.

El 8 de septiembre se firmó el armisticio entre Italia y los aliados. La fuga del rey y del general Badoglio hacia Brindisi y la



división del territorio italiano en dos zonas de ocupación pusieron a los alemanes ante la tarea urgente de establecer un gobierno títere, que pudiera garantizar la continuidad de la administración del Estado italiano y proteger los esfuerzos militares del Eje, mientras admitía a las tropas del nuevo Estado, que no se ocupaban básicamente de tareas bélicas. Durante el encarcelamiento de Mussolini el mismo Hitler había podido comprobar la inestabilidad de la clase política fascista y la falta de una alternativa digna de crédito. Así pues, se forzó a un Mussolini resistente, que no se consideraba a sí mismo acabado, a entrar en la cumbre de un nuevo gobierno fascista sin ilusiones ni esperanzas. El 15 de septiembre se dio a conocer que Benito Mussolini había asumido nuevamente la más alta dirección del fascismo en Italia. El 18 de septiembre Radio Munich transmitió el primer discurso de Mussolini, el 23 se volvió a Italia, el 27 presidió la primera reunión del Consejo de Ministros, que se celebró en Rocca delle Caminate. Era la hora del nacimiento de la República Social Italiana, y constituyó el último intento tímido de Mussolini de crear una síntesis entre los recuerdos de su remoto pasado militante revolucionario y el cinismo despiadado de una autoridad dictatorial rutinaria.

Mussolini recomendó al nuevo régimen lealtad a la alianza alemana y un complicado proyecto de reconciliación «entre los italianos», como temas de urgencia política. Pero el problema real y nunca solucionado residía en crear de nuevo un partido fascista que fuera capaz de proteger a un nuevo Estado y volver a construir un «aparato de poder» eficaz que pudiera dar credibilidad al nuevo orden institucional. La falta de un ejército y la grave crisis de los distintos cuerpos de policía desacreditaron a la nueva república ante la opinión pública italiana y ante los alemanes. Como gobernante de un Estado dividido en dos, sin medios financieros y con un territorio cuyas fronteras eran indefinidas y del que los mismos aliados alemanes habían suprimido dos provincias (el Tirol del sur y una parte de la costa adriática), con ministerios fantasmas que se encontraban dispersos por la orilla del lago de Garda y aún «formalmente» sin la autonomía que pudo mantener de cara a los alemanes hasta el 25 de julio, Mussolini no había tenido ni una sola oportunidad de poner a prueba su credo revolucionario en un intento político original y renovador. Entonces, dado que estaba libre de la responsabilidad que durante veinte años había paralizado su impulso original y su entusiasmo agresivo de la época de la toma del poder, se podía haber permitido interpretar el papel que Hitler le había conferido



*La última fuga: Mussolini y Skorzeny en el Gran Sasso.*

de un modo más dinámico. En lugar de ello, todo continuó al antiguo paso, como los veinte años anteriores.

En el limitado marco de la actividad política interior que le habían dejado los alemanes de la RSI (Repubblica Sociale Italiana), los jefes del fascismo superviviente construyeron dos campos enfrentados entre sí. Para su identificación se pueden deducir de los signos neofascistas algunas de las distintas políticas: por un lado estaban los que abogaban por una democratización del nuevo partido fascista, PFR (Partido Fascista Republicano), que se esforzaban por un diálogo con las fuerzas sanas del antifascismo y tenían metas sociales revolucionarias; por otro lado, los grupos Farinacci-Pavolini (el último era el nuevo secretario del partido del PFR), que se encerraban en una sorda intransigencia dictatorial. Los colaboradores más íntimos de Mussolini constituían el límite más sorprendente de la República Social y fueron responsables del fracaso del intento de conseguir el acuerdo de la



opinión pública para convertirse en una base de las masas. Esta interpretación neofascista sugiere un cambio total en los últimos meses del fascismo —comparado con los originarios— en los papeles de sus componentes tradicionales.

En el fascismo republicano algunos elementos «revolucionarios» se unieron al ala «presentable» del fascismo que tendía al liberalismo; en contra de ellos, los elementos del escuadrismo representaban objetivos consevadores y reaccionarios. En el campo «progresista» se unieron los sindicalistas revolucionarios y conservadores, fascistas de la época anterior a la «marcha sobre Roma», víctimas de veinte años de marginación política y editores de los mayores diarios del norte de Italia. Pero toda esta división entre progresistas y conservadores tiene en sí algo de la ambigüedad no resuelta de la colaboración entre clases. En realidad parecía que el factor vinculante entre los llamados progresistas consistía, sobre todo, en el deseo de someter a una autocrítica radical las experiencias de los últimos veinte años. La crítica del pasado fue realmente la característica distintiva entre ambos campos. «No va a negarse nada» y «Seguimos siendo fascistas» eran dos de los lemas más notables de Farinacci durante los primeros meses de la RSI<sup>193</sup>.

Mussolini oscilaba continuamente entre ambos campos y unas veces estaba con uno y otras con el otro. Era incapaz de llevar los debates de modo que le hubieran hecho posible una dirección política efectiva del movimiento. Al principio se situó al lado de los extremistas y era uno de los defensores más acérrimos del «examen de conciencia de los veinte años del fascismo». Su circular de 6 de diciembre de 1943 a los jefes de provincias atacó a la libertad de prensa que se había implantado en los días confusos después del 8 de septiembre. El mismo la señaló como «charla incontrolada que adolecía de influencia sobre las elecciones y de antirromanidad». A los deseos exteriorizados de apertura de algunos círculos fascistas los despachó como... «serenata bajo las ventanas de hombres con las ideas y tendencias más diversas que contestan con tiros de pistolas». Había que desconfiar de aquellos «que dentro del binomio “fascista-republicano” se atienen única o principalmente a su segunda palabra... fuimos y somos y permanecemos fascistas y queremos que el acento caiga sobre el fascismo»<sup>194</sup>.

Al extremismo del secretario del partido, Pavolini, y a los alemanes deseosos de venganza les concedió la cabeza de su yerno sin ninguna turbación por su parte: el 11 de enero de 1944 Galeazzo Ciano, junto con De Bono, Pareschi, Cianetti y Marinel-

li, fue fusilado después de una ficción de proceso. Era el tributo más alto que podía pagar Mussolini a la tesis de la «traición», con la cual Farinacci y su grupo querían aclarar todo lo que había sucedido antes y después del 25 de julio.

Al dirigir su línea política al tema de la «socialización», viró hacia otra dirección. El 12 de febrero el Consejo de Ministros aprobó un decreto-ley sobre la «socialización de las empresas» (46 artículos), que servía para llevar a término una «premisa fundamental para la creación de una nueva estructura económica italiana» (la llamada premisa Tarchi de 13 de enero). En vísperas de la gran huelga de trabajadores de marzo de 1944, la socialización tenía claramente aspectos demagógicos. El objetivo de la premisa era que el Estado asumiera la dirección de las empresas en los principales sectores del país. El decreto-ley confirmaba el mismo concepto en un nivel abstracto parecido. En la introducción fueron subrayadas las metas políticas de la medida: la superación de la oposición entre clases en las empresas y el aumento de las capacidades de producción en cada uno de los sectores. Era un modelo de colaboración de clases en la dirección de dichas empresas, que debía contemplarse en relación con el fracaso de la ideología colectivista del comunismo. Los instrumentos organizadores para una realización práctica de la socialización fueron ignorados totalmente. La medida legal sirvió para metas esencialmente propagandísticas. Para Mussolini se trataba, sobre todo, de dar credibilidad a su «vuelta a los orígenes», con lo cual aceptaba implícitamente las críticas de los enemigos de Farinacci a los veinte años de administración fascista. Los teóricos, que le ayudaron en ello (a ellos pertenecía también el desertor comunista Bombacci), contribuyeron únicamente a que se complicaran aún más sus ideas. No había ninguna alternativa: no podía afirmarse sobre un suelo que se evadía a su favorita «táctica del día por día».

Ya no había que hablar de socialización. Las pocas industrias en las que las medidas llegaron a una utilización práctica pertenecían a sectores marginales como la industria del papel o las editoriales. Los trabajadores aceptaron el asunto con absoluta indiferencia y los industriales, que al principio habían estado muy alarmados, siguieron simplemente una política de obstrucción, mientras los alemanes, sencillamente, saboteaban su realización.

Siguiendo su acostumbrada política oportunista, Mussolini se pasó otra vez a una posición intermedia para el papel de mediador entre ambos sectores del fascismo republicano y así lo manifestó en su discurso en el Teatro Lírico de Milán, el 16 de diciembre de 1943.

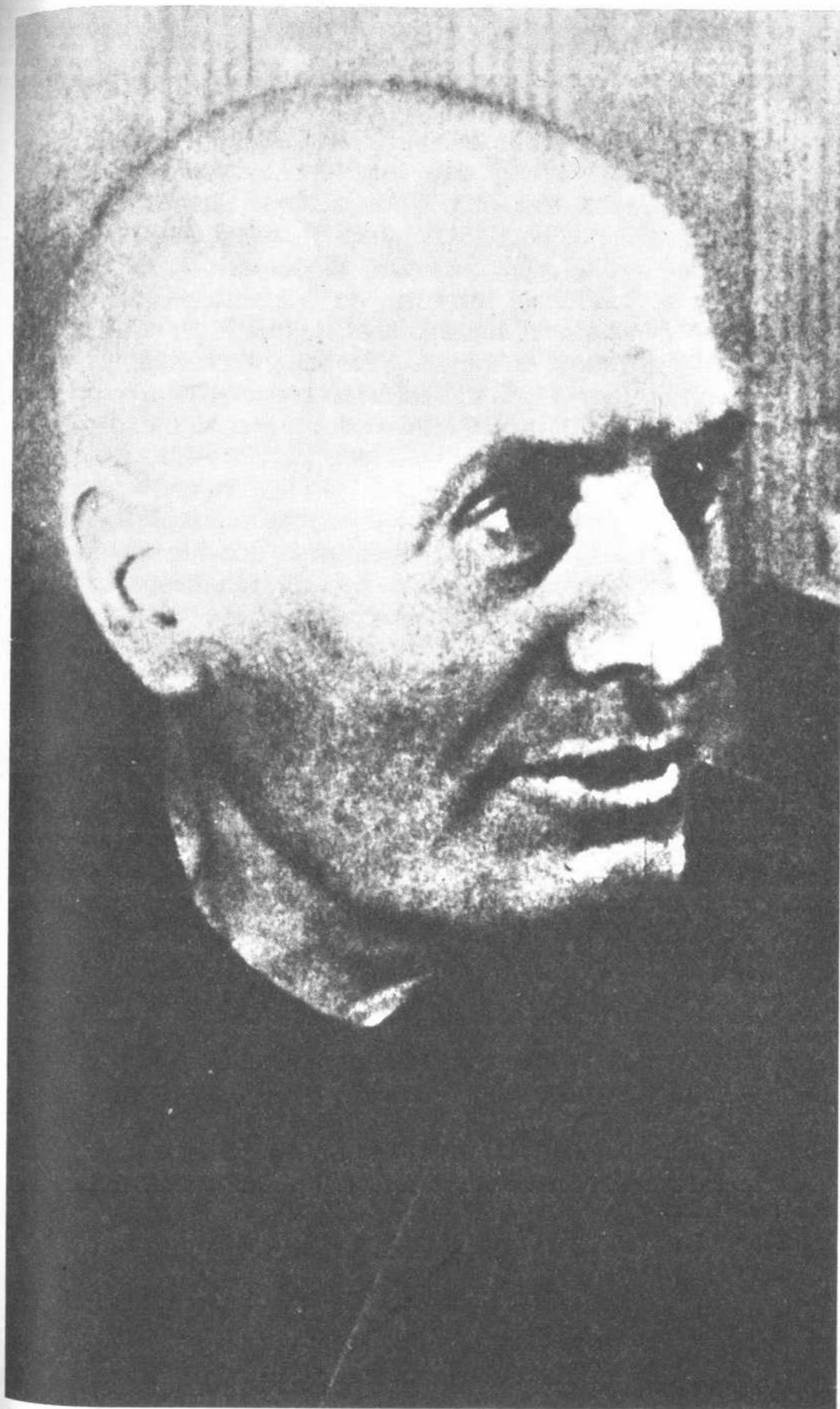


Hasta entonces la lucha entre ambos campos se había desarrollado con una gran vivacidad polémica, como si se tratara de la alternativa entre un partido unitario y el pluralismo político. En las filas de los fascistas «intransigentes» se había establecido un claro rechazo del modelo de partido de masas —como reacción a la «traición»— inmediatamente después del 8 de septiembre que vivía en estrecha simbiosis con el Estado, como el precedente PNF. Se prefería una concepción exclusivista: «...El partido debe ser una minoría selecta y no una mayoría carcomida», había escrito el diario de Farinacci *Regime Fascista*, ya el 5 de diciembre de 1943. Al ala moderada del neofascismo le correspondía al principio, simplemente, encontrar los instrumentos más eficaces para ganar la aprobación de la opinión pública; rechazaban un «partido de pocos, pero buenos», que en su lógica sectaria limitaba los contactos entre los jefes fascistas y la población.

Estas posiciones iban construyendo una dirección pluralista y, en otoño de 1944, los diarios italianos más importantes, sobre todo *La Stampa*, de Turín, hacían suya la cuestión plasmada en los dos siguientes argumentos principales: «El partido unitario ha demostrado que no posee capacidades selectivas suficientes en lo referente a la dirección de determinados hombres y que permite cualquier clase de traición»; «no se ha dicho que la diferencia entre nosotros y algunos de los llamados movimientos clandestinos pueda ser acortada o incluso apartada por medio de un diálogo abierto»<sup>195</sup>.

Ante la fuerte reacción de los extremistas, Mussolini intervino también en un debate radiado (bajo el título *Il sesso degli angeli* [es decir, un artificio sobre la antigua cuestión de si los ángeles pertenecen al sexo masculino o femenino]), el de 3 de diciembre de 1944<sup>196</sup>. Ya en el título se exteriorizaba su intolerancia contra las sutilezas y su propia decisión por la línea intransigente: «Es incompresible que el derecho de ciudadanía se otorgue a algunos partidos que en la Italia ocupada no solamente entorpecen cualquier actividad del partido fascista, sino que además lo contemplan como ilegal... Aquellos que aceptan nuestro programa, Italia, República, Socialización, pueden trabajar con nosotros, dentro o fuera de nuestras filas, con carnet del partido o sin él. No se puede pedir más», fue su conclusión. Por lo demás, en su discurso en el Teatro Lírico fue esencialmente más prudente. El mismo reforzó la tesis de la continuidad, que tanto gustaba a

Mussolini marcado por el derrumbamiento anímico. ▶





Farinacci: «Mientras nosotros todavía y para siempre nos llamamos fascistas y reverenciamos la esencia del fascismo, tal como lo hemos hecho desde 1919 hasta hoy... hemos configurado una nueva dirección... la vuelta a las posiciones originarias.»

La necesidad de convocar una constituyente que, sobre todo, estuviera representada por aquellos que estaban a favor de la admisión de varios partidos, la despachó rápidamente: «Se ha dicho a menudo que yo consideré innecesario convocar una constituyente, ya que el territorio de la república, de cara al desarrollo de las operaciones militares, no puede ser considerado en modo alguno como definitivo.» Pero sus planteamientos sobre el papel del PFR en la vida pública eran esencialmente confusos. El mismo se limitaba simplemente a decir que cualquier discusión sobre la cuestión de la pluralidad de partidos no era actual, después de que el carnet del partido se olvidara como requisito esencial para el servicio público. Reconoció que ambos campos se identificaban totalmente con su discurso, que fue saludado en todas partes como reanudación de una fuerte iniciativa política. «Queremos defender el Valle del Po con las uñas y con los dientes. Queremos que el Valle del Po permanezca en la espera de que toda Italia será republicana», terminó Mussolini entre el aplauso de sus leales, a los que no se les escapó que en su discurso había utilizado tonos duros y reivindicativos incluso de cara a los «señores» alemanes<sup>197</sup>.

Pero el discurso en el Teatro Lírico fue su canto del cisne. El experimento republicano había fracasado. A nivel social, esta vez no se había conseguido encontrar un interlocutor válido que procurara una ayuda económica y una clase política. Desde 1920 hasta 1922, ambas habían sido de enorme significación.

La hostilidad de las masas populares (desde noviembre-diciembre de 1943 ya no cesó la serie de huelgas y además hubo otras agitaciones también fuera de las fábricas), el acuerdo de los intereses estratégicos de la gran burguesía con la «fuerza creciente» del capitalismo americano, la aceptación de una nueva repartición de la riqueza del mundo y un nuevo orden del reparto del trabajo internacional: todos estos hechos obligaron al régimen de Salò a constituirse en administrador del consenso de unas escasas clases pequeñoburguesas, que no eran capaces de una movilización independiente y no podían encontrar ninguna respuesta propia. A nivel institucional, los restos de los ministerios diseminados alrededor de lago de Garda garantizaban la mera supervivencia administrativa de un aparato de Estado: ni el PFR ni el gobierno eran capaces de imprimir una línea política propia, ya

que estaban condenados al inmovilismo por la hegemonía alemana y por su propia impotencia.

La protección decisiva de los últimos veinte años, el elemento de fuerza, se convirtió en ruinas. Del antiguo aparato fascista, que había sido eficiente y brutal, solamente quedaba un pobre resto de cinco o seis cuerpos de policía distintos, grupos de mercenarios aventureros y de poco fiar, que, en competencia despiadada unos con otros, no eran capaces de una coordinación orgánica.

La creciente oposición popular en las regiones clave de la industria italiana (Piamonte, Lombardía, Liguria) y el hecho de que la represión de este movimiento partisano pasara a manos alemanas, enterraron todas las ilusiones de la República Social de alcanzar credibilidad. También otro concepto de fuerza del pasado régimen había sufrido un total naufragio: el Duce. El mito de Mussolini había desaparecido: el viejo hombre de Estado era tan sólo una caricatura grotesca de aquella máscara agresiva que había dominado las reuniones de las masas desde el balcón del Palazzo Venezia.

Al final de su cambiante destino, las debilidades de Mussolini aparecieron totalmente sin disimulo: ni una sola vez fue capaz de encontrar en sí mismo las cualidades de un gesto de verdadera grandeza: todavía al final se decidió por la búsqueda de un compromiso penoso. En los últimos meses se acercó visiblemente al campo «presentable», que ya desde la primavera de 1944 trabajaba para tender un «puente» hacia los antifascistas. Fue la última ilusión: Mussolini creía que si se situaba en el campo de la defensa del orden público, de la protección de la propiedad privada y de la acostumbrada «lucha antibolchevique», podía concertar una alianza con las fuerzas moderadas del antifascismo. Mussolini intentó, en resumidas cuentas, seguir una vez más un trecho del camino que ya conocía desde 1922. Pero esta vez la meta no era el poder sino, simplemente, su supervivencia física. En estas esperanzas basó él su salvación, que era lo que más le preocupaba en aquellos días decisivos. Marginado por los alemanes en las conversaciones de paz con los aliados (él mismo no sabía prácticamente nada de los contactos de Wolff con la «Central suiza» de Allan Dulles), en el centro de sucias intrigas que no retrocedían siquiera ante un complot militar para realizar la «defenestración» de Mussolini y la consiguiente sustitución por el general Graziani, lleno de amargo escepticismo sobre las ilusiones de Pavolini de que sería posible construir una última defensa del fascismo moribundo en la fortaleza natural de la Valtelina,





Mussolini y el general Graziani, jefe del ejército de la República Social Italiana, en una inspección de las tropas italianas instruidas en Alemania.

puso Mussolini el resto de la clarividencia política que aún le quedaba en el intento grotesco de dar vida a una «oposición de oportunidad»: el célebre «Ponte». A este movimiento, que había surgido en el ámbito del diario *L'Italia del popolo*, pertenecían notables personalidades. «Para confundir a nuestros enemigos —dijo Mussolini el 31 de marzo de 1945 al embajador alemán Von Rahn— permitiría que algunas corrientes opuestas pudieran expresarse, tan pronto como viera que el fascismo es suficientemente fuerte en Italia»<sup>198</sup>. «La gente que en estos momentos intenta crear una coartada se reuniría alrededor de ella y, por consiguiente, se apartaría del Comité de Liberación Nacional, que es lo realmente peligroso», continuó Mussolini. Pero el proyecto era altisonante y confuso. Además, el diario fue montado por la iniciativa de los extremistas y de los alemanes y, cuando Mussolini autorizó su reaparición el 22 de abril, era ya demasiado tarde.

Cuando Mussolini, el 25 de abril, gracias a la mediación del cardenal Schuster, tuvo una conversación con los representantes



Una unidad de partisanos del valle de Sesia marcha hacia la ciudad de Milán liberada por los ejércitos aliados.

precisamente de este comité de liberación, en la curia arzobispal de Milán, se dio cuenta de que los inhábiles intentos de salvación de las últimas horas no le habían servido para nada. El 25 de abril se rebelaron contra él las ciudades más importantes del norte. Los ejércitos aliados triunfadores se lanzaron sobre la llanura del Po sin tropezar con ninguna clase de resistencia. Los representantes de los partisanos exigieron que Mussolini capitulase sin condiciones en el plazo de dos horas. Por Graziani oyó que la capitulación alemana iba a ser inmediata. No tenía ninguna oportunidad más. Entonces abandonó el lugar de las negociaciones con el CLN (Comitato di Liberazione Nazionale). También abandonó Milán, la ciudad del «primer fascio», para siempre. Esto sucedía el 25 de abril por la tarde, hacia las 20 horas.

La ambición bélica del fascismo republicano de procurar una última oposición desesperada degeneró en una fuga torturante, sin meta y confusa, que estaba dictada solamente por la preocupación convulsiva de salvarse. Mussolini cayó como un





Los cadáveres de Mussolini y Claretta Petacci en Milán en el Piazzale Loretto, (28 de abril de 1945).

ratón en la trampa cuando abandonó las sinuosas calles junto al lago de Como en las que representó el último acto de su destino. Llegado a Como, permaneció allí hasta la madrugada del 27 de abril. Entonces puso en movimiento una pequeña columna de jefes del partido y secretarías con documentos y dinero y dos camiones de escolta de soldados alemanes en dirección a la cercana frontera suiza. Pero las pesquisas efectuadas en el lugar dieron por resultado que no se podía ir a Suiza. A la expedición se unió, entretanto, todavía, una compañía antiaérea alemana de 200 hombres.

Con estas fuerzas creía que podría penetrar hasta la zona militar alemana de Merano sin chocar con obstrucciones de los partisanos. Pero en la mañana del 27 de abril la columna de Mussolini fue detenida por una sección de partisanos comunistas.

Mussolini fue llevado al pequeño lugar de Dongo y allí acudió enseguida también desde Milán el Comandante «Valerio», de verdadero Walter Adisio, emisario del *comando militare della Resistanza*. «Valerio» venció las vacilaciones de los partisanos locales e hizo que le entregaran a Mussolini. En la tarde del 28 de abril todo había acabado. Mussolini y su amante Claretta Petacci, que le siguió hasta el último momento, fueron fusilados. A las 23 horas de la misma noche sus cadáveres colgaban, cabeza abajo, de un poste de gasolinera en el Piazzale Loretto de Milán, y con ellos los cadáveres de los otros jefes del partido asesinados en Dongo<sup>199</sup>.

Cuando Mussolini fue hecho prisionero llevaba un capote militar alemán y se acurrucaba, escondido, en el fondo de un camión de las fuerzas armadas alemanas.



# Notas

Las referencias de las citas de Mussolini remiten a las «*Opera omnia*», publicadas después de la muerte de Mussolini en la edición de E. y D. Susmel, 35 vols., Florencia, 1951-1963. Por razones de brevedad, al nombre de Mussolini sigue el número de tomo en cifras romanas y la página. En interés del lector se hará referencia a veces al conjunto del contexto, del cual proceden tanto las citas sueltas como las series de citas.

1. Vid. G. Megaro. *Mussolini dal mito alla realtà*, Milán, 1947, p. 31.
2. Sobre los años de juventud de Mussolini existe muy poco material bibliográfico disponible, habiendo sido a veces falsificado para caracterizar al Duce como «hombre providencial» (G. Pini y D. Susmel: *Mussolini, L'uomo e l'opera*, I. Florencia, 1953; Y. De Begnac: *Vita di Mussolini*, I, Milán 1936; *My Autobiography*, Londres, 1939). Aparte del primer tomo de la biografía monumental de R. De Felice (*Mussolini il rivoluzionario 1883-1920*, Turín, 1965) se hará referencia al notable trabajo de G. Megaro (vid. nota 1), al que se recurrirá a menudo.
3. *Mussolini* I, p. 23-25.
4. Vid. para estas citas Megaro, op. cit., 91, 97, 102-105.
5. Op. cit., p. 110.
6. *Ibid.*
7. *Mussolini* XXXIII, p. 262.
8. La carta se cita en De Felice, op. cit., 52
9. *Mussolini* I, p. 114 y ss.
10. Op. cit., p. 164 y ss.
11. *Mussolini* II, p. 123 y ss.
12. Op. cit., p. 53 y ss.
13. *Mussolini* XXXIII, p. 267.
14. *Mussolini* III, p. 69 y ss.
15. Op. cit., p. 25 y ss.
16. Op. cit., p. 69 y ss.
17. *Mussolini* IV, p. 180 y ss.
18. *Mussolini* III, p. 102 y ss.
19. Op. cit., p. 336 y ss.
20. Op. cit., p. 349 y ss.
21. Op. cit., p. 136 y ss.
22. *Mussolini* IV, p. 74 y ss.
23. Op. cit., p. 61 y ss.
24. Op. cit., p. 161 y ss.
25. Cita en De Felice, op. cit., p. 220
26. *Mussolini* V, p. 163 y ss.
27. Op. cit., p. 194 y ss.
28. Cita en De Felice, op. cit., p. 152.



29. En el artículo «Ricominciando, seguitando... A proposito di eccidi di proletari», en la revista *La Critica Sociale*, 16/1-1/2 (1913), cuyo autor, según De Felice (op. cit., p. 147), es Turati.
30. C. Treves, «La politica della protesta» (en la misma revista).
31. F. Turati en el artículo «Per ritornare al socialismo» (con referencia a los acontecimientos de Milán y su interpretación), en *La Critica Sociale* 1-16/6 (1913); Vid. De Felice, op. cit., p. 169.
32. Vid. N. Bobbio, «L'ideologia del fascismo», en *Quaderni della Fiap*, 14 (1975), p. 22.
33. G. Arfè: *Storia del socialismo italiano (1892-1926)*, Turín, 1965, p. 177 y ss.
34. Mussolini VI, p. 287 y ss.
35. Op. cit., p. 424 y ss.
36. Op. cit., p. 331 y ss.
37. Op. cit., p. 424 y ss.
38. Entre los trabajos que con el origen del fascismo tratan también del «núcleo» de la conversión de Mussolini, remitimos también — aparte de De Felice — a B. Vigezzi, *L'Italia di fronte a la guerra mondiale*, vol. 1: *L'Italia neutrale*, Milán, 1966; R. Vivarelli, *Il dopoguerra in Italia e l'avvento del fascismo, 1918-1922*, vol. I, Nápoles, 1967.
39. Mussolini XI, p. 79 y ss.
40. Mussolini VIII, p. 199 y ss.
41. Mussolini X, p. 55 y ss.
42. Op. cit. p. 36 y ss.
43. Mussolini XI, P. 241 y ss.
44. Op. cit., p. 282 y ss.
45. Mussolini XII, p. 321 y ss.
46. Mussolini XIV, p. 46 y ss.
47. Mussolini XIII, p. 61 y ss.
48. Mussolini XIV, p. 476 y ss.
49. Op. cit., p. 50 y ss.
50. Vid. P. Togliatti, *Lezioni sul fascismo*. Roma, 1970.
51. Mussolini XV, p. 182 y ss.
52. Vid. A. Tasca, *Nascita e avvento del fascismo*, Florencia 1950.
53. Vid. A. Gramsci, «La reazione», en *L'Avanti* de 17 de octubre de 1920.
54. Sobre las relaciones con el ejército, vid. G. Rochat, *L'esercito italiano da Vittorio Veneto a Mussolini*, Bari, 1967.
55. Mussolini XVI, p. 283 y ss.
56. Op. cit., p. 101 y ss.
57. Vid. G. Quazza, *Resistenza e storia d'Italia*, Milán, 1967, p. 33.
58. Mussolini XVI, p. 431 y ss.
59. Sobre las situaciones locales de la *Revolte* en el interior del movimiento fascista, vid. P.R. Corner, *Il fascismo a Ferrara*, Bari, 1974; S. Colarizi, *Dopoguerra e fascismo in Puglia, 1919-1926*, Bari, 1971; R. Colapietra: *Napoli tra dopoguerra e fascismo*, Milán, 1962.
60. Mussolini XVII, p. 216 y ss.
61. Mussolini IV, p. 214 y ss.
62. Mussolini XVIII, p. 66 y ss.
63. Op. cit. p. 347 y ss.
64. Cita de G. De Rosa, *Storia del movimento cattolico*, Bari, 1966.
65. Carta de G. Amendola a C. Casola, citada por De Felice. *Mussolini il fascista, 1921-1925 I*, Turín, 1966, p. 393.
66. Mussolini XIX, p. 15 y ss.
67. Op. cit., p. 241 y ss.

68. Vid. R. Del Carria, *Proletari senza rivoluzione*, Milán, 1966, p. 240
69. Vid. Togliatti, op. cit., 145.
70. Mussolini XIX, p. 195 y ss.
71. Cita en De Felice, op. cit., p. 439 y ss.
72. Vid. Togliatti, op. cit., p. 164.
73. Cita en De Felice, op. cit., p. 678.
74. Mussolini XX, p. 327 y ss.
75. Vid. P. Monelli, *Mussolini piccolo borghese*. Milán, 1959, p. 159.
76. Mussolini XXI p. 56 y 55.
77. Op. cit., p. 235 y ss.
78. Mussolini XXII, p. 8 y ss.
79. Op. cit., p. 97 y ss.
80. Mussolini XXI, p. 253 y ss.
81. Op. cit., p. 422 y ss.
82. Vid. V. Castronovo, *Il potere economico e il fascismo en el trabajo de varios autores Fascismo e società italiana*, Turín, 1975.
83. Mussolini XXII, p. 25 y ss.
84. Op. cit., p. 29 y ss.
85. Mussolini XXI, p. 357 y ss.
86. Mussolini XXII, p. 265 y ss.
87. Mussolini XXI, p. 357 y ss.
88. Op. cit., p. 280 y ss.
89. Op. cit. p. 325 y ss.
90. Mussolini XXII, p. 29 y ss.
91. Op. cit., p. 90 y ss.
92. Op. cit., p. 360 y ss.
93. Mussolini XXIV, p. 43 y ss.
94. *Ibid.*
95. Mussolini XXIII, p. 267 y ss.
96. Mussolini XXI, p. 357 y ss.
97. Mussolini XXIV, p. 5 y ss.
98. *Ibid.*
99. Mussolini XXII, p. 61 y ss.
100. Mussolini XXI, p. 357 y ss.
101. Mussolini XXV, p. 145 y ss.
102. Mussolini XXII, p. 360.
103. Cita en Acquarone, *L'organizzazione dello stato totalitario*, Turín, 1965, p. 174.
104. Mussolini XXIV, p. 132 y ss.
105. *Ibid.*
106. Vid. Acquarone, op. cit., p. 167
107. Mussolini XXIV, p. 310 y ss.
108. Op. cit., p. 278 y ss.
109. Mussolini XXII, p. 360 y ss.
110. Vid. G. Quazza, *Resistenza e storia d'Italia*, Milán, 1976, p. 184.
111. Mussolini XXIII, p. 230 y ss.
112. Mussolini XXII, p. 22 y ss.
113. Mussolini XXI, p. 315 y ss.
114. Op. cit., p. 357 y ss.
115. Mussolini XXII, p. 169 y ss.
116. Mussolini XXIV, p. 108 y ss.
117. Mussolini XXII, p. 360 y ss.
118. *Ibid.*
119. Vid. *Duce e Ducetti*, ed. por G. Vettori, Roma, 1975, p. 30.



120. Mussolini XXII, p. 47 y ss.  
 121. Op. cit., p. 68 y ss.  
 122. Vid. *Dottrina del Fascismo* en la voz «Fascismo», en la «Enciclopedia Italiana» XIV, Milán, 1932 (cita en E. Santarelli: «Storia del fascismo», vol. 3. Roma, 1973, p. 257).  
 123. Sobre esto, y en general sobre la política económica del fascismo, vid. Castronovo (op. cit.) y E. Fano Damasceli. «La restaurazione antifascista liberista. Ristagno e sviluppo economico durante il fascismo» en: *Il Movimento di liberazione in Italia* 104 (1971); P. Grifone, *Il capitale finanziario in Italia*, Turín, 1971.  
 124. V. Foa. «Le strutture economiche e la politica económica del regime fascista», en el trabajo de diversos autores *Fascismo e antifascismo*, Milán, 1962, p. 280 y ss.  
 125. Acquarone, op. cit., p. 169.  
 126. Mussolini XXVI, p. 86 y ss.  
 127. Vid. nota 122.  
 128. Mussolini XXIV, p. 258 y ss.  
 129. Vid. nota 123.  
 130. Mussolini XXIII, p. 139 y ss.  
 131. Mussolini XXIV, p. 310 y ss.  
 132. Mussolini XXVIII, p. 136 y ss.  
 133. Entrevista en *London Daily Express* citada en *Duce e Ducetti*, op. cit., p. 38.  
 134. Mussolini XXI, p. 301 y ss.  
 135. Vid. Monelli, op. cit., p. 184.  
 136. Mussolini XXII, p. 8 y ss.  
 137. Op. cit., p. 68 y ss.  
 138. Mussolini XXIII, p. 158 y ss.  
 139. Mussolini XXIV, p. 278 y ss.  
 140. Vid. Castronovo, op. cit., p. 174.  
 141. Mussolini XXIV, p. 278 y ss.  
 142. Vid. nota 122.  
 143. Para esto, y en general toda esta fase del régimen fascista, vid. Santarelli, op. cit.  
 144. Mussolini XXV, p. 239 y ss.  
 145. Vid. G. De Luna: *Badoglio*, Milán, 1973, p. 138.  
 146. Para la guerra de Etiopía, vid. A. del Boca, *La guerra in Abissinia*, Milán, 1965.  
 147. Mussolini XXVIII, p. 171 y ss.  
 148. Op. cit., p. 175 y ss.  
 149. Vid. G. Roachat, *Il colonialismo italiano*, Turín, 1973, p. 185.  
 150. Mussolini XXVI, p. 318 y ss.  
 151. Vid. E. Collotti, «Fascismo e nazionalsocialismo» en la obra de varios autores *Fascismo e capitalismo*, Milán, 1976, p. 148.  
 152. Mussolini XXVIII, p. 67 y ss.  
 153. Vid. D. Mack Smith, *La guerra del duce*, Bari, 1976, p. 26 y ss.  
 154. Mussolini XXVIII, p. 105 y ss.  
 155. Op. cit., p. 248 y ss.  
 156. Esta cita proviene de *Scritti e discorsi di Benito Mussolini* (T. XI, 1938, p. 122), edición definitiva, publicada con la autorización oficial de Mussolini por Hoepli; se trata del prefacio del discurso de Berlín de 24 de septiembre de 1937; el mismo no está contenido en las *Opera omnia* publicadas después de su muerte.  
 157. Vid. nota 156.  
 158. Mussolini XXIX, p. 185 y ss.  
 159. Mussolini XXVIII, p. 198 y ss.  
 160. Mussolini XXIX, p. 67 y ss.

161. Op. cit., p. 185 y ss.  
 162. *Ibid.*  
 163. Mussolini XXVIII, p. 175 y ss.  
 164. Vid. De Luna, op. cit., p. 187.  
 165. Vid. V. Castronovo: *Agnelli*, Turín, 1973.  
 166. Vid. nota 165.  
 167. Mussolini XXIX, p. 74 y ss.  
 168. Mussolini XXVIII, p. 239 y ss.  
 169. Vid. para esta cita G. Ciano, *Diario, I, 1939-1940*, Milán, 1963 (entre las fechas registradas).  
 170. Mussolini XXIX, p. 185 y ss.  
 171. Vid. Ciano, op. cit., p. 144.  
 172. Mussolini XXIX, p. 350 y ss.  
 173. Vid. Ciano, op. cit., p. 156 y s.  
 174. Sobre el papel de Mussolini como comandante, vid., además de las ya citadas obras de G. Roachat y G. de Luna, también L. Ceva, «L'alto Comando da Badoglio a Cavallero» en *Il Movimento di Liberazioni in Italia*, 116 (1973).  
 175. Vid. Ciano, op. cit., p. 142.  
 176. Mussolini XXX, p. 49 y ss.  
 177. Vid. Santarelli, op. cit., p. 194 ss.  
 178. Vid. R. Bataglia, *La seconda guerra mondiale*, Roma, 1960, p. 201.  
 179. Vid. F. W. Deakin, *Storia della repubblica de Salò*, Turín, 1964, p. 45.  
 180. Mussolini XXXI, p. 134 y ss.  
 181. Op. cit., p. 116 y ss.  
 182. Op. cit., p. 134 y ss.  
 183. Vid. Deakin, op. cit., p. 232.  
 184. Mussolini XXXI, p. 159 y ss.  
 185. Op. cit., p. 165 y ss.  
 186. Vid. Deakin, op. cit. p. 244.  
 187. Op. cit., p. 257.  
 188. Vid. Ciano, op. cit., t. II, p. 97.  
 189. Vid. Deakin, op. cit., p. 397.  
 190. Vid. C. Bianchi, *25 Luglio, crollo di un regime*, Milán, 1963.  
 191. Op. cit., p. 76.  
 192. Vid. F. W. Deakin, *Storia della Repubblica sociale italiana*, Turín, 1963, p. 533.  
 193. Vid. *Regime Fascista* de 1 de diciembre y 3 de diciembre de 1943.  
 194. En el Archivo central del Estado de la República Social Italiana, secretaría especial del Duce, papeles secretos. Legajo n. 59, cuaderno 147.  
 195. Vid. P. Parini en los artículos periodísticos «Perchè non da oggi?» en *La Stampa* de 29 de noviembre de 1944 y «La giusta via» en *La Stampa* de 25 de enero de 1945.  
 196. Mussolini XXXII, p. 120 y ss.  
 197. Op. cit., p. 126 y ss.  
 198. La carta está citada por Deakin, op. cit., p. 602.  
 199. Para estos últimos sucesos convulsivos, vid. también P. G. Murgia, *Il vento del nord*, Milán, 1975; G. Bocca, *La repubblica di Mussolini*, Bari, 1977; S. Bertoldi: *Salò*, Milán, 1976.



# Cronología

- 1883 29 de julio: nace Benito Mussolini en Dovia, Romaña.
- 1904 Diciembre: Mussolini comienza su servicio militar en el X Regimiento de Bersaglieri. Después de dos años de emigración a Suiza, vuelve a Italia.
- 1908 18 de julio: Mussolini es detenido por «amenaza» durante la huelga de jornaleros en la Romaña. Tras su liberación trabaja como maestro de escuela y periodista en diarios socialistas.
- 1909 Mussolini va a Trento, entonces austríaca, como secretario de la Cámara de trabajo local y director del periódico *L'Avvenire del Lavotatore*. Es expulsado por agitaciones extremistas.
- 1910 Mussolini pasa a ser secretario de la Federación provincial de Forlì y director del semanario local *La Lotta di Classe*.
- 1911 14 de octubre: Mussolini es detenido como jefe de una revuelta en Forlì y condenado a cinco meses y medio de prisión (liberado el 14 de marzo de 1912).
- 1912 7-10 de julio: En el congreso socialista de Reggio Emilia, fogosa intervención antirreformista de Mussolini, que le procura un puesto en la dirección del partido.  
10 de noviembre: Mussolini se convierte en director de *Avanti*, órgano oficial del partido socialista.
- 1914 21 de octubre: Mussolini dimite como director de *Avanti*, puesto que no está a favor de la neutralidad de Italia en la Primera Guerra Mundial, como el PSI; el 24 de noviembre es expulsado del partido.  
15 de noviembre: aparece por primera vez el diario «personal» de Mussolini, *Il Popolo d'Italia*.
- 1915 24 de mayo: Entrada de Italia en la Primera Guerra Mundial.  
31 de agosto: Mussolini va al frente.
- 1917 23 de febrero: Mussolini es herido gravemente.
- 1919 23 de marzo: fundación de los «Fasci italiani di combattimento» en Milán.  
11 de septiembre: El poeta Gabriele d'Annunzio ocupa con un grupo de voluntarios la ciudad dálmata de Fiume (Rijeka).  
Noviembre: gran fracaso de las listas fascistas en las elecciones políticas generales; triunfo arrollador de los socialistas y de los católicos *popolari*.



- 1920 21 de octubre: baño de sangre en el Palazzo d'Accorsio en Bolonia: nacimiento del fascismo agrario. Primeras acciones violentas de los escuadristas fascistas.
- 1921 13 de mayo: Mussolini y otros 34 fascistas son elegidos diputados de entre una lista del «bloque nacional» en las elecciones políticas.  
7 de noviembre: El congreso Fascista en Roma: el movimiento se convierte en partido: PNF, Partido Nazionale Fascista.
- 1922 28 de octubre: «Marcha sobre Roma» fascista; Mussolini recibe el encargo del rey de constituir un nuevo gobierno.  
31 de octubre: Primer gabinete de Mussolini.
- 1924 6 de mayo: En las elecciones políticas los fascistas reciben el 65 % de todos los votos.  
10 de junio: el diputado socialista Giacomo Matteotti es secuestrado y asesinado por un comando fascista. Indignación general y primera crisis del gobierno de Mussolini.  
27 de junio: los partidos de la oposición forman la secesión del Aventino, que, por la falta de intervención del rey, permanece sin consecuencias políticas.
- 1925 3 de enero: Con el discurso de Mussolini ante la Cámara empieza la dictadura total del fascismo. Entre 1925 y 1928 surge el «Estado fascista».
- 1929 11 de febrero: Firma de los tratados de Letrán entre el Estado italiano y el Vaticano.
- 1934 Julio: asesinato de Dollfuss: Mussolini se hace garante de la independencia austríaca.
- 1935 Abril: conferencia en Stresa entre Italia, Francia e Inglaterra.  
Octubre: ataque italiano a Etiopía.
- 1936 9 de mayo: Mussolini proclama el imperio después de la conquista de Addis Abeba.  
Julio: Italia toma parte en la guerra civil española.
- 1937 Italia ingresa en el Pacto Antikomintern y abandona la Sociedad de Naciones.
- 1938 29/30 de septiembre: conferencia de Munich: Mussolini obtiene un gran éxito personal en su papel como mediador.
- 1939 Abril: Italia ocupa Albania.  
Mayo: Pacto de Acero entre Italia y Alemania.
- 1940 10 de junio: Italia declara la guerra a Francia e Inglaterra.  
Octubre: el ataque italiano a Grecia constituye un penoso fracaso.
- 1941 20 de mayo: final del imperio italiano en Etiopía.  
22 de junio: Italia declara la guerra a la URSS.

- 1943 10 de julio: los aliados desembarcan en Sicilia.  
25 de julio: voto de desconfianza del Gran Consejo contra Mussolini, que es destituido de todos sus cargos por el rey. Mussolini es detenido.  
8 de septiembre: armisticio entre Italia y los aliados.  
12 de septiembre: Mussolini es liberado por los alemanes.  
23-28 de septiembre: surge la República Social Italiana bajo Mussolini como jefe.
- 1944 10 de junio: los aliados entran en Roma. Los alemanes se retiran a los Apeninos.
- 1945 28 de abril: Mussolini, junto con su amante, Claretta Petacci, es asesinado por los partisanos durante su huida.



# Testimonios

## **Piero Gobetti**

Apenas se le puede imaginar de otro modo que en el papel de atrevido jefe de mercenarios de una guerrilla... Se explica suficientemente su victoria si se piensa en sus cualidades tácticas decisivas, mientras que todos los demás se mostraban desorganizados. Le falta aquel sentido típico moderno para la ironía; Mussolini entiende la historia en todo caso en forma de mitos; le sale la finura crítica de lo creador, característica principal del gran político... De ahí que vacila indeciso entre situaciones de una consecuencia demasiado dogmática y, por tanto, de una operativa toscamente eficaz y de un alud de exageraciones que no se pueden justificar desde el punto de vista anarquista. Necesita un mundo en el que no se exija al jefe mercenario que sea también político.

De *La rivoluzione liberale*, 1964.

## **Adolf Hitler**

También el Duce es como yo. Es quizás más grande que yo en lo que toca a su ambición por su propio pueblo.

De *The Testament of Adolf Hitler*, Londres, 1961.

## **Alfred Rosenberg**

El Führer aún está completamente embriagado de Venecia. Valora el entusiasmo por Mussolini como auténtico... Las gentes permanecen inclinadas con profundo respeto ante él como ante el Papa, mientras él adopta la pose propia de los césares necesaria en Italia. Pero todos estos caracteres se pierden cuando entabla conversación personal. Entonces Mussolini se muestra humano y amable.

De *Das Politische Tagebuch* (Diario político), 1934/35 y 1939/40.

## **Winston Churchill**

Me reuní con Mussolini dos veces en el año 1927 y nuestras relaciones personales siempre fueron espontáneas y cordiales. No niego que es un gran hombre.

De *The Second World War* (La Segunda Guerra Mundial), vol. VI, 1940.

## **Angelica Balabanoff**

El radicalismo y el anticlericalismo de Mussolini fueron más bien producto del reflejo de su séquito doméstico y de su egoísmo rebelde que de conocimiento y convicción. Su odio contra los opresores no era el odio impersonal hacia un sistema que comparten todos los revolucionarios. Más bien descansaba en un



---

sentimiento de envilecimiento y desengaño, de una búsqueda de autoafirmación y del deseo de venganza personal.

De: *My Life as a Rebel* (Mi vida como rebelde), Berlín, 1927.

### **Víctor Manuel III**

¡Ah! Es realmente un hombre sólido y yo les digo a ustedes que no habrá otro en mucho tiempo. Si no me equivoco, tiene la voluntad de realizar algo y hacerlo bien. De Nino D'Arma, *Vent'anni insieme* (Veinte años juntos), 1957.

### **Gaetano Salvemini**

Cuando alguien sigue un camino al que le conduce la certeza, puede aceptar también la ayuda que se le ofrece y que le facilita la realización de su meta. La profunda, radical e imperdonable inmoralidad de Mussolini radica en el hecho de que se desvíe intencionadamente de su camino en interés de una ventaja personal. De *Mussolini diplomático*, 1952.

### **Margherita G. Sarfatti**

Siempre que leo la defensa de Sócrates, tengo que pensar en Mussolini. De *Dux*, 1932.

### **Papa Pío XI**

Y quizás también era necesario un hombre como aquel que la Providencia nos hizo encontrar. Un hombre que no tuviera las preocupaciones de la escuela liberal. 13 de febrero de 1929.

### **Antonio Gramsci**

Era, tanto entonces como hoy, el tipo en el que se concentran todas las características del pequeño burgués italiano... crecido en medio de todos los escombros que han dejado tras de sí los diversos siglos de soberanía extranjera y eclesiástica en el suelo italiano. No podía ser el caudillo de los proletarios, así que fue el dictador de la burguesía que ama las caras crueles cuando la misma se vuelve borbónico-reaccionaria, que le gustaría contemplar la pesadumbre de la clase trabajadora que ella misma ha experimentado a la vista de los ojos terroríficos y el puño levantado amenazador... Benito Mussolini conquistó y sostiene al gobierno con la más arbitraria y violenta represión. No necesitaba organizar ninguna clase sino solamente el equipo administrativo. Ha desmontado organizaciones propias del Estado para ver cómo estaban hechas y para aprender el oficio para un eventual uso propio. Su doctrina está contenida completamente en su máscara física, en los ojos atemorizadores, en el puño siempre apretado amenazadoramente. De «Capo» en *Ordine Nuovo* de 1 de marzo de 1924.

## **Bibliografía**

MONELLI, P.: *Mussolini, petit bourgeois*. Gallimard. París, 1955.

FERMI, L.: *Mussolini*. Chicago, 1961. Traducción castellana. Grijalbo. Barcelona, 1962.

HIBBERT, CH.: *Benito Mussolini. A Biography*. Longman. London, 1962.

BIONDI, D.: *Viva il Duce. Comment se fait un dictateur*. Laffont. París, 1969.

GUICHONET, P.: *Mussolini et le fascisme*. París, 1966. Traducción castellana. Oikos-Tau. Barcelona, 1970.

POMBACINI, S.: *Le cent jours de Mussolini*. France Empire, 1981.



## **BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS**

1. **Napoleón**, por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel**, por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein**, por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar**, por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi**, por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin**, por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia**, por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx**, por Werner Blumenberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill**, por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway**, por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare**, por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie**, por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1)**, por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2)**, por Ernest Jones.
14. **Dickens**, por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante**, por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche**, por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez**, por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1)**, por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2)**, por René J. Dubos.
20. **Luis XIV**, por Ragnhild Hatton. Prólogo de Víctor L. Tapié.
21. **Bolívar**, por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein**, por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge. (2.ª serie.)
22. **Russell**, por Ronald Clark. Prólogo de Jesús Mosterín.
23. **Rembrandt**, por Christopher White. Prólogo de Josep Guinovart.
24. **Julio César**, por Hans Oppermann. Prólogo de Agustín García Calvo.
25. **García Lorca**, por José Luis Cano.
26. **Edison**, por Fritz Vögtle. Prólogo de Manuel Toharia.
27. **Verdi**, por Charles Osborne. Prólogo de José Luis Téllez.
28. **Chaplin**, por Wolfram Tichy. Prólogo de Carlos Barbáchano.
29. **Dostoyevski (1)**, por Henri Troyat. Prólogo de Joaquín Marco.
30. **Dostoyevski (2)**, por Henri Troyat.
31. **Falla**, por Manuel Orozco.
32. **Van Gogh**, por Herbert Frank.
33. **Sartre**, por Walter Biemel.
34. **Buda**, por Maurice Percheron. Prólogo de Alfredo Fierro.
35. **Byron**, por Derek Parker. Prólogo de Pere Gimferrer.
36. **Juan XXIII**, por José Jiménez Lozano.
37. **Casals**, por Josep M. Corredor. Prólogo de Enric Casals.
38. **Lope de Vega**, por Alonso Zamora Vicente. Prólogo de Alonso Zamora Vicente.
39. **Rousseau**, por Sir Gavin de Beer. Prólogo de Manuel Pérez Ledesma.
40. **Galileo**, por Johannes Hemleben. Prólogo de Víctor Navarro.
41. **A. Machado**, por José Luis Cano. Prólogo de Mátyás Horányi.
42. **Garibaldi**, por Andrea Viotti. Prólogo de Santiago Perinat.
43. **E. A. Poe**, por Walter Lennig.
44. **Lorenz**, por Alec Nisbett.
45. **Juárez**, por Ivie E. Cadenhead. Prólogo de Fernando Benítez.
46. **Kepler**, por Arthur Koestler.
47. **Nelson**, por Tom Pocock. Prólogo de Laureano Carbonell.
48. **Humboldt**, por Adolf Meyer-Abich. Prólogo de Juan Vilá Valentí.
49. **Beethoven**, por Marion M. Scott. Prólogo de Arturo Reverter.
50. **Durero**, por Franz Winzinger.
51. **Wagner**, por Charles Osborne. Prólogo de Angel Fernando Mayo.
52. **Fleming (1)**, por Gwyn Macfarlane.
53. **Fleming (2)**, por Gwyn Macfarlane.
54. **Le Corbusier**, por Norbert Huse. Prólogo de Oriol Bohigas.
55. **Bach**, por Malcolm Boyd. Prólogo de Jacinto Torres.
56. **Carlomagno**, por Wolfgang Braunfels.
57. **Voltaire**, por Haydn Mason.
58. **De Gaulle**, por Jean Lacouture.
59. **Kennedy**, por André Kaspi.
60. **Gaudí**, por Joan Bassegoda.
61. **Balzac (1)**, por André Maurois.
62. **Balzac (2)**, por André Maurois.
63. **Bismarck**, por Wilhelm Mommsen. Prólogo de Francisco Gutiérrez.
64. **Cajal**, por José M.ª López Piñero. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
65. **San Pablo**, por Claude Tresmontant.
66. **Carlos V**, por Philippe Erlanger.
67. **Mahoma**, por Washington Irving. Prólogo de Pedro Martínez Montávez.
68. **Mozart**, por Arthur Hutchings.
69. **Stalin (1)**, por Ian Grey.
70. **Stalin (2)**, por Ian Grey.
71. **Maquiavelo**, por Edmond Barincou. Prólogo de Francisco Gutiérrez Contreras.
72. **Hitler**, por Helmut Heiber.
73. **Victoria I**, por Lytton Strachey.
74. **Mussolini**, por Giovanni de Luna.





The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>





## MUSSOLINI

Benito A. Mussolini, como buen periodista, fue escrutando en la actualidad de su país los momentos más propicios para ir aposentando su desmedida ambición en los peldaños del poder. Su conciencia sin escrúpulos y su carácter indómito le llevaron del oportunismo más execrable a la más excluyente autoafirmación.

En esta biografía del dictador italiano, su autor pinta el fiel retrato psicológico de la personalidad del Duce, que perfila en su difícil infancia, contrasta en los numerosos avatares de su juventud y matiza en su madurez triunfante y caduca. Los diferentes hechos históricos, que discurren como telón de fondo de su agitada vida, salpicados con juicios de valor del propio Mussolini, invitan a leer esta biografía.

MUSSOLINI

Giovanni de Luna

74

SALVAT

# MUSSOLINI

## GIOVANNI DE LUNA



BIBLIOTECA SALVAT DE  
GRANDES BIOGRAFIAS



9 788434 581456